CANCIÓN DE CUNA ROTA

(Incluye la segunda parte TOTALMENTE INÉDITA)

ASIA LAFANT



Corrección: Yolanda Gutiérrez Arroyo

Portada: GramNexo

Dedicatoria:

Hay cosas que suceden simplemente porque han de suceder. De esas que cuando las revives te preguntas ¿qué pude hacer yo para que ciertas personas se cruzaran en mi vida y la llenaran tanto? No voy a poner nombres, porque las personas a las que va dirigido esto saben perfectamente quienes son. Solamente voy a decir, una vez más, GRACIAS por cruzaros en mi camino, y millones de gracias por los que

en algún momento se apartaron, no sabéis la ligereza con la que ando ahora.

PRIMERA PARTE

Canción de cuna rota

• ● Prólogo ● •

—No, no era mi paciente. Bueno, sí, pero fue la primera visita.
El nerviosismo de la psicóloga iba en aumento. Estaba completamente segura de que lo que acababa de pasar en su consulta iba a marcar el resto de su vida.

—Cuéntenos entonces todo lo ocurrido —le dijo uno de los dos policías.

Buscó con prisas dentro de su bolso la carta que la paciente había dejado caer al suelo.

—Antes de empezar a contar nada, les ruego que tengan en cuenta esta carta que ella misma dejó en mi consulta antes de… antes de irse.

El policía más joven alargó su mano y cogió el sobre. Lentamente lo abrió, leyó el contenido y se lo pasó a su compañero. Ambos la miraron un instante, que a ella le pareció eterno, y la invitaron, con un gesto mudo, a empezar a explicar lo sucedido.

—Esta mañana recibí una llamada de la paciente pidiéndome hora para una consulta. Me especificó que necesitaba toda la tarde para ella sola, añadiendo que pagaría lo que hiciese falta. Comprenderán que con los tiempos que corren aceptara de buen grado prestar mis servicios las cuatro horas seguidas en las que tengo abierta mi consulta por las tardes. El ofrecimiento me venía como anillo al dedo. Hace mucho tiempo ya que la cosa no funciona, digamos, bien. Cada día que pasa hay menos pacientes…

—Bien. Escuche, doctora Uweid, no es necesario que se disculpe. Usted puede hacer sus consultas de la manera que más le convenga. No estamos aquí para juzgar su forma de trabajar. Simplemente queremos saber qué sucedió durante esas cuatro horas.

—Discúlpenme. Estoy nerviosa y, bueno, en fin… La paciente llegó puntual. A las cuatro de la tarde entraba en mi consulta y…

• ● 1 ● •

Declaración de la doctora Yolanda Uweid; Expediente 256954. Toman declaración los detectives Casas (número de placa 658755) y Sarasa (número de placa 471236);

—Buenas tardes.

—Hola —respondió ella.

La mujer que acababa de entrar reflejaba en su rostro un sufrimiento desgarrador, y sus ojos, negros como el azabache, proyectaban una

pasividad y una indiferencia que rozaban el alma con solo mirarlos.

—Pase y siéntese, por favor.

—Gracias.

Sus gestos eran lentos. Era como estar observando a una mujer derrotada, cansada y rendida ante la vida.

—¿Le parece bien que nos tuteemos?

—Sí, me parece bien.

Sentada frente a la psicóloga, mirándola directamente, la mujer empezó a hablar sin necesidad de preguntar nada.

—Me llamo Nora. Saber mi nombre es más que suficiente por ahora. Quiero darte las gracias por atenderme de esta manera, y antes de empezar, quiero pagarte los honorarios.

La petición la dejó bastante perpleja. Pero toda la situación en sí ya era extraña, y todavía sin saber muy bien por qué, la doctora aceptó cobrar por adelantado.

—¿En qué puedo ayudarte, Nora?

—Solo quiero que me escuches. He venido a contarte mi historia. Solo quiero que me escuches.

—Para eso estoy. Cuéntame.

Nora, agarrada a su bolso, sentada en una esquina del sofá, casi acurrucada, empezó a hablar.

—Yo siempre he sido una mujer alegre, divertida y sociable. No tengo demasiados amigos ahora, pero antes… Antes tenía muchos. Y muy buenos. Pero eso ya no tiene importancia. Voy a empezar desde el día en que apareció él en mi vida. Hace unos cuatro meses.

Esa mañana estaba muy contenta porque, después de más de seis meses buscando trabajo, por fin me habían concedido una entrevista, la segunda, en una empresa importante de la ciudad. Hacía mucho frío fuera y por eso decidí ponerme mi abrigo largo. Además había llovido toda la noche y todavía caían algunas gotas.

Realmente me hacía falta ese trabajo e intenté arreglarme lo mejor que pude para dar buena impresión en esta entrevista. Al ser la segunda supuse que sería con algún alto cargo o, quizás, directamente con el jefe que iba a contratar a una secretaria. Y esa secretaria quería ser yo.

Bajé a la calle, y mientras estaba esperando que el semáforo se pusiera verde para cruzar, pasó a pocos centímetros un coche que, al meter sus ruedas en un charco, me empapó de arriba abajo. No sabía si gritar o ponerme a llorar. Estaba completamente mojada y con el abrigo sucio. No me daba tiempo de volver a casa y cambiarme. Llegaría tarde.

Estaba tan absorta en maldecir mi suerte y al coche que acababa de pasar, que no me di cuenta de que este se había parado unos cuantos metros más allá, en doble fila, y de él se había bajado un hombre.

—Perdona. Perdona, de verdad. No te vi. ¿Estás bien?

Me quedé mirando al desconocido sin entender por qué se disculpaba hasta que volvió a hablarme.

—De verdad que no te vi, ni a ti, ni al charco.

—¿Eres tú el que me ha hecho esto? —pregunté incrédula.

—Sí. Soy yo. Mira, dame el abrigo y lo llevo a lavar. Esta misma tarde estará como nuevo. Dime dónde he de mandártelo y, sin falta, esta tarde te llegará.

—Eso es lo de menos. Tengo una entrevista de trabajo y no puedo ir así. ¿Acaso tu tintorería es tan rápida como para que me lo limpien en unos minutos?

Molesta, me di media vuelta para irme a mi casa, buscar una chaqueta y, sin duda, llegar tarde a la entrevista.

—Espera —me dijo el hombre cogiéndome del brazo—. Toma. Ponte mi abrigo y dame el tuyo. ¿Dónde está el lugar al que tienes que ir? Yo te acerco en mi coche.

Sin ni siquiera tener tiempo de contestar, el desconocido se quitó su abrigo y me lo tendió. Todavía no sé por qué acepté esa oferta de cambio de prendas, y menos aún, por qué me subí al coche y dejé que me acercara a mi destino.

—Me llamo Héctor, ¿y tú?

—Nora.

—Bueno, Nora, casi hemos llegado. ¿Te parece bien que nos veamos esta tarde y te devuelvo tu abrigo limpio?

—También tengo que devolverte yo el tuyo —respondí.

—No. Quédatelo. A ti te sienta mucho mejor. ¿Lo harás? —me dijo sonriendo.

Su sonrisa me cautivó en ese mismo momento y por unos instantes no supe qué responder.

—No puedo aceptarlo, pero gracias —logré decir.

—Por supuesto que puedes. Es un regalo. ¿Dónde quieres que quedemos y a qué hora?

La situación, más que surrealista, me estaba descolocando por completo. Me sentía transportada por su voz, su sonrisa y sus atenciones.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Vives muy lejos de donde nos hemos encontrado?

—No, a unas pocas manzanas.

—Entonces veámonos ahí mismo, en esa misma esquina. Luego decidiremos dónde ir. Hemos llegado.

Me di cuenta en ese mismo momento que realmente ya estábamos en el lugar en el que debía ir a hacer la entrevista.

—Gracias por traerme, Héctor.

—¡Faltaría más! —me dijo sonriendo de nuevo—. Nos vemos esta

tarde. ¿A las cinco?

—De acuerdo —y bajándome del coche, me despedí.

Mientras me encaminaba a las oficinas, en las grandes puertas de cristales ahumados que me daban la bienvenida, me miré de arriba abajo y pude comprobar que realmente el abrigo me quedaba muy bien.

Más tranquila, entré en el lugar e hice una entrevista que, desde mi punto de vista, estuvo muy acertada. Casi después de una hora, volví a salir por las grandes puertas y me fui a mi casa.

La persona que me entrevistó, en efecto, era el que podría ser mi jefe en cuestión de una semana. Por lo menos eso me dijo él al terminarla. Ahora solo quedaba esperar a ver si me llamaban.

Decidí darme una ducha antes de comer. Me sentía un poco sucia después de lo que me había pasado por la mañana. Fue tan extraño todo… Y más extraño aún fue el hecho de que esa misma tarde había quedado con ese hombre para intercambiarnos de nuevo los abrigos.

Todavía era temprano cuando acabé de comer y recogerlo todo, así que me puse cómoda en el sofá y decidí ver una película.

Sobre las cuatro de la tarde empecé a prepararme. No sé por qué, pero me arreglé más de lo normal. Como si tuviese una cita.

A las cinco en punto llegué a la esquina. Héctor ya estaba esperándome con mi abrigo envuelto en plástico transparente, recién salido de la tintorería.

Su sonrisa de bienvenida volvió a cautivarme.

—Eres puntual. Eso me gusta —y dándome dos besos en la mejilla, me indicó un bar que había a unos pocos metros. Una vez dentro nos sentamos en una mesa para dos bastante apartada.

—Te devuelvo tu abrigo. Gracias por prestármelo —le dije mientras me sentaba.

—No lo quiero. Ya te he dicho esta mañana que te lo regalo. Te queda muy bien.

—¡Pero no puedo aceptarlo!

—Sí. Sí que puedes. Es más, quiero que lo aceptes, o si no, no te devolveré el tuyo.

Esta vez sonreímos los dos. El camarero llegó enseguida y pedimos ambos una bebida caliente. Seguía haciendo frío.

—Dime, Nora, ¿cómo ha ido la entrevista?

—Creo que bien. Antes de una semana me llamarán para decirme si el trabajo es mío.

—Seguro que lo consigues. Yo te contrataría.

—Bueno, si ellos no lo hacen, estoy abierta a otras ofertas.

La verdad es que era muy fácil entablar una conversación con él. Era educado, galante y divertido. Estuvimos hablando más de dos horas y después de pagar, me ofreció vernos para cenar.

—¿Te apetece? ¿Tienes algún compromiso? ¿Novio, marido, amante?

—No, ninguna de las cuatro cosas —respondí riendo—, y sí, me apetece cenar contigo.

—Perfecto. ¿Vas a decirme dónde vives o seguimos quedando en la esquina?

No pude más que volver a reír y después le di mi dirección.

—Estaré esperándote abajo, en el coche. ¿Sobre las nueve y media te va bien?

—Sí.

—Entonces hasta dentro de un rato —y dándome otros dos besos se despidió, dejándome a mí con su abrigo puesto y el mío en mi antebrazo.

Mientras volvía a casa andando, pensé que toda la situación me parecía muy romántica y por eso decidí llamar, en cuanto llegué a casa, a mi amiga Cristina para contárselo.

—¡Hola, guapa! Ahora mismo iba a llamarte para preguntarte qué tal fue la entrevista. ¿Ya tienes el trabajo? Porque si no te contratan es que son tontos, no van a encontrar a una secretaria mejor que tú. Definitivamente estoy segura de que el trabajo es tuyo. No me cabe duda. ¿Y bien? ¿Me lo vas a decir o no?

Mientras la estaba escuchando, se me escapaba la risa. Cristina siempre habla por los codos y apenas me da tiempo de responder a una de sus preguntas que ya está planteando otra o se responde ella misma. Como ya sé que es así, la dejé que acabara para poder responder yo.

—Todavía no sé nada, Cris. Me dirán algo la semana que viene. Pero no te llamaba por eso…

No me dejó acabar. Ya estaba de nuevo hablando ella.

—¿La semana que viene? Lo que yo te digo. Son tontos. ¿Necesitan una semana para ver que eras la secretaria ideal? Bah… menudos lerdos. ¿No me llamas para eso? ¿Y para qué me llamas? ¡Cuéntame!

De nuevo riendo, logré contarle, no sin otras tantas interrupciones, toda la aventura de los abrigos y el desconocido.

—¡Guau! ¡Qué romántico, nena! ¿Y qué te vas a poner para ir a cenar? Ponte bien guapa y sexy ¿eh? Ya sé. Ponte el vestido negro escotado. ¡Ah, no! Ese es de verano. Mmmm… Pues ya está. Ponte el otro, el negro de lana. Ese corto y estrecho. Con unas botas de tacón y unas medias también negras. ¡Ah! Y ponte su abrigo. Sí, sí, ponte el suyo.

La charla se extendió un poco más, intentando decidir, ella sola, cómo iría vestida yo para la cena. Finalmente nos despedimos, no sin antes quedar en que la pondría al corriente de todas las novedades de mi cita.

Cuando colgué me quedé pensativa sobre qué ropa ponerme y, tras unos largos minutos mirando en mi armario, por fin me decidí por algo tan simple como unos pantalones negros holgados, una blusa y unos zapatos. Pensé que como no sabía dónde me iba a llevar, ese atuendo iría bien para cualquier restaurante.

Dudé unos segundos antes de bajar en si ponerme su abrigo o el mío, pero al final me decidí por el mío.

De nuevo, al salir de mi portal, Héctor ya estaba esperándome fuera, apoyado en su coche y fumando un cigarro.

—Estás muy guapa, Nora —me dijo a modo de bienvenida.

Me abrió la puerta de su coche y subí. Llegamos en poco tiempo al restaurante, entre pequeñas charlas sobre cosas sin importancia seguidas de momentos de silencio.

El lugar al que me llevó esa primera noche era un sitio muy acogedor y elegante. Me alegré de la elección de mi ropa. Estaba a la altura.

—Te he traído aquí porque es un restaurante en el que cocinan todo tipo de platos internacionales. Al no saber tus gustos, preferí venir a este.

—Es un lugar muy bonito y todo lo que veo me gusta —comenté mirando la carta.

—Me alegro. Ya tendremos tiempo de profundizar en los gustos y preferencias de cada uno.

Sonriendo, llamó al camarero, y pedimos nuestros platos junto a una botella de vino tinto elegida por él.

—Cuéntame algo de ti.

—¿Por dónde empiezo? —me reí—. Ya sabes cómo me llamo. Tengo veintiocho años, busco trabajo de secretaria y tengo un abrigo tan limpio que parece nuevo. ¿Y tú?

—Yo tengo treinta y cuatro años. Trabajo en una empresa de informática que es mía, y busco una secretaria. ¿Te interesa?

Como no sabía si sus palabras iban en serio o no, decidí seguirle el juego, y lo que empezó como una conversación divertida, acabó siendo casi una entrevista de trabajo y personal.

—Si quieres, mañana puedes venir a la oficina y ver el lugar. Me gustaría que trabajaras para mí. Lo digo en serio.

De nuevo, su sonrisa y sus ojos, de una mirada oscura e intensa, me dejaron sin saber qué decir. Cuando por fin salí de mi ensimismamiento, acepté ir al día siguiente.

Seguimos hablando durante toda la cena, preguntándonos cosas el uno al otro y contando, por encima, nuestras vidas.

Por lo visto, Héctor, hacía ya unos cuantos años decidió montar su propia empresa de informática. Se había abierto un hueco en ese mundo y ahora era un proveedor importante de diversas empresas especializadas en el tema. Importaba y exportaba productos informáticos y también prestaba servicios de puesta en marcha y mantenimiento de programas personales para cada cliente.

Por mi parte, le hice un breve resumen de mi situación actual, hablé un poco sobre mi pasado, y finalmente acabamos charlando sobre libros, películas y música.

Una vez terminada la comida, tomando el café, me ofreció ir a otro sitio a tomar unas copas.

—Gracias, me encantaría, pero estoy un poco cansada. Si no te importa, preferiría ir a casa.

—No, por supuesto que no me importa.

Su expresión no acompañaba a sus palabras. Parecía estar decepcionado.

No sé si fue por eso, o porque realmente quería, pero al final lo invité a subir a mi casa.

Una cosa nos llevó a la otra. Doctora Uweid, no quiero que pienses que suelo comportarme así, pero su voz, su sonrisa, su manera de comportarse… No sé, todo él me envolvió.

No puedes hacerte una idea, ni tan siquiera pequeña, de lo que ese hombre podía causar en mi cuerpo.

No me arrepiento de esa noche. No me arrepiento en absoluto. Lo que llegué a experimentar en mi ser, diría incluso que en mi alma, fue lo más hermoso que jamás había vivido.

Empezó con un suave beso en mis labios. Tan suave que tuve que hacer un esfuerzo para no pensar que había sido una alucinación mía. Tan delicado, y a la vez profundo, que cada centímetro de mi piel respondió con un escalofrío.

Sus labios eran sedosos y calientes. Esponjosos. Cuando poco a poco se abrieron buscando el interior de mi boca, parecieron envolverme por completo, y no solo esa parte de mi cara, sino el cuerpo entero.

Tuve que cerrar los ojos. Era imposible mantenerlos abiertos. Su lengua se paseaba por el interior de mi boca de una manera aterciopelada. Parecía que a través de ella me estuviese acariciando cada poro, cada parte de mí ser.

Sus manos acompañaban con la misma sensibilidad y sutileza cada pequeño movimiento de su lengua. Estaban conectadas. Me desabrochó lentamente la blusa. Cada botón que dejaba al descubierto un poco más de mi misma era un escalofrío.

Mis manos estaban quietas. Solo mi lengua era la que se movía. El resto de mí parecía hipnotizado. Incluso mis pensamientos volaban muy lejos. Podría casi asegurar que ni siquiera existían.

Una vez desabrochada la blusa, lentamente me la quitó, y lo mismo hizo con mi sujetador. Quedaron así al descubierto mis pechos. Para ser la primera vez que me mostraba íntimamente delante de él, y aun estando la luz del cuarto encendida, no sentía vergüenza ni pudor.

Apartó de mí su boca y quise abrir los ojos, pero no pude. No pude porque noté sobre uno de mis pezones sus labios, de igual modo y con la misma intensidad que hacía unos instantes los sentía en los míos.

Yo seguía sin mover las manos. Sin tocarlo. Era como una especie de pacto mudo. No sé por qué, pero sabía que debía dejarlo hacer sobre mi cuerpo.

Como si conociese todos los rincones de mi sustancia, mientras seguía envolviéndome con su boca sobre mis pezones, sus manos fueron quitándome el resto de la ropa.

Completamente desnuda, ciega e inmóvil, sentí, en lo más profundo de mí, todas las caricias, todos los besos y todos los húmedos

recorridos de su lengua por mi piel.

Llegó con sus dedos a mi esencia, y de nuevo, experto entre las humedades de mi mundo, empezó un masaje lento y suave que me provocaba un placer casi prohibido.

Su boca volvió en busca de la mía, mientras sus dedos en ningún momento dejaban de acariciarme el sexo. Poco a poco, los fue introduciendo. Primero uno, luego dos, tres… Mis caderas empezaron un vaivén a la misma velocidad que sus dedos en mi interior.

No sentía la necesidad de tocarlo ni de desnudarlo. Era un momento solo para mí. Sabía que cuando llegara la ocasión, me lo haría saber.

El primer orgasmo me invadió casi sin avisar. Nunca había sentido nada parecido. Fue un instante de calor recorriendo de pies a cabeza todo mi cuerpo. Casi sin gemido, relajado. Una sensación esponjosa dentro y fuera de mí.

Fue entonces cuando, poco a poco, se fue desnudando él. Yo seguía inmóvil, esta vez con los ojos abiertos y mirando cada uno de sus movimientos.

Mi cuerpo estaba todavía abierto ante él. Abierto y expectante.

Cuando finalmente estuvo totalmente desnudo, se puso sobre mí y me penetró lentamente. Su boca, una vez más, estaba completamente entregada a la mía.

Sus movimientos dentro de mí eran constantes y lentos. Suaves como el terciopelo. Su masaje en mi interior en ningún momento fue más rápido. Incluso creo que cada vez era más y más lento.

No recuerdo en qué momento empecé a gemir, pero lo hice, y de una manera que nunca me había escuchado antes. Parecía que mis gemidos se mezclaran dentro de su propio ser a través de nuestras bocas.

Todavía de esa manera suave y lenta, Héctor se dejó ir en mi interior, y sin dejar de moverse, me regaló el segundo orgasmo de la noche. Una explosión de sensaciones indescriptibles. Sutiles y a la vez ardientes.

No dejó de moverse tampoco cuando yo llegué al éxtasis, y eso provocó en mí, sin control, una serie de espasmos acompañados de más gemidos en su boca.

Nos separamos después de un buen rato de seguir unidos.

Yo respiraba con ansia, como si hubiese estado corriendo miles de quilómetros. Mi corazón estaba desbocado y mi sexo todavía palpitaba por dentro y por fuera.

—Eres preciosa, Nora.

No recuerdo si respondí o simplemente sonreí. Estaba desconcertada. Jamás en mi vida habría dicho que, en la primera noche, tendría sexo con un hombre al que acababa de conocer tan solo

unas horas antes.

Le ofrecí de nuevo una copa y esta vez aceptó.

—¿Se puede fumar en tu casa? —me preguntó.

—Sí, no hay problema.

—¿Quieres uno?

—No fumo, gracias.

Estuvimos hablando hasta muy entrada la noche, y ya de madrugada decidió irse a su casa.

—Mañana madrugo y es muy tarde —me dijo sonriendo.

Se despidió en la puerta con otro beso cálido y acogedor. Casi estuve tentada de decirle que se quedara a pasar la noche, pero en mi interior, en mis pensamientos, me preocupó el hecho de que pudiese pensar que esto yo suelo hacerlo en mi vida cotidiana.

Así que, una vez cerrada la puerta y sola en mi casa, me quedé un rato de pie, apoyada en la pared, rozándome los labios con los dedos y pensando en todo lo que había sucedido durante el día, y sobre todo por la noche, antes de irme a dormir.

•● 4 ●•

A la mañana siguiente, al despertarme, me encontré con una nota en el suelo del pasillo cuando al pasar por él para ir a la cocina, la pisé con mis pies descalzos. Pensé que seguramente la habría colado por debajo de mi puerta unos minutos más tarde después de irse. Pero con el tiempo, supe que lo que en realidad ocurrió fue que esa misma mañana, antes de ir al trabajo, Héctor había pasado por mi casa expresamente para eso.

«Buenos días, preciosa. Espero verte por la oficina esta mañana, lo de la oferta de trabajo iba en serio, y más ahora después de haberte poseído. Eres justo lo que buscaba en mi vida. Te espero.
Héctor.»

Debajo estaba la dirección de su empresa. A mí todo esto me estaba pareciendo un sueño, incluso tenía cierto miedo de que estas cosas tan maravillosas me estuviesen pasando. Pensaba en si no habría algo extraño detrás de todas estas casualidades. Pero las sensaciones que de repente reaparecieron en mi mente, recordando cómo me había sentido la noche anterior, el éxtasis al que me condujo Héctor, disiparon de golpe todas mis dudas.

Decidí ducharme y arreglarme, y tras pensar en si llamar o no a Cristina, me decanté por hacerlo.

—Cuéntamelo todo —fueron las palabras que escuché nada más descolgar el teléfono mi amiga.

Después de un resumen, obviando lógicamente los detalles más íntimos, le expuse mis dudas.

—No sé, Cris. No lo conozco de nada y ya me he acostado con él, ha estado en mi casa y ahora quiere hasta darme un trabajo. Estoy un poco, bueno, bastante asustada. Tanto de mí como de todo lo que está pasando.

—¡Bah! No seas tonta, Nora. Es perfecto. Tú ve a la oficina y mira a ver qué te ofrece. Luego decides. Y si no funciona, pues lo dejas, a él y al trabajo.

Las palabras de mi amiga me hicieron reflexionar.

—Sí, quizás tengas razón. Además, tampoco está escrito que vayamos a más. Por lo pronto el trabajo me hace falta y…

—Pues si te hace falta, no te lo pienses más —me interrumpió—. De echarte atrás siempre estás a tiempo.

Estuvimos hablando unos minutos más y finalmente colgamos.

La oficina de Héctor no estaba demasiado lejos, pero aun así decidí que era mejor ir en metro. Hice bien, porque así descubrí que justo

fuera de la parada, en una esquina, estaba el edificio. Hasta el transporte parecía estar a mi favor.

Un portero muy amable, tras preguntarme a dónde me dirigía, me indicó el ascensor.

El lugar estaba en la sexta planta. Nada más abrirse las puertas, me encontré con unas vistas impresionantes de la ciudad. A mano derecha había una puerta en la que se indicaba, con un rótulo, el nombre de la empresa.

Llamé al timbre y enseguida me abrieron.

—Buenos días —me dijo una mujer imponente detrás de un escritorio—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días. He venido a hablar con Héctor.

La mirada de la mujer, alzando sus cejas y entornando los ojos, fue inquisidora.

—Lo siento —dije—, no sé su apellido.

La mujer, cuyo nombre era Bárbara según su tarjeta de identificación, cogió el auricular y pulsó unos números en el teléfono.

—Señor Valero, hay una mujer que pregunta por usted.— Y dirigiéndose a mí, me preguntó: —¿Su nombre, por favor?

—Nora.

—Nora —repitió ella—. De acuerdo. Puede pasar —me dijo—, es la puerta que encontrará de frente al doblar la esquina.

—Gracias.

La saludé con la cabeza y me dirigí hacia donde me había indicado. Cuando iba a abrir la puerta, Héctor se adelantó, y tras abrirla él, me invitó a pasar. El despacho era imponente, con unos grandísimos ventanales que iban desde el suelo hasta el techo y que alumbraban la estancia, elegante y sofisticada.

Todavía estaba mirando a mi alrededor cuando sentí unas manos que, por detrás, me estaban desabrochando el abrigo mientras unos labios besaban mi cuello.

—El trabajo es tuyo —me dijo al oído.

Lo sé, lo sé, doctora Uweid. Debería haber parado esta locura, pero no podía. Quisiera poder hacerle entender el por qué, pero creo, estoy segura, de que si no se sienten esos labios por la piel, es imposible entenderlo.

El abrigo cayó al suelo junto al resto de mi ropa. De nuevo me sentí envuelta en terciopelo. Sin darme apenas cuenta, acabé sobre un sofá, desnuda y exhausta, por el orgasmo inesperado de mi ser.

—Vístete mientras voy a llamar a Bárbara. Cuando salgas del despacho, entraré con ella.

Todavía alucinada por mi comportamiento, y desde luego por los acontecimientos, recogí la ropa esparcida por el suelo y me vestí. Delante de uno de los ventanales me arreglé el pelo corto y salí del

despacho.

—Siéntate un momento mientras hablo con Bárbara. Ahora mismo vuelvo.

Y diciendo estas palabras, desaparecieron ambos por donde yo acababa de venir.

Los minutos se me hicieron eternos. No sabía ni cómo reaccionar ni qué pensar de mí misma. He tenido otras relaciones a lo largo de mis veintiocho años, pero ninguna tan extraña, rápida y llena de erotismo como esta.

Aún estaba repasando mentalmente lo que acababa de ocurrir en el despacho, cuando escuché cómo se cerraba la puerta del mismo y a los segundos aparecía Bárbara.

Sus ojos se encontraron con los míos. Su mirada me recorrió la piel, estremeciéndome. No sabría decir qué me transmitió. Estaba entre un amago de odio, lástima y rencor, pero tampoco sabría decir con exactitud si esos sentimientos que parecían asomar en su mirada eran por mí.

Poco a poco, casi al borde de las lágrimas, Bárbara fue recogiendo algunas cosas, que parecían personales, del escritorio donde apenas una media hora antes, la había encontrado preguntándome mi nombre.

Tras aparentemente haberlo recogido todo se encaminó hacia la salida sin mirarme, pero justo antes de traspasar la puerta se giró y entonces, mirándome directamente a los ojos, me dijo:

—Cuídate, Nora, cuídate mucho.

Mi asombro fue en aumento. No entendía nada, o quizás sí, pero me daba incluso vergüenza poder admitir que esa mujer había sido despedida en ese mismo momento para así poder ocupar su puesto yo.

Decidida, me levanté para ir al despacho de Héctor y aclarar mis dudas. Llamé a la puerta y enseguida escuché un “pasa” alto y claro.

—Héctor, yo, bueno, es que… ¿Has despedido a esa mujer por mí?

—No. La he despedido por mí —me respondió seguro de sí mismo. Y con la misma seguridad me indicó que me sentara frente a su mesa—. Tenemos que ponernos al día para empezar a ser un buen equipo. También hemos de ponernos de acuerdo sobre tus honorarios.

Mi cabeza en ese momento daba vueltas. Me sentía incapaz de olvidar la escena protagonizada por la mujer que acababa de ser despedida y, cómo no, la escena íntima anterior.

—Verás, no puedo aceptar el trabajo si por ello sale perjudicada otra persona. Simplemente no puedo.

Héctor me miró unos instantes antes de responderme.

—Tú misma, Nora, si no lo aceptas tú, vendrá otra persona. Los días de Bárbara a mi servicio estaban contados, solo que ella no lo sabía. Decídete ya, ahora mismo. ¿Lo aceptas o no?

Entre todo un torbellino de pensamientos que revoloteaban por mi mente, de mi boca salió un “sí”, y desde ese momento empezó mi trabajo a las órdenes de Héctor.

En cuestión de una hora ya tenía la información necesaria para poder llevar a cabo mi labor en la empresa de una manera, por lo menos, correcta.

Había que llamar a clientes y a proveedores, así como pasarle las llamadas entrantes a Héctor. También había que poner al día algunas facturas y algún que otro pedido. En fin, el trabajo típico de una secretaria. El trabajo que a mí me gustaba.

Durante toda la mañana, mi cuerpo de vez en cuando todavía reaccionaba a los dos acontecimientos vividos, y uno de los dos ganaba cada vez más la batalla contra el otro. Sin duda, puedes imaginar cuál.

Era tanta la excitación que provocaba en mí el simple hecho de pensar en el despacho y en el sofá, que a veces sentía miedo de mí misma por considerar y desear repetirlo de nuevo. Otras veces, sentía un pudor tan grande que notaba como mis mejillas se sonrojaban.

Sé que parece una locura sentir pudor después de eso, pero así era. En el fondo siempre he sido muy convencional en mis encuentros sexuales. Esto era totalmente nuevo para mí.

El teléfono interno me sobresaltó cuando empezó a sonar.

—Ven a mi despacho, Nora. Por favor.

Dejando la factura a medio hacer, me levanté para ir.

—Esta tarde he de ir a una reunión al otro lado de la ciudad. Me gustaría que me acompañaras, pero como no sé si tenías planes antes de aceptar el trabajo, te lo pregunto ahora.

—No, no tengo planes. ¿A qué hora es? Lo digo para arreglarme un poco y volver.

—No es necesario que te arregles. Estás perfecta así. Comeremos juntos y nos iremos directos a la reunión.

—De acuerdo. Como tú digas.

Se me pasó por la cabeza acercarme y devolverle, con mi boca, el placer que él me había causado hace unas horas. Estaba completamente entregada a pensamientos eróticos cada vez que lo tenía delante. Debí expresar algo con mi cara, porque sin haber mencionado nada, Héctor me dijo:

—Tranquila, esta noche.

Creo que sonreí, y sin articular palabra salí del despacho.

Llegó la hora de comer y nos fuimos juntos a un restaurante en el mismo edificio de su empresa, y después de la comida, en su coche, nos encaminamos hacia el lugar donde iba a producirse la reunión. Me presentó al cliente como su secretaria, y mi labor simplemente consistió en tomar apuntes de algunos datos que se hablaron en ella.

Sobre las siete de la tarde volvimos a meternos en su coche, pero contrariamente a lo que yo pensaba, esta vez me dejó justo en la puerta de mi casa.

—Cenaremos juntos. Te recojo sobre las diez.

—¿No prefieres subir y cenar en mi casa? —le propuse.

—Hoy no, hoy cenaremos fuera. Hasta luego, Nora.

Sin besos, sin posibilidad de contradecir, me bajé del coche y me fui directa a mi casa, para entrar, directa también, a la ducha.

Pensé en llamar a Cristina de nuevo, pero sabía que ella opinaría que todo lo que me estaba sucediendo era fantástico. Yo seguía teniendo mis dudas. Algo dentro de mí me estaba alertando, pero supongo que preferí ignorarlo y dejarme llevar. Podría haber llamado a cualquier otro de mis amigos y explicárselo todo, pero en el fondo no estaba dispuesta a que nadie me dijera que todo el asunto parecía extraño y sospechoso.

Así que sin pensármelo me arreglé, esta vez con el vestido que mi amiga me había recomendado el día anterior aun siendo de verano, y tras mirar el reloj como veinte veces, pues me daba la sensación de que los minutos no pasaban, por fin llegó la hora. Bajé y Héctor llegó en ese mismo momento.

—Buenas noches, mi secretaria preferida. ¿Te apetece un italiano esta noche? —sonriendo, asentí.

El restaurante era espléndido. Cada mesa tenía unas pequeñas velas que iluminaban justo lo suficiente para poder ver la cara del acompañante, y a la vez dar la sensación de que no había nadie más en el local.

La gente hablaba muy flojo, la música envolvía el ambiente y la comida era exquisita. En un segundo, pasó por mi mente el pensamiento de que podría ser realmente fácil acostumbrarse a esta manera de vivir, de sentir.

Tras los cafés, decidimos volver a mi casa. Pero por el camino Héctor me propuso algo que en un principio me dejó sin saber qué responder. De hecho, estoy segura de que no respondí, pero de nuevo, la decisión la tomó él.

—Te gustará, créeme.

No entendí muy bien a qué se refería cuando me propuso tener sexo delante de toda la ciudad, y menos aún cuando su coche entró en el parking del edificio de su oficina. Pero la verdad es que me daba igual. De alguna manera, mi cuerpo ya había reaccionado, y estaba deseando sentirme otra vez trasportada al éxtasis.

Cogidos de la mano entramos en la oficina. Me llevó a su despacho y entonces lo comprendí todo.

Los grandes ventanales, sin cortinas, daban una imagen nocturna de toda la ciudad. Íbamos a hacerlo ahí. Frente al mundo.

—Desnúdate —me dijo.

Sin pensarlo, empecé a quitarme toda la ropa, a la vez que él hacía lo mismo con la suya.

—Ven. Acércate a la ventana.

Sus manos me guiaron hacia el grueso cristal, que sentí frío y duro en mi espalda y en mis glúteos.

Desnudos, empezamos un recorrido ardiente y desesperado sobre nuestras pieles. Esta vez mis manos no estuvieron quietas. Buscaron con anhelo todos y cada uno de los centímetros de su piel, y cuando tuve su sexo en una de ellas, comencé un lento y pausado masaje.

Su lengua buscaba la mía con rapidez y casi descontrol. Luego bajaba a mis pechos, y húmeda y caliente, volvía a introducirse en mi boca.

Cuando ya pensaba que no podría aguantar mucho más sin tenerlo dentro, me dio la vuelta, y mi corazón, a su vez, dio un brinco.

La sensación fue de estar en un barranco, a punto de caer. El miedo al vacío y el vértigo por las vistas hacia un precipicio nocturno, se mezclaron con el frío tacto de mis pechos contra el cristal.

Una de sus manos descendió a mi entrepierna, hurgando sin contemplaciones dentro y fuera. Mi respiración causaba pequeños y acompasados vahos sobre el cristal.

De una manera sutil pero decidida, me cogió por la cintura y me reclinó un poco. Sus manos acompañaron a las mías para que las apoyara sobre los cristales, mientras su piernas separaban las mías.

Con los ojos abiertos, mirando la ciudad a mis pies, sentí cómo su sexo entraba decidido, duro y excitado, dentro del mío.

Los movimientos esta vez no fueron lentos. Esta vez eran directos y fuertes, pero el placer que yo estaba experimentando, tanto por el entorno, como por el morbo de la situación, era igual o superior al de la noche anterior.

Su orgasmo llegó con una embestida firme, tanto, que mis brazos se doblaron. Salió de mi interior, y de nuevo, pegada al cristal con mi cara y mis pechos, sus dos manos se entremezclaron en mi sexo, haciéndome tener un orgasmo convulsivo y casi salvaje.

Nos quedamos así, de pie. Yo contra la transparencia e iluminada con las luces de la noche, y él detrás de mí, jadeando en mi nuca.

Cuando nuestras respiraciones empezaron a retomar el ritmo normal, acercó su boca a mi oído.

—Te dije que te iba a gustar —me dijo susurrando.

Creo que permanecimos así todavía un buen rato, hasta que la temperatura de la noche traspasó los cristales y me produjo un escalofrío. Entonces, nos vestimos y me llevó a mi casa, donde dormimos juntos hasta que, en algún momento de la noche, él se fue sin yo darme cuenta.

· 6 ·

Pasaron unos cuantos días y todo siguió igual. Tengo que confesarte, doctora Uweid, que mi cuerpo se estaba acostumbrando al placer que me brindaba Héctor. Siempre había pensado que a la hora de tener sexo, era importante que las dos personas llegaran al orgasmo, pero mi manera de enfocarlo ahora iba poco a poco cambiando.

La verdad es que dar placer a tu pareja, sin llegar al éxtasis, podía hacerte sentir de otra manera. Y desde luego, cuando el turno era mío, por así decirlo, poder concentrarse en una misma, en todos los placeres que se sentían, sin distraerse en el cuerpo de la otra persona, o casi con la prohibición explícita de tocarla, era una experiencia nueva y embaucadora.

En fin, a media mañana de ese día, Héctor me dijo que por la noche iríamos a una cena de empresa con otros clientes. Me repitió una vez más que yo iba a acompañarlo como su secretaria, y así sería presentada al resto de invitados.

No le di demasiada importancia. Quizás él no quería que se supiese nuestra relación, y me pareció incluso divertido y morboso ir a una cena con más personas y que, seguramente, especularan sobre nosotros.

Cuando terminamos el horario laboral, me acercó a casa y me dijo que pasaría a buscarme sobre las diez de la noche, puesto que la cena estaba programada para las once.

Decidí descansar un poco antes de ducharme y arreglarme para salir. Cuando todavía estaba medio dormida en el sofá, el interfono me sobresaltó con su timbre ruidoso. Me levanté de golpe, pensando que me había dormido, pero vi en el reloj de la pared que apenas eran las ocho.

Mi sorpresa fue que, al otro lado, me respondió un mensajero que decía que traía un paquete para mí. Le abrí abajo y luego la puerta de casa, y tras despedirme con una caja rectangular y bastante grande en las manos, me dispuse a dejarla sobre la mesa para abrirla y ver su misterioso contenido.

El misterio dio paso a la sorpresa cuando dentro me encontré con un vestido negro largo, escotado de espalda, unos zapatos de tacón impresionante, unos pendientes y un collar a juego, y una sola prenda interior, roja brillante, y tan pequeña que dudé que lograra taparme algo. Debajo de todo había una nota:

«Quiero que seas la secretaria más sexy y hermosa de todas las que, sin duda, asistirán. Lo de la cajita negra también quiero que lo lleves

puesto. Ponte mi abrigo.
Héctor»

Me quedé con la nota en la mano, sin saber si sentirme adulada o furiosa. Estaba claro que su deseo era ese, pero a la vez pensé que yo ya tenía ropa elegante, lo suficiente para estar a la altura, y me dio mucha rabia pensar que él quizás hubiese pensado lo contrario.

Abrí entonces la pequeña caja negra que mencionaba en su nota, sin imaginar qué complemento podía faltar en todo esto. Cuando por fin lo vi, primero me quedé aturdida, y de repente comprendí lo que era.

Lo cogí en mis manos a la vez que se me escapaba una sonrisa. Eran unas bolas chinas de color negro. Yo nunca había probado ninguno de estos artilugios sexuales, y tuve que leer las instrucciones para saber cómo ponérmelas.

El mero hecho de leerlas ya estaba provocando en mi interior un pequeño revoloteo de sensaciones, y sin pensármelo dos veces, hice lo que ponía en el folleto.

La primera sensación fue de frío, nada más. Pensé que sentiría un placer inmenso, pero no fue así. Me quedé un poco desilusionada, hasta que me puse a andar y, bueno, no sabría explicarlo con palabras.

A cada paso esas pequeñas bolas en mi sexo me provocaban un sinfín de sensaciones. Estaba el miedo a que se cayeran, el dulce y suave movimiento que hacían en mi interior… No sé, no sé explicarlo.

Entonces pensé en probarlas sentada, y como un relámpago sentí un gusto increíble que se acentuó todavía más al cruzar las piernas.

No sabía si dejármelas dentro ya o si por el contrario sacarlas mientras me duchaba, pero la experiencia me estaba pareciendo tan morbosa y tan intensa, que decidí dejar las bolas en mi sexo y hacerlo todo con ese placer silencioso y secreto.

En un primer momento, después de ducharme, arreglarme el pelo y maquillarme, tuve la tentación de vestirme con ropa mía, pero al probarme el vestido y los complementos que Héctor me había regalado, cambié enseguida de idea.

Realmente me quedaba todo perfecto. El vestido, cuyo escote llegaba justo hasta el límite de mi espalda, y la raja que tenía a un lado en la parte de delante, que también subía hasta un límite casi prohibido, me daban un aspecto verdaderamente impresionante.

A las diez en punto me puse el abrigo y bajé.

—¿Te han gustado mis regalos? —me preguntó Héctor nada más subirme al coche.

—Sí. Me han gustado mucho —respondí.

—¿Lo llevas todo puesto?

—Todo.

—Así me gusta.

Sin más palabras, ni gestos, arrancó el coche y nos dirigimos al hotel donde se celebraba la cena.

El lugar era precioso, muy elegante y sofisticado. Yo no conocía a nadie, pero tras breves presentaciones empecé a entablar conversaciones con unos y otros, mientras Héctor se movía de un lado a otro cambiando de temas como de personas con las que hablaba.

Mi cuerpo iba experimentando, por sí mismo, las pequeñas ráfagas de placer que de vez en cuando, a veces incluso con el menor movimiento, se desataban en mi interior. Quizás fue por eso que no me di cuenta enseguida de que todas y cada una de las secretarias que acompañaban a los invitados eran espectaculares, jóvenes y preciosas.

Una punzada de dolor apareció en mi pecho al comprender, de repente, que aunque fuésemos presentadas como tales, estaba explícito de una manera casi ofensiva que allí todas éramos las amantes, las queridas o, bueno, cada uno podía pensar lo que quisiera.

Me sentí mal, realmente mal. A lo mejor todas ellas lo eran, pero yo me consideraba algo más, y desde luego, el hecho de ser yo misma presentada como la secretaria, ya no me pareció algo morboso.

Durante la cena, Héctor me preguntó si me ocurría algo, pero no me pareció ni el momento ni el lugar oportunos para explicarle mi malestar, así que una vez tomados los cafés y las copas, volvimos cada uno a entablar conversaciones con diferentes personas.

Perdí de vista a Héctor durante unos minutos, y me sobresaltó notarlo detrás de mí, de repente, hablándome flojo al oído.

—Quiero hacerlo en tu boca ahora mismo.

Sus palabras, contrariamente a lo esperado, a lo lógico, despertaron en mí el mismo deseo, casi tan grande que pensé que no podría disimularlo.

—Sígueme.

Sin articular ninguna otra palabra, sin mirarme ni cogerme de la mano, se dio media vuelta con la seguridad de que yo lo seguiría sin ni siquiera dudarlo.

Me llevó a los ascensores, cogimos uno, y tras entrar, Héctor lo paró. Sin necesidad de que me dijera nada, me arrodillé delante de él, le desabroché casi con prisas los pantalones y empecé mis embestidas de una manera frenética y sin pausa, mientras sus manos en mi cabeza acompañaban con la misma rapidez y furia todos mis movimientos.

Lo comprendo, doctora Uweid, comprendo el asombro que aparece en tu cara y en tu mirada, pero no puedes hacerte una idea de cuánto placer me produjo ese instante y de cómo me hizo vibrar.

Sin yo llegar al orgasmo, sin que ni tan siquiera me tocara, experimenté un deleite indescriptible solo con esas pequeñas bolas jugando en mi entrepierna y mi boca hambrienta recorriendo su sexo.

Mientras sus gemidos retumbaban en las paredes metálicas del ascensor, sentí toda la explosión de su orgasmo mezclándose con mi saliva.

Me levanté poco a poco, mirándolo y sin hablar.

—¿Estás excitada? —me preguntó.

—Mucho —le respondí.

—Ya queda menos. En una hora nos iremos a mi casa. Ahí tengo un regalo más para ti.

Se abrochó los pantalones, le volvió a dar al botón para poner en marcha el ascensor y salimos para mezclarnos de nuevo entre la gente.

Ahora tengo claro que debería haberme percatado de muchas cosas incluso antes de esa cena, antes de encontrarme rodeada de tantas secretarias imponentes, de tanta perfección.

Pero en ese momento solo pude darme cuenta de lo enamorada que estaba. En poco tiempo me había enamorado. Locamente enamorado.

Eso me cegó. Me cegó la primera vez, las que vinieron después y durante esos cuatro meses.

•● 8 ●•

Antes de contarte lo que ocurrió en su casa, tengo que explicarte algunas cosas.

Empezaré por repetir que para mí todo esto era nuevo. Sí, a lo mejor estoy buscando una excusa barata para convencerme a mí misma de lo tonta que fui, de lo ciega que estuve. Pero no puedo cambiar los acontecimientos de mi pasado, solo puedo hacer algo por mi futuro, por eso estoy aquí.

El caso es que estaba embriagada. Dejé de lado a mis amistades. Las veinticuatro horas del día eran para Héctor. Si no estaba en la oficina, salíamos juntos, y cuando estaba sola, mi cabeza y mi cuerpo seguían con él. Al principio mis amigos me llamaban e intentaban quedar como siempre para salir conmigo. Para vernos un rato, para lo que fuese.

A veces decía la verdad. Les decía que iba a salir con Héctor, pero otras veces me inventaba excusas como por ejemplo que no me encontraba bien, que estaba cansada o cosas así. Supongo que en el fondo me daba cuenta de que no era normal dedicar cada minuto a él, y de esta manera también me salvaba de que algún amigo, con cariño y por preocupación, me dijera que tampoco parecía normal este comportamiento aislado. Evitando pues el contacto con mis amistades, yo podía seguir cerrando los ojos y no ver más allá.

Lo cierto es que tampoco tenía la suficiente confianza y seguridad como para contarle a nadie todas mis experiencias. No sabía si alguien podría comprenderme.

Esa noche era la primera que me iba a llevar a su casa. Nuestros encuentros siempre habían sido en lugares públicos o en la mía. Pensé que ya llegaría el momento de ir a la suya, y llegó.

La casa era impresionante. Unas vistas increíbles de toda la ciudad. Nada más entrar, me fijé que en el amplio comedor tampoco había cortinas y que las paredes que daban al exterior no existían. De nuevo me encontré con unos grandes ventanales que luego supe eran de cristales tintados. Perfectos para mirar fuera sin que nadie viera lo que pasaba dentro.

Entre el placer que seguían dándome esas bolas chinas en mi sexo, sumado a la escena del ascensor y las imágenes de nuestro encuentro nocturno en su oficina, que me vinieron a la mente al ver los ventanales, mi cuerpo ya estaba más que excitado.

No perdió tiempo en enseñarme el resto de la casa. Me llevó directamente a su habitación.

—¿Sigues excitada? —me preguntó.

—Más que antes, Héctor —le respondí sonriendo.

Mi sonrisa no tuvo respuesta por su parte, a cambio me dio una

simple orden.

—Desnúdate y acuéstate sobre la cama.

No te escondo que me sentí algo desilusionada. Pensé que esta vez sería entre los dos. Quería hacerlo normal. Desnudarnos poco a poco, encendernos el uno al otro… ¡Qué sé yo! Pero no fue así, y una vez más hice lo que me pidió.

—Tengo un regalo para ti.

Acercándose, me alcanzó otra caja negra, ésta más grande que la que escondía en su interior las bolas chinas.

—Ábrelo.

Desnuda sobre la cama abrí la caja. Otra vez su contenido me dejó sin palabras. Dentro había un consolador también de color negro. Mi cara supongo que lo dijo todo porque, mirándome, me preguntó:

—¿Nunca los has usado?

Negué con la cabeza aún desconcertada.

—No es difícil, ya lo verás. Vas a disfrutar mucho. Y yo voy a verlo.

Si antes estaba desconcertada, en ese momento todavía más.

—¿Yo? ¿Yo sola?

—Sí. Quiero ser el espectador de tu placer.

—Héctor, esto me parece… Yo no puedo hacerlo como me pides, yo…

—¿Te da vergüenza?

—Sí. Vergüenza y pudor. No puedo…

Se levantó decidido hacia mí y sin avisar extrajo de mi interior las bolas. Cogió el consolador y lo puso en marcha. Pensé que haría más ruido, pero el sonido era muy leve, un run run continuo y suave. Acercó el aparato a mi entrepierna, y sobre mi clítoris empecé a notar un suave masaje vibrante que me produjo un pequeño espasmo involuntario.

—¿Te gusta? —volvió a preguntarme.

—Sí, claro que me gusta, pero…

—Ahora sigue tú.

Cogió mi mano y la puso sobre el aparato. Volvió a sentarse en frente de la cama, en una butaca, y puso sus manos sobre los reposabrazos.

Sentí una vergüenza inigualable a cualquiera de las que podría haber experimentado hasta ese momento. Intenté seguir yo sola sobre mi sexo, pero me era imposible sentir placer. El pudor era más grande. Verlo ahí en frente, mirándome mientras me masturbaba, o lo intentaba, era superior al hecho de querer complacerlo.

Héctor tuvo que darse cuenta, porque se levantó de nuevo, vino hacia mí, abrió el cajón de la cómoda, sacó un pañuelo y me vendó los ojos.

—Ahora estás sola. Piensa solo en ti.

En la oscuridad provocada por el pañuelo sobre mis ojos, intentando relajarme y dejar la vergüenza y el pudor aparcados, empecé a mover el consolador sobre mi clítoris.

No recuerdo muy bien en qué momento perdí el control de la realidad, pero lo hice. Ya no me importaba saber que él estaba mirándome. El placer era mucho más grande de lo que podía esperar. Sentí la necesidad de introducir el aparato dentro de mí, y cuando lo hice, los gemidos y los suspiros empezaron a salir de mi boca sin yo poder controlarlos.

Era una sensación nueva, tan gustosa y lasciva, que hacía que mi cuerpo fuese todo un mar de placeres.

No recuerdo tampoco en qué momento Héctor se sentó a mi lado en la cama. Solo sé que noté sus dedos en mi boca y que mi lengua respondió enfurecida a su tacto.

De la misma manera en que apareció a mi lado, escuché cómo volvía a irse para sentarse de nuevo en la butaca.

Mis movimientos, hacia dentro y hacia afuera, empezaron a ser más rápidos. Una de mis manos, casi sin darme cuenta, bajó lentamente a mi entrepierna, y mis dedos empezaron también un masaje fuerte por fuera.

Me convulsioné en un instante, con gemidos sonoros y altos.

Enseguida la vergüenza y el pudor volvieron a mí, e instintivamente cerré las piernas, como en un tonto intento de tapar mis intimidades antes tan expuestas.

—Lo has hecho muy bien, Nora. He disfrutado mucho. ¿Has disfrutado tú?

No pude responder. Me sentía extraña en mi propio cuerpo.

—¿Has disfrutado tú? —volvió a preguntarme.

Pero yo seguía sin poder decir nada. Avergonzada.

De repente noté de nuevo su presencia a mi lado a la vez que me quitaba el pañuelo de los ojos.

—Te he preguntado si has disfrutado. No hagas que vuelva a tener que preguntártelo.

—Sí —respondí casi en un susurro y apartando la mirada.

Héctor me cogió la cara para que nuestras miradas se encontraran.

—Ahora dímelo mirándome a los ojos.

—Sí. He disfrutado.

Su sonrisa, cautivadora, volvió a invadirme, pero esta vez de una manera diferente.

—Quiero irme a casa, Héctor —logré decir pareciendo decidida y segura de mí misma.

—Por supuesto. Ahora llamo a un taxi. Vístete, preciosa.

Mientras lo hacía, se me escaparon unas lágrimas. Estaba librando una batalla dentro de mí. En la batalla había dos contrincantes: la

vergüenza de mis actos y el placer de los mismos.

Una vez en mi casa, en mi cama, pensé que quizás no era tanta la vergüenza como la desilusión del momento. Quizás yo esperaba algo romántico y lleno de sentimientos, y solo tuve sexo.

No lo sé, doctora Uweid, a lo mejor a ti ni siquiera te parece algo tan grave como para sentirse así y llorar, pero la situación, sus palabras, su determinación, no sé… para mí no fue una buena experiencia. Por lo menos emocionalmente hablando.

A la mañana siguiente me levanté decidida a hablar con Héctor. Este tipo de encuentros sexuales no me hacían sentir bien, y si nuestra relación iba a ir en aumento quería que supiera de mi malestar. Así que en cuanto llegué a la oficina colgué el abrigo y el bolso y me dirigí a su despacho. Llamé a la puerta y entré.

—Buenos días, reina. ¿Qué sucede? —me preguntó él.

—Buenos días, Héctor. Quería hablar contigo.

—Claro, siéntate.

Estaba guapísimo. Su sonrisa volvía a cautivarme y a envolverme como al principio, y en ese momento tuve una pequeña duda entre si explicarle mi malestar o, por el contrario, dejarlo estar. Pero me armé de valor y empecé.

—Verás, es que… Es que lo de anoche no me hizo sentir bien. Tuve mucha vergüenza y solo lo hice por complacerte, y… Bueno, aunque es cierto que durante el momento disfruté, la verdad es que luego… luego no me sentí nada bien.

Su expresión no varió. Ni preocupación ni sorpresa. Más bien diría que indiferencia. Como no me dijo nada, continué.

—Héctor, era la primera noche que me llevabas a tu casa, y no sé, creí que sería diferente, romántico, algo entre los dos. Quizás incluso tuve la esperanza de que me invitaras a quedarme a dormir… Héctor, no me mires así, dime algo, por favor.

Él se levantó y salió de detrás de su imponente mesa para situarse tras de mí. Puso sus manos sobre mis hombros y, casi en un susurro, empezó a hablarme al oído.

—Lo siento, Nora. No fue mi intención hacerte sentir así.

Su boca dejó de hablar unos segundos para posarse en mi nuca y besarme suavemente.

—¿Me perdonas? Prometo resarcirte este fin de semana. Vendrás a cenar a mi casa el sábado por la noche, haremos el amor como nunca y te quedarás a dormir.

De nuevo sus labios sobre mi cuello empezaron un ligero y continuo recorrido que me produjo un sinfín de escalofríos por todo el cuerpo. Entre esas sensaciones, y la promesa de un fin de semana romántico y largo en su casa, solos, olvidé por completo el motivo por el cual esa mañana estaba tan desanimada.

Ese día era jueves. Lo sé porque recuerdo perfectamente que estuve dos días casi contando las horas para que llegara el sábado por la noche. Durante esos dos días todo siguió igual. Héctor estuvo atento y sensible, incluso casi diría que parecía preocupado por complacerme en todo, y yo, tonta de mí, me sentí abrumada y adulada.

Llegó la noche del sábado y pasó a buscarme. Yo me había vestido con esmero y me había puesto una ropa interior sensual, todo con la ilusión de una noche romántica, llena de ternura y de deseo.

—He preparado yo la cena, espero que te guste.

—Huele muy bien, si solo sabe la mitad de bien de lo que huele, seguro que estará deliciosa.

Abrió una botella de vino blanco y me ofreció una copa. Empezamos a poner la mesa juntos, a charlar y a darnos pequeños besos y caricias intercambiando miradas. Otra vez sentí que todo era perfecto. Estaba feliz. Feliz de verdad.

—¿Abro otra botella de vino y la llevamos a mi habitación? —me dijo mientras recogíamos los últimos platos de la mesa.

—Lo estoy deseando, Héctor.

—Tú lleva las copas.

Nos fuimos a la habitación parándonos de vez en cuando para besarnos. Yo tenía ganas de tirar las copas al suelo, quitarle la botella de vino de la mano y recorrer su piel de todas las maneras imaginables.

Pero todavía tardamos un poco en empezar nuestro encuentro. Primero me sirvió un poco más de vino y brindamos por los dos, entonces fue cuando, quitándome la bebida a mí y dejando la suya también, nuestras manos empezaron a desabrochar y a quitar las prendas de ropa, el uno al otro, sin prisas.

Sus labios por mi cuello, por mi boca y de nuevo por mi cuello, me recordaron a la primera noche. Esa sensación de terciopelo envolviéndome de arriba abajo y de transportarme casi al abismo.

Fue una experiencia única. La ternura que podía transmitirme con sus manos, su lengua y sus besos, el placer casi indescriptible que me hacía sentir en cada uno de sus gestos, era un sueño.

Mis manos también quisieron entrelazarse por su pelo, para acariciar sin prisas, sin vergüenza ni pudor, todo su cuerpo. Escuchaba sus suspiros y gemidos mientras le masajeaba el sexo, mientras le mordía el cuello y mientras lo tuve en mi boca.

También él buscó mi entrepierna y saboreó cada centímetro de mi excitación.

Llegamos al orgasmo, juntos. Dejándonos llevar sin complejos. Pude notar su explosión en mi interior como un terremoto en mis sentidos y eso provocó mi particular y sonoro estallido de placer.

Tardamos todavía un buen rato en separarnos. Yo estaba encima de él y no podía dejar de besarle, de acariciarle y de mirarle.

Él tampoco dejaba de pasar sus manos por mi espalda y, cuando por fin me levanté un poco para acostarme a su lado, me abrazó, me pasó de nuevo la copa de vino, y tras unos pequeños sorbos, me quedé completamente dormida pensando en que mañana me despertaría a su

lado.

Fue maravilloso, doctora. Fue uno de los momentos más tiernos y mejores que he vivido en estos cuatro meses. Si pudiera, lo volvería a vivir una y otra vez, sin descanso.

Pero el destino no estaba dispuesto a dejarme ser tan feliz.

Efectivamente, por la mañana me desperté a su lado, pero no estaba abrazándome. Estaba apoyado con el codo sobre su almohada y mirándome.

—Buenos días, bella durmiente.

Acercó su boca a mi frente y me besó.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—No importa la hora que sea. Es domingo. No tenemos nada que hacer aparte de estar juntos.

Sus palabras me llenaron de ternura y tuve el deseo de volver a amarnos. Así lo hicimos.

Después, mientras él preparaba el desayuno, yo me duché, y tras desayunar lo hizo él.

Estuvimos todo el día en su casa, saliendo de vez en cuando a la terraza a charlar y a admirar el paisaje. Tenía la sensación de que no podía haber más felicidad que aquella.

Sobre las siete de la tarde me acercó a mi casa. Sola de nuevo en la intimidad de mi piso, recordaba el estupendo fin de semana que había pasado con Héctor, mientras buscaba por mi cuerpo algún olor que me recordara aún más a él.

Creo que ni siquiera cené esa noche, solo tenía ganas de irme a dormir pensando en él y de que las horas de la noche pasaran rápido, para volver a la oficina y estar de nuevo a su lado. Estaba perdidamente enamorada. Sí, esa es la palabra. Perdidamente.

La semana empezó bien, hubo mucho trabajo en la oficina. Cada día salíamos juntos a comer y a cenar, y aunque de vez en cuando nos dábamos algún beso, no tuvimos sexo durante los cuatro días posteriores al fin de semana.

Parecíamos una pareja normal, enamorada y feliz. Por lo menos esa era mi precepción y mi vivencia personal.

El jueves por la tarde, antes de despedirnos hasta el día siguiente, Héctor me dijo que el fin de semana se tenía que ir de viaje para cerrar un acuerdo con un cliente.

—Hemos quedado a medio camino de su lugar de residencia y el mío, así que iremos a un hotel espléndido a pasar el fin de semana.

—¿Iremos? —pregunté.

—Claro, preciosa, tú me acompañarás. ¿No quieres?

—¡Por supuesto que quiero! ¿Qué ropa me llevo?

—Para pasar el día la que quieras. Para la noche, la misma que llevaste en la primera cena a la que fuimos juntos. La que te regalé.

—De acuerdo. ¿Llevo bañador? —pregunté sonriendo.

—No habrá tiempo para baños, quizás otra vez.

Dándole un beso sonoro, me despedí y me bajé del coche.

Cuando llegué a mi casa lo primero que hice fue preparar la maleta. Sabía que aún quedaba pasar todo el viernes, pero la alegría de poder viajar con Héctor, aunque fuera por trabajo, me obligó a ponerme manos a la obra cuanto antes para no olvidarme de nada en el último momento.

Recuerdo que esa noche tardé mucho en dormirme. Estaba nerviosa por mis propias ilusiones.

El viernes pasó muy lento, casi parecía que las horas se iban haciendo más y más largas cada vez, pero finalmente acabó y llegó el sábado.

Puntual como siempre, Héctor pasó a recogerme y nos fuimos directos al hotel.

—¿Puedes darme un vaso de agua, doctora? Tengo mucha sed.

Declaración interrumpida.

—¿No notó nada extraño en su comportamiento —me preguntó el policía.

—No. De veras que no. La paciente parecía estar realmente cansada, y yo completamente absorta en su relato. Ahora me doy cuenta que quizás si hubiese estado más atenta… No lo sé. Tampoco puedo culparme. Yo estaba haciendo mi trabajo, tomando notas, escuchando. Sí la veía muy cansada, pero con todo lo que me estaba contando creí que era lógico y normal.

—No se preocupe, doctora. Solo era una simple observación para tenerla en cuenta, no era una acusación —dijo el policía de una forma amable—. ¿Quiere que hagamos una pausa? ¿Quiere tomar un café o alguna otra cosa?

—Sí, se lo agradecería. Un café estaría muy bien.

Ambos policías se levantaron, dejándola sola en el despacho.

Hundió la cabeza en las manos, y estas en el pelo. Estaba realmente cansada y llena de dudas. No sabía qué consecuencias podía acarrear, en su carrera y en su vida, la decisión de contar todos los acontecimientos acaecidos en su despacho con Nora. Incluso sabiendo lo que decía su carta, dudaba que eso fuera un respaldo suficientemente fuerte como no traerle problemas más adelante.

Aun así, también estaba más que decidida a continuar el relato y a dejarlo todo aclarado y, de alguna manera, liberarse de esa culpa que de vez en cuando le daba punzadas en el alma.

Los policías entraron de nuevo en el despacho y le ofrecieron un café humeante servido en un vaso de plástico.

—Gracias —dijo dando un primer sorbo.

—Si le parece bien, podemos continuar —dijo uno de ellos.

—Sí. Acabemos con esto cuanto antes.

Y sin más, retomó la historia donde la había dejado.

• 12 •

Declaración de la doctora Yolanda Uweid; Expediente 256954. Toman declaración los detectives Casas (número de placa 658755) y Sarasa (número de placa 471236);

El hotel era espectacular. Estaba situado encima de un barranco que daba a unas vistas impresionantes del mar. Parecía ser un paraíso aislado del resto del mundo. Además, el día no era soleado, y las nubes oscuras hacían todavía más conmovedor todo el conjunto.

Dejamos el coche en el garaje privado del hotel y, tras dejar las maletas en recepción y dar todos los datos, Héctor me llevó enseguida a dar un paseo por todo el recinto.

—Es precioso, Héctor. ¡Me encanta!

—Me alegro, preciosa. Ven, voy a enseñarte algo.

Cogiéndome de la mano, me indicó unas pequeñas escaleras que bajaban hacia una calita que desde la carretera no se veía. Daba incluso vértigo bajar por ellas. Parecía que íbamos directos y verticalmente hacia abajo.

Una vez llegados a la cala, nos descalzamos y nos pusimos a andar por la arena, fría y húmeda.

—En verano debe ser un lugar todavía más impresionante —dije.

—No —me respondió Héctor—, en verano esta pequeña playa estaría llena de gente y no podría hacer lo que tengo intención de hacerte ahora mismo.

Me estrechó entre sus brazos y empezó un beso apasionado que dio inicio a una locura desenfrenada entre la arena, el ruido de las olas del mar rompiendo en la orilla y los gemidos de ambos.

—Estoy llena de arena por todas partes —dije riendo y aún tendida semidesnuda sobre la arena.

—Eso se arregla con una buena ducha en la habitación. ¿Nos vamos? —me preguntó.

Asentí y volvimos a subir por las escaleras, que esta vez parecían todavía más empinadas que antes por el esfuerzo que suponía hacerlas hacia arriba.

La habitación, como no podía ser de otra manera, era otro paraíso. Nada más entrar había un pequeño salón con un sofá y una mesita. Enfrente, una pequeña nevera y a un lado, un balcón que daba a la cala directamente. Lo único que se podía ver, si te asomabas, era el inmenso mar.

La habitación estaba separada por una puerta, y al abrirla me encontré con una cama espectacular que parecía estar llamándome

para acostarme en ella y descansar como nunca. En la misma habitación había una puerta que daba a un baño completo y con todo tipo de complementos.

—¡Madre mía, Héctor! Jamás he estado en un lugar así. Esto solo lo he visto en las películas.

—Vete acostumbrando —me dijo sonriendo.

—¿A qué hora tenemos que vernos con el cliente? —pregunté.

—Yo he quedado con él a las dos para comer. Tú vendrás con nosotros solamente esta noche, para la cena. Mientras que yo esté con él, podrás disfrutar de los lujos del hotel.

Estaba sin palabras. Todo me parecía perfecto y maravilloso. Héctor decidió ducharse primero para arreglarse y bajar a esperar al cliente, así que en cuestión de una hora me encontré sola en la habitación. Decidí prepararme un baño caliente y lleno de espuma para dejarme transportar a otra dimensión entre burbujas y olores aromáticos.

Mientras estaba sumergida en el agua caliente, pensé que la bañera sería un lugar maravilloso para amarnos Héctor y yo más tarde. No sé qué me sucedía últimamente pero me daba cuenta, cada vez más, de que siempre pensaba en lo mismo: hacer el amor una y otra vez con él.

Al cabo de un buen rato salí de la bañera y me envolví en el albornoz blanco y suave que había colgado. Fui directa a la cama a probarla y me quedé dormida.

Sobre las seis de la tarde me desperté por el ruido de mi estómago. No había comido nada desde que había salido de casa por la mañana. Así que sin pensármelo, me vestí y bajé en busca del restaurante o, si ya estaba cerrado, del bar.

Me pareció extraño que Héctor no hubiese vuelto, pero pensé que quizás la reunión se habría alargado más de lo previsto.

Efectivamente, el restaurante estaba cerrado, por lo que decidí pedir un bocadillo y un refresco en el bar. Sentada sola en la mesa buscaba con la mirada a Héctor, pero no lo veía. Cuando estaba ya tomándome el café, se acercó un hombre a mi mesa.

—¿Puedo sentarme e invitarte a algo?

No hizo falta que yo le respondiera, porque mientras decía las palabras, ya había tomado asiento. Asombrada por el atrevimiento y por la situación, me quedé mirando al hombre interrogativa.

—¿Estás sola? —me preguntó.

—Pues no. Estoy hospedada con mi pareja.

—Me lo imaginaba. Una belleza como tú es imposible que esté sola.

Me sentía un poco incómoda. Estaba claro que este hombre quería flirtear conmigo y yo no quería que si Héctor llegaba, pensase que pasaba algo que en realidad no ocurría.

—Disculpa, pero preferiría seguir sentada sola —le dije.

—¿Por qué? No voy a hacerte nada, solamente pretendía ser amable y ofrecerte algo de beber.

En ese momento me sentí estúpida, y volviendo a disculparme, le dije que tomaría encantada otro café.

—¿Has venido otras veces por aquí? —me preguntó.

—No. Es la primera vez. Es un lugar maravilloso, ¿verdad? —pregunté yo a mi vez.

—Sí, y en verano todavía más.

—Eso le dije yo a Héctor esta mañana cuando llegamos. Héctor es mi pareja.

—¿Héctor Valero?

—Sí —respondí desconcertada—, ¿lo conoces?

—Sí —contestó.

Me pareció ver en su mirada un atisbo de preocupación, pero no pude ahondar más en ella porque, de repente, se disculpó sin más y se marchó.

Supongo que en ese momento podría haber intentado pararlo y preguntarle de qué lo conocía, pero la verdad es que estaba tan feliz por todo lo que estaba sucediendo que no le di más importancia.

Estando absorta mirando el paisaje, me sobresaltó sentir unas manos en el cuello que me acariciaban.

—Te estaba buscando, preciosa.

Mientras Héctor se sentaba conmigo en la mesa, sonreí.

—Y yo te estaba esperando.

Estuvimos hablando un buen rato sobre la reunión con el cliente y sobre lo que yo había estado haciendo durante su ausencia. Se me olvidó por completo mencionar al hombre que se sentó unos minutos antes a mi mesa, y por ello no supe nunca de qué conocía a Héctor.

Decidimos entonces subir a la habitación para cambiarnos. Una vez arreglados, se me ocurrió que quizás debería llevar yo los papeles para la firma del contrato que tenía toda la pinta de llevarse a cabo.

—No. Mejor después de cenar. Lo invitamos a la habitación a tomar algo y, más relajados, cerramos el trato.

Asentí, y cogidos del brazo bajamos al restaurante.

—Te presento a Walter Hamilton. Walter, esta es Nora.

—Encantada de conocerlo, señor Hamilton.

—Walter, por favor. El placer es mío.

Una vez hechas las presentaciones, nos sentamos a la mesa y, en silencio, inspeccionamos la carta en busca de algo seguramente exquisito para cenar.

Nos trajeron un vino tinto buenísimo mientras esperábamos a que nos sirvieran, y la conversación fue pasando de un tema a otro sin parar.

En un momento en el que la charla se decantó por el tema laboral, aproveché para disculparme e ir al lavabo. Cuando ya salía de él, me encontré de bruces con el hombre de antes.

—¡Vaya! —me dijo riendo—. Si siempre que te encuentro veo que estás sola, al final empezaré a pensar que en realidad no estás acompañada.

Riendo, me disculpé por no haberlo visto y chocar contra él, y me fui de nuevo a la mesa.

—¿De qué conoces a Hugo? —me preguntó de manera cortante Héctor.

—¿A quién? —pregunté confusa.

—Acabas de estar hablando con él.

—¡Ah! ¿Ese hombre? No lo conozco. Es que al salir del lavabo he chocado con él y me estaba disculpando.

Héctor me miró como decidiendo si me creía o no, y por lo visto decidió que no le estaba mintiendo, puesto que, como si no hubiese habido interrupciones, siguió hablando con el cliente como si nada.

Por mi parte, me preguntaba mentalmente por qué le había mentido. Podría haberle dicho claramente que esa tarde lo había conocido aunque ni siquiera sabía su nombre. Pero algo en el tono con el que Héctor me había hecho la pregunta me hizo instintivamente mentir y decir solo lo que dije.

Acabada la cena, tal y como me comentó Héctor antes, invitó al cliente a subir a la habitación para tomar la última copa y firmar el contrato.

—¿Qué te apetece tomar, Walter? —le preguntó Héctor una vez en la habitación y sentados en el sofá.

—¿Una buena botella de champagne para celebrar el acuerdo? —respondió este sonriendo.

Mientras Héctor servía las copas, yo me dispuse a sacar los papeles pertinentes para firmar y acabar los trámites.

La bebida estaba fría y entraba sola. Tras arreglar todo entre empresa y cliente, empezamos una conversación amena y divertida sobre anécdotas personales. Poco a poco me parecía que mi mente se iba nublando, y cuando pensé que quizás el champagne me estaba subiendo demasiado a la cabeza, tuve que decirlo.

—Lo siento mucho, pero creo que he bebido demasiado y, si no os importa, preferiría acostarme.

—¿Estás bien, Nora? —me preguntó Héctor.

—Sí, creo que sí.

Pero al levantarme para ir a la habitación perdí el equilibrio y volví a sentarme aturdida.

—Deja que te acompañe, cariño.— Y girándose hacia Walter añadió—: Disculpa, ahora mismo vuelvo.

Héctor me cogió por la cintura y me acompañó a la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Me sentó en la cama y poco a poco me fue desnudando. Yo estaba completamente aturdida y mareada.

—Lo siento, Héctor. No sé qué me ha pasado —logré decir.

—Tranquila, no te preocupes. No pasa nada.

Sus palabras me tranquilizaron y, acompañando mis piernas para subirlas a la cama, sentí el tacto suave y frío de las sábanas en la piel desnuda.

Creo que me quedé dormida al instante. Por lo menos eso me pareció. Y lo mismo pensé a la mañana siguiente, cuando todavía aturdida y con un cierto dolor de cabeza, creí haber soñado algo que me producía todavía un malestar mayor.

Soñé que tenía sexo lascivo y lleno de escenas impensables con Héctor y Walter. Al pensar en el sueño, incluso me sentía tan sucia que noté cómo el calor de la vergüenza subía hasta mis mejillas. El sonido casi lejano de la voz de Héctor me sacó de mis pensamientos.

—¿Estas mejor, preciosa?

—No mucho. Me duele horrores la cabeza. Creo que la última copa me sobraba.

Intenté sonreír pero hasta ese pequeño gesto parecía costarle a mi cerebro.

—No hay nada que una buena ducha no pueda curar.

Y diciendo estas palabras, Héctor me acompañó al baño y me puso bajo el agua. La primera impresión del agua fría recorriendo mi piel hizo el efecto de sacarme de esa especie de trance en el que me encontraba.

Poco a poco el agua se fue calentando y, por fin, empecé a encontrarme mejor. El susto vino cuando, al salir de la ducha, me vi reflejada en el espejo y comprobé las ojeras que tenía. Definitivamente, el champagne me había sentado fatal.

Nos vestimos para bajar a desayunar. Aunque no tenía mucha hambre, me dije a mí misma que era mejor llenar el estómago con algo sólido, y tras hacerlo, nos fuimos de nuevo a dar un largo paseo por las instalaciones.

Cuando volvimos, Héctor subió a la habitación a por las maletas.

—Espérame aquí mientras voy a por el coche.

Así lo hice. Me estaba despidiendo mentalmente del hotel, de la cala y de los lujos, cuando sentí una mano sobre mi brazo.

—Buenos días.

Era Hugo. El hombre de los encuentros casuales, pensé riéndome por dentro.

—Buenos días —respondí.

Hugo pareció mirarme estudiando mi cara.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias, es que he pasado una mala noche —respondí.

—Entiendo.— Todavía mirándome, sacó una tarjeta de su bolsillo y me la entregó—. Si necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme. Me llamo Hugo y mi teléfono está apuntado en la tarjeta.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se fue. En ese mismo momento llegaba Héctor, e instintivamente guardé la tarjeta en mi bolso disimuladamente.

—¿Qué quería ahora ese? —me preguntó.

—Nada. Me vio con las maletas y vino a despedirse.

Héctor volvió a mirarme de esa manera que a mí me parecía interrogativa, como estudiando mi respuesta.

—Sube al coche. Nos vamos.

No pongas esa cara, doctora Uweid, por mucho que intentes disimularlo, sé lo que estás pensando.

Llegué a casa y me fui directamente a la cama. Estaba muy cansada y había empezado a sentir náuseas, por lo que pensé que probablemente no fuera solo el champagne. Quizás algo me había sentado mal durante la cena.

Al cabo de lo que a mí me parecieron unos minutos, sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¡Ya era hora, chica! Llevo todo el fin de semana llamándote.

Era Cristina.

—¿Qué hora es? —pregunté aturdida.

—Las ocho de la tarde. ¿Por qué?

—¡Madre mía! ¡He dormido casi ocho horas!

—¿Y eso? ¿Te encuentras mal? —me preguntó mi amiga.

—No, no. Es que hemos estado el fin de semana fuera, Héctor y yo, y por lo visto algo me ha sentado mal.

Empezamos una charla divertida en la que mi amiga no paraba de hacerme preguntas y yo de explicarle las maravillas del hotel, las atenciones de

Héctor y todo lo que se me ocurría sobre el fin de semana romántico.

—¡Qué maravilla, Nora! Me alegro mucho por ti. De verdad.

—Gracias, tesoro, lo sé.

—Oye —continuó Cristina—, te he llamado porque hoy hemos estado unos cuantos tomando algo en el bar de siempre, y muchos me han preguntado por ti. Nos tienes un poco abandonados, ¿eh?

Era cierto, y el pensar en todos ellos reunidos en el bar, riendo y charlando, me hizo tener unas ganas tremendas de volver a estar con ellos lo más pronto posible.

—Es verdad. Tienes razón. ¿Cuándo vais a quedar otra vez? —le pregunté.

—Para eso justamente te llamaba. El viernes por la noche hemos decidido salir a cenar y luego ir a bailar. ¿Te apuntas?

—¡Sí! Será estupendo estar de nuevo con la pandilla. ¿A qué hora y dónde?

—Eso aún no lo tenemos del todo claro, pero sabiendo que vendrás, en cuanto sepa algo seguro, te aviso.

—Perfecto, guapa. Entonces quedamos así. Un beso, Cris.

—Un besito, Nora, cuídate mucho. Te quiero, guapa.

—Y yo a ti. Adiós.

Colgamos y me senté en la cama. Por lo menos la cabeza ya no me dolía ni me sentía mareada, así que decidí levantarme, preparar algo de cena y luego, seguramente, ver algo en la tele.

Me extrañó que Héctor no me llamara para saber si ya me encontraba mejor, y pensando que a lo mejor a él también le podía haber sentado algo mal, decidí llamarlo yo sobre las diez de la noche.

No cogía el teléfono. Bueno, pensé, quizás se estaría duchando o habría salido a dar una vuelta. Por eso me dije de llamarlo más tarde. Pero me quedé dormida en el sofá.

Cuando sobre las cuatro de la madrugada me desperté, entumecida, me fui directa a la cama.

A la mañana siguiente estaba como nueva. Ni rastro del malestar. Pensé aliviada que por lo menos en el trabajo iba a estar al cien por cien.

Al llegar a la oficina, Héctor ya estaba en su despacho, por lo que, incluso antes de quitarme el abrigo, fui directa allí.

—¿Se puede? —dije abriendo la puerta.

—Claro, pasa. ¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor, gracias, ¿y tú? Te llamé anoche pero no estabas, pensé que quizás también te habías puesto malo.

—¿Me llamaste? Pues no sé, seguramente no escuché el teléfono, porque no salí en todo lo que quedaba de domingo.

—Bueno, no importa. ¿Hago café? —le dije acercándome para darle un beso.

—Sí, gracias. De paso, cuando vengas a traérmelo, tráete también los papeles del sábado. He de hacer algunos trámites.

Asentí y fui a hacer el café.

El resto del día pasó rápido y con mucho trabajo. Héctor no me acompañó a casa ese día, por lo que tampoco salimos a cenar.

De repente, cuando llegué a mi apartamento, me di cuenta de que parecía que no tenía nada que hacer, puesto que el último mes y medio lo había pasado solamente con él.

Aproveché lo que quedaba de tarde para leer en la tranquilidad de mi hogar y, después de cenar, me fui a dormir temprano.

• 15 •

El martes, nada más llegar al despacho, me llamó Héctor al suyo.

—Esta tarde no vendremos a trabajar. He quedado con un amigo mío para ir a comer a su casa y me gustaría que vinieras conmigo. Luego ya decidiremos qué hacer.

La propuesta me pareció perfecta. Lo cierto es que, aparte de clientes, no había conocido a nadie de su entorno, y me parecía un paso muy grande el hecho de que quisiera llevarme con él.

—Te he traído este regalo para que vayas muy guapa. Espero que te guste.

Me tendió una caja y sin dudarlo la abrí. Dentro había un vestido precioso, junto a unos zapatos a juego.

—Pero, Héctor, ¿y esto?

—Pruébatelo, a ver qué tal te queda.

Me parecía fuera de lugar estar en el despacho y hacer un pase de modelos, pero habían pasado tantas cosas en ese despacho que, la verdad, ésta era la menos importante.

Iba a irme al lavabo para probármelo, cuando Héctor habló.

—No. Desnúdate aquí y póntelo. Quiero verte hacerlo.

Esa frase trajo un pequeño recuerdo desagradable a mi mente, pero enseguida lo deseché y me desnudé para luego ponerme el vestido.

—Estás espectacular. Déjatelo puesto.

Guardé entonces mi ropa en la caja y me fui a mi mesa.

La mañana de nuevo pasó como un relámpago, y sobre la una y media nos fuimos en su coche a casa de su amigo.

La verdad es que el lugar era muy bonito. Estaba a las afueras de la ciudad y el apartamento, un bajo, era espacioso y muy iluminado.

—Me alegro de que hayas venido tú también, Nora. Héctor me ha hablado maravillas de ti.

—¿En serio? —pregunté pícara—. Espero que un día de estos me cuentes todo con pelos y señales.

Los tres nos reímos y su amigo, Javier, nos hizo pasar a una terraza donde nos sentamos en unas sillas muy cómodas y empezamos a tomar unos Martini blancos muy fríos, acompañados de un aperitivo donde había de todo. Me preguntó por mi vida así como lo hice yo por la suya. Era médico y tenía una consulta en el centro.

—Esto es muy tranquilo —dije yo—. No parece que estemos en la ciudad.

—Es cierto. Cuando me mudé a este piso, buscando la relajación después de un día de trabajo en la consulta, me costó acostumbrarme al silencio, pero ahora no cambiaría este lugar por nada. Bueno, por una casa en la playa sí.

De nuevo riendo, nos preguntó si preferíamos comer ahí mismo o si, por el contrario, nos apetecía hacerlo dentro.

—Por mí está bien aquí —dijo Héctor.

—Por mí también —dije yo.

—Entonces decidido.

Héctor se levantó para recogerlo todo y yo me ofrecí a ayudarlo. Entre los dos pusimos de nuevo la mesa mientras Javier preparaba cosas en la cocina y, finalmente, nos sentamos los tres a comer.

El día era soleado y la verdad es que la compañía de su amigo era muy agradable. Cuando acabamos de comer sacamos el postre que nosotros habíamos llevado, y con él una botella de champagne bien frío.

—No sé si tomarlo. La última vez la verdad es que no me sentó nada bien —dije al ver que Héctor me llenaba la copa y me la tendía.

—No seas tonta, Nora, seguramente fue un malestar ocasionado por otra cosa. Toma.

Cogí la copa y brindamos los tres por volver a repetir una comida cuanto antes. Seguimos en la terraza un buen rato, hasta que el sol empezó a esconderse y nos empezó a entrar un poco de frío.

De nuevo, al levantarme, me dio la impresión de que mi cabeza daba vueltas, pero esta vez no me tropecé ni perdí las fuerzas, por lo que entré y me senté en el sofá por mi propio pie.

Poco a poco, las palabras que salían de mi boca y las que pronunciaban ellos parecían ser lejanas y lentas. Incluso noté como si la copa me pesara en la mano y vi cómo Héctor me la quitaba y la ponía sobre la mesa. Estaba como ausente sin estarlo. Entendía de qué iba la conversación pero a la vez no podía participar en ella. En algún momento debí quedarme traspuesta, porque al cabo de no sé exactamente cuánto desperté sobre una cama ajena y en la oscuridad.

Al incorporarme noté un dolor de cabeza punzante, sobretodo en el lado derecho. Aun así me levanté y, con pasos lentos, fui a la puerta y la abrí.

La luz del comedor me echó para atrás. Fue como fuego entrando por mis ojos. Poco a poco los volví a abrir y vi a Javier y a Héctor sentados en el sofá mirándome. Héctor se levantó enseguida para acompañarme al sofá.

—¿Estás bien, preciosa? —me dijo sentándose a mi lado.

—Me duele mucho la cabeza. ¿Qué ha pasado?

—Te quedaste dormida en el sofá y te llevé a su cama para que descansaras.

—Vaya… lo siento. Creo que debo estar incubando algo, porque no es normal en mí.

—¿Sabes qué? —me preguntó Javier—. Mañana pásate por la consulta y te haré unos análisis de sangre. ¿Te parece bien?

—Es una idea excelente —apuntó Héctor.

Todavía con dolor y cansancio en el cuerpo, pero a la vez extrañamente relajada, asentí yo también.

No tardamos mucho en irnos y en llegar a mi casa. Como no me encontraba del todo bien, Héctor me acompañó arriba, me preparó una infusión caliente y me acostó en la cama.

—Mañana no vengas a trabajar, cielo. Ve a la consulta de Javier, hazte los análisis y vuelve a casa a descansar.

—Gracias, jefe —le dije sonriendo.

Con un beso en la frente se despidió de mí y yo ni siquiera estuve despierta el tiempo suficiente como para escuchar cerrarse la puerta de mi casa.

Por la mañana ya me encontraba mejor pero, aun así, decidí tomarme unas horas libres para ir a hacerme los análisis de sangre. Estos malestares tan repentinos que me dejaban prácticamente sin fuerzas estaban empezando a preocuparme.

La consulta de Javier estaba en el centro de la ciudad y un poco lejos de mi casa, así que tardaría unos cuarenta y cinco minutos en llegar a ella. Como no habíamos quedado en una hora en concreto, pensé en ducharme antes y luego, una vez hechos los análisis, desayunar en algún bar o granja de la zona. Luego quizás iría a la oficina.

Si me hubiese encontrado del todo bien, habría ido en transporte urbano, pero no me fiaba de estos leves mareos que de vez en cuando sentía, así que cogí un taxi.

Al llegar a la consulta me atendió una enfermera muy amable que me dijo que enseguida me haría pasar, pues me estaban esperando. Efectivamente, no pasaron ni cinco minutos que Javier apareció en la sala de espera.

—Buenos días, Nora, que gusto verte. ¿Estás mejor? —me preguntó.

Parecía realmente preocupado, y por unos instantes pensé que por lo menos él se preocupaba, porque lo que era Héctor, ni siquiera había llamado para saber si estaba mejor.

—Sí, creo que sí, pero como el de ayer no fue el único bajón de estos raros, he preferido asegurarme de que todo está bien.

—¿Te ha pasado más veces?

—Con esta ya van dos.

—Entiendo —dijo pensativo—. Pasa por aquí, por favor.

La consulta era un despacho realmente agradable. Tras hacerme unas cuantas preguntas sobre mi salud en general, cerciorarse de que no había desayunado y tomarme la tensión, me extrajo sangre.

—¿Te apetece desayunar conmigo? —me ofreció.

—Sí. Además, estoy muerta de hambre —respondí.

—Si no te importa esperar unos minutos mientras aviso a Laura, la enfermera, te invito a un suculento desayuno en el bar del edificio.

—Perfecto. Te espero fuera.

En cuestión de unos instantes volvió a aparecer Javier en la sala de espera para buscarme e irnos.

La sorpresa fue que en vez de bajar, una vez dentro del ascensor, subimos hasta el último piso.

Al abrirse las puertas nos encontramos con un bar enorme que estaba situado en el ático. Sus grandes ventanas ofrecían una vista espectacular de la ciudad.

—¡Caramba! —exclamé—. Esto sí que ha sido una sorpresa. Nunca lo habría imaginado.

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? ¡Me encanta!

Sonriéndome, me cogió del brazo y me llevó a una mesa al lado de una de las ventanas.

—Bueno, ahora que estamos solos —me dijo en tono de confidencialidad—, cuéntame qué tal con Héctor.

—¿Qué te voy a contar? ¡Es un hombre estupendo! Todavía ahora me pregunto cómo he tenido la suerte de conocerlo aún soltero—dije riendo.

—¿Entonces no tengo ninguna posibilidad? —me preguntó.

—No seas tonto, Javier, seguro que también tú debes tener una novia escondida.

—No estoy bromeando, Nora. Te lo pregunto en serio.

Al decirme eso puso su mano sobre la mía. Lo que hacía unos segundos me había parecido una broma inofensiva, de repente, me di cuenta de que podía ser un problema. Aparté mi mano de debajo de la suya y a la vez la mirada. Cuando recobré la compostura por fin hablé.

—Javier... bueno, creo que es mejor que me marche.

Lo dije mientras me levantaba de la mesa, pero de nuevo su mano cogió la mía, y con la mirada casi pareció suplicarme que volviera a sentarme.

—Perdona, Nora. No quise ofenderte, pero es que eres tan guapa, tan inteligente, tan… no sé. Por un momento he perdido la cabeza. ¿Me perdonas?

La situación me parecía muy embarazosa, pero más embarazoso aún me parecía el tener que acabar mal con Javier y después tener que contárselo a Héctor.

—De acuerdo, Javier. Ya está olvidado. ¿Qué me recomiendas para comer?

Parecía que la cosa había quedado zanjada de esta manera y estuvimos como una hora desayunando, hablando y tomando un café detrás de otro.

—Bueno, preciosa, he de volver a la consulta. Seguro que tengo a los pacientes más que enfadados.

—Claro.

Se apresuró en pagar y nos fuimos hacia el ascensor. Una vez dentro, solos, Javier se acercó a mí de frente y puso sus manos en mis brazos.

—Eres tan suave, Nora, tan hermosa…

Acercó su boca a la mía y me aparté de golpe.

—¿Pero qué haces, Javier? ¡Suéltame!

—Venga, Nora, desde la otra noche lo estás deseando… —insistió

buscando mi boca.

—Suéltame ahora mismo o tendrás problemas, Javier. ¡He dicho que me sueltes!

Por fin se apartó en el mismo momento que las puertas del ascensor se abrieron.

—Como tú quieras, Nora. Te diré algo de los análisis en cuanto los tenga.

Las puertas se volvieron a cerrar y yo me quedé ahí, sin aliento y de nuevo mareada. Esta vez no por el alcohol.

Llegué a casa y todavía me sentía aturdida por los acontecimientos. Librando una batalla en mi interior intentando decidir si contarle lo sucedido a Héctor o, por el contrario, quedármelo para mí.

Finalmente decidí no decir nada. Pensé que solo traería problemas. Tampoco sabía si volveríamos a ver a Javier pronto y, en todo caso y delante de Héctor, estaba segura de que guardaría las formas.

Como ya eran las doce y media del mediodía era inútil ir a la oficina, y tampoco Héctor me había llamado preocupándose. Así que decidí hacerme algo de comer y quizás, por la tarde, iría a trabajar. Cuando estaba completamente enfrascada cocinando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¡Hola, guapa! ¿Cómo estás?

—¡Hola, Cris! Estaba haciendo la comida. ¿Te apetece venir a comer? —le pregunté a mi amiga.

Aceptó encantada y yo me puse muy contenta de volver a verla. Me dijo que en menos de una hora estaría en mi casa, así que me dio tiempo de sobra de terminar la comida, poner la mesa y cambiarme de ropa. Había decidido que no iría a trabajar.

Sentadas ya en el sofá tomando el café, Cristina y yo seguimos contándonos todo lo que había pasado durante estos meses en los que no nos habíamos visto. Una vez puestas del todo al día, empezamos a hablar de la cena con los amigos.

—Al final se ha decidido que iremos de tapas y luego a bailar. Hemos quedado en el bar de siempre a las diez de la noche. Si te parece bien, puedo pasar a recogerte media hora antes y vamos juntas.

—Me parece genial. Tengo muchas ganas de verlos a todos. ¿Al final quiénes vamos?

Estuvimos mucho más rato hablando de nuestros amigos y, finalmente, sobre las siete de la tarde, Cristina se fue.

Decidí darme una ducha, y una vez fuera, envuelta en mi albornoz, me senté junto al teléfono de mi cama, mirándolo.

Desde luego Héctor era un caso. Sabiendo que me encontraba mal, ni siquiera había llamado una vez para preguntarme por mi estado, y lo más chocante era que sin haberme presentado en todo el día en el trabajo, tampoco se había extrañado.

Supongo que el orgullo me hizo no descolgar para llamarlo yo y, todavía húmeda por la ducha y el albornoz, me quedé dormida sobre la cama.

No sé cuánto tiempo pasó exactamente, pero me desperté por el ruido del timbre de la puerta. Me levanté de golpe cerrándome bien el albornoz que se había desatado un poco mientras dormía, y fui a abrir la puerta.

—¿Abres siempre la puerta a los desconocidos medio desnuda o esperabas a alguien?

—Que tonto eres, Héctor. Pasa.

—He venido a ver cómo estaba mi secretaria preferida, pero ya veo que está perfectamente.

No me dio tiempo a decir nada más porque enseguida mi boca se inundó con su lengua. Con un simple movimiento me encontré desnuda contra la pared, sintiendo las manos de Héctor sobre mis pechos, apretando y pellizcando con furia, la misma que sentía en mi boca.

Me cogió en brazos, abriendo mis piernas, y así me llevó a la cama. Se puso sobre mí, y solo desabrochándose los pantalones me penetró directamente.

Contado así puede parecer violento y salvaje, y quizás lo sea, pero a mí me gustó. Me gustó tanto que tuve dos orgasmos seguidos antes de que él explotara en mi interior.

Acostados en la cama, yo bajo las sábanas, desnuda, y él vestido del todo, nos quedamos hablando un buen rato.

—¿Quieres quedarte a cenar? Tengo algo preparado ya. Hoy ha estado comiendo aquí mi amiga Cristina y ha sobrado algo —le dije.

—¿No te encontrabas mal? —me preguntó inquisitivo.

—Bueno —dije sonriendo—, como me diste el día libre…

Al mirarlo, me di cuenta de que no estaba sonriendo y por un momento pensé que se había enfadado por no haber ido a la oficina.

—Perdona, pensé que me dabas el día libre entero, y como no me llamaste… yo…

—¿Quién es esa amiga? —me preguntó cambiando de tema.

—Pues una amiga. La conozco desde hace muchos años y hacía meses que no la veía. Exactamente desde que estoy contigo.

—¿Y qué le has contado?

—Pues lo típico. Que soy feliz, que te quiero…

Me quedé callada esperando una respuesta, pero como no llegó continué hablando.

—Este viernes vamos a quedar unos cuantos para ir a cenar y luego a bailar —le informé.

Su respuesta no llegó enseguida. Primero se levantó de la cama, se abrochó los pantalones y mirándome fijamente habló.

—Ni hablar, Nora. Si estás conmigo tú no sales de fiesta.

Sus palabras me dejaron unos instantes sin saber qué decir, hasta que por fin reaccioné.

—¿Es una broma, no? Por supuesto que voy a salir, Héctor. Tú también lo haces, ¿no? Solo voy a cenar y luego a bailar o a tomar unas copas. Nada más.

—Te he dicho que no, Nora. No hay más que hablar.

—Márchate, Héctor. Esta discusión es estúpida. No quiero pelearme, y menos por esto.

—Me marcharé cuando yo quiera, Nora.

Poco a poco se fue acercando a mí y se sentó a mi lado en la cama.

—Ya hablaremos de eso más adelante. Ahora tengo una petición para mañana. Quiero que vengas al despacho solo con mi abrigo puesto. Debajo quiero que estés desnuda.

Me parecía ilógico cambiar de tema así como así, pero como no tenía ganas de discutir después de haber tenido un sexo espléndido hacía unos minutos, y después de decirle, por primera vez, que lo quería, hice el esfuerzo de sonreír.

Sin decirme nada más, se levantó y se marchó.

Yo aún me quedé un buen rato despierta mirando al techo y preguntándome qué demonios había sido todo eso.

Me desperté todavía incómoda por la absurda discusión de la noche anterior con Héctor. Tenía claro que por mucho que él insistiera en lo contrario, yo iría de cena con mis amigos. No iba a hacer nada más que eso: cenar, charlar y bailar un rato si se terciaba. Héctor tenía que entrar en razón y comprenderlo. De no ser así, sería nuestra primera disputa grave.

Recordé entonces su petición de ir al despacho solo con su abrigo, y quizás en otro momento me habría parecido morboso y excitante, pero ese día no estaba para juegos eróticos. Quería aclarar las cosas y ponerme firme en mi decisión de salir sí o sí.

Por eso decidí ir al despacho vestida con normalidad, aunque para no entrar en más polémicas me puse su abrigo. Por lo menos, pensé sonriendo, no lo contrariaba del todo.

Entré en la oficina puntual como siempre y sobre mi mesa me encontré una nota escrita de su puño y letra.

«Te espero dentro. Cierra la puerta con llave y ven.»

Supuse que él pensaría que iba a estar desnuda debajo del abrigo y por eso quería cerrar la puerta. Dejé el bolso sobre mi mesa y fui al despacho.

—¿Se puede? —pregunté abriendo la puerta.

—Pasa, preciosa.

Entré y me dispuse a ir a sentarme frente a su mesa cuando con un gesto de su mano me indicó que me quedara quieta en medio del despacho.

—Quítate el abrigo. Quiero admirarte de buena mañana.

Poco a poco fui desabrochándome el abrigo y con expresión altiva y desafiante lo dejé caer al suelo. La cara de Héctor no cambió. Despacio, se levantó de su sillón de jefe, pasó lentamente al otro lado de la mesa y vino hacia mí. Estaba segura de que aun no queriendo, me quitaría la ropa ahí en medio y tendríamos sexo del nuestro.

La bofetada llegó inesperada. Fuerte y directa. Me quedé unos segundos eternos sin respiración y sin saber qué decir, pero al final reaccioné.

—¿Pero qué coño haces? ¿Te has vuelto loco?

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos inmediatamente después de mis palabras.

—Te dije que vinieras sin ropa, Nora. ¿Sabes cuánto llevo esperándote esta mañana?

Todavía estaba tan espantada, dolorida y ofendida, que no quise ni

responderle y me giré para salir de su despacho, de la oficina y del edificio. Fue su mano sobre mi brazo la que me detuvo y me dio la vuelta, dejándome con la espalda apoyada en la puerta cerrada. Acercó su frente a la mía y cerró los ojos.

—Perdona, Nora. Dios mío… Perdóname. Por favor. No sé qué me ha pasado. Por favor. Perdóname.

Sus labios besaron las lágrimas que aún salían de mis ojos.

—¿Por qué me has pegado, Héctor? Me has hecho daño…

—Lo siento, cielo. Te lo suplico. Perdóname.

Su boca ahora se posó sobre la mía y yo me debatí entre besarlo o apartar mi cara, pero ese tacto aterciopelado, suave y caluroso de sus labios sobre los míos, pudo más que cualquier sentimiento de rencor hacia él.

—No vuelvas a pegarme, Héctor…

—No lo haré. De verdad. No lo haré…

Su lengua entró dentro de mi boca y me sentí envuelta una vez más por todo su ser. Mis lágrimas se estaban mezclando con nuestras salivas. Lloraba de pena por lo sucedido y de impotencia, porque sabía perfectamente cuánto lo amaba y cuánto lo deseaba.

Sus manos subieron poco a poco por mis brazos inertes y llegaron a mi cara para acariciarme con una la mejilla que todavía estaba ardiendo y, con la otra, para mezclarse en mi pelo. Instintivamente mis manos buscaron su camisa y poco a poco la fueron levantando para sacarla de los pantalones y poder así pasearse por la piel de su espalda.

—Te deseo tanto… —me susurró al oído.

Despacio, sus manos bajaron a mis glúteos, y de un solo gesto me cogió en brazos y me llevó al sofá. Lentamente me fue quitando la ropa interior y me abrió las piernas.

Sentada ante él, abierta y excitada, dejé que su lengua se paseara por todo mi ser causándome gemidos. Puse mis manos sobre su cabeza y la apreté contra mí misma, sintiendo su lengua en mi interior más profundamente.

Desde mi sexo, alzó la vista y cruzamos las miradas. Sin prisas, su boca empezó un recorrido por el interior de mis muslos, intercambiando suaves mordiscos con tiernos besos. Yo empecé a desabrocharme la blusa y dejé mis pechos desnudos, con los pezones erectos y casi suplicantes.

Héctor se levantó para desnudarse, y al quitarse la ropa interior, dejó al descubierto su excitación frente a mi boca, la cual no tardó mucho en darle placer. Ahora eran sus manos las que apretaban contra sí mismo, acompañándome en cada embestida.

De nuevo, poco a poco, apartó mi boca y, de rodillas, cogió mis glúteos para posicionarme de manera que la penetración fuera directa.

Lo sentí de golpe en mi interior y me arqueé. Empezamos un lento vaivén que nos unía y nos separaba de manera acompasada. Sin dejar de mirarnos, llegamos al éxtasis casi al mismo tiempo.

Héctor se echó sobre mí sin dejar de besarme los pechos, el escote, el abdomen y de nuevo los pechos. Yo no podía dejar de arquearme mientras todavía lo sentía dentro de mí, relajándose y masajeando mi sexo con pequeños golpecitos. Estuvimos así unos minutos antes de que saliese de mi interior.

—Esto es lo que quería desde un principio, Nora. Nada más… —me dijo con voz ronca.

—Y yo te lo habría dado de todas formas, Héctor…

—¿Podrás perdonarme? —me preguntó.

—Ya lo he hecho.

El resto de la mañana pasó como siempre, entre trabajo administrativo, llamadas y demás. En mi mente de vez en cuando aparecía la imagen de la bofetada repentina, pero la desechaba enseguida por la ternura, el deseo, el placer y el amor que había sentido minutos después. Pensé que tenía claro que Héctor no era de esos, y decidí que un arrebato lo podía tener cualquiera.

Lo sé, doctora Uweid. Tú piensas que no lo habrías consentido y que te habrías marchado en ese mismo momento. Pero no estés tan segura. Yo también había pensado siempre así y en cambio, a la hora de la verdad, reaccioné como nunca lo habría imaginado.

En fin, no se trata de juzgar mis decisiones ni mis actos, ¿verdad? Ahora ya da igual, ¿no?

Como te iba diciendo, la mañana pasó igual que otra cualquiera, y por la tarde, después de trabajar, decidimos irnos cada uno a nuestra casa.

No, no le di más vueltas al asunto ni me preocupé más. Estaba aparcado y olvidado. Me acosté y simplemente me dormí.

El viernes, al llegar a la oficina y abrir la puerta, encontré toda mi mesa llena de rosas rojas. Había por lo menos cien. El corazón me dio un vuelco y tuve unas ganas tremendas de ir corriendo a su despacho para abrazarlo y comérmelo a besos, pero vi una nota y decidí abrirla antes de ir.

«Buenos días, mi secretaria preferida. He tenido que salir de viaje y no volveré hasta esta noche. Espero que las rosas te hagan compañía durante todo el día y me sientas cada vez que te envuelva su olor. Te deseo.
Héctor.»

Sentí una punzada de desilusión al saber que no lo vería hasta el día siguiente, pero por otro lado me parecía muy romántico el gesto que había tenido. Guardé su nota en mi bolso y me senté a trabajar envuelta en el aroma de miles de pétalos rojos.

La verdad es que la jornada laboral me pareció interminable, pero también el saber que por la noche me iría con todos mis amigos de cena me hizo trabajar a marchas forzadas para terminar más pronto y poder arreglarme con tiempo antes de que viniera Cristina a buscarme.

Ya en casa, después de ducharme y descansar un buen rato, estuve casi media hora delante del armario abierto para decidir qué ponerme para salir. Al final recordé el vestido que me había regalado Héctor para ir a casa de Javier y decidí ponerme ese mismo. La verdad es que

me quedaba muy bien.

Puntual como de costumbre, Cristina llegó a recogerme y juntas nos fuimos al bar dónde habíamos quedado con los demás.

—¡Benditos los ojos que te ven!

—¡Estás radiante, Nora!

—¡Qué guapa estás!

La bienvenida de mis amigos fue maravillosa y parecía que el tiempo no hubiese pasado entre nosotros. Tenía la sensación de haber estado con ellos el día anterior.

Nos fuimos todos a un restaurante de tapas variadas que había en la zona de discotecas de la ciudad, y entre charlas, risas y bromas, pasamos unas horas estupendas. Todos me preguntaban por el hombre misterioso que me tenía secuestrada desde hacía unos meses y yo, feliz, les ponía al día de todos y cada uno de los maravillosos momentos que había vivido con Héctor, dejando a un lado, claro está, los más íntimos.

Decidimos entonces ir a tomar unas copas a la discoteca nueva de la que todos hablaban tan bien. La verdad es que hacía tiempo que no bailaba tanto y me lo estaba pasando fenomenal.

Sobre las dos de la madrugada ya empezamos a estar cansados unos cuantos, entre ellos yo, así que despidiéndome con la promesa de volver a vernos pronto, me fui a mi casa.

Al entrar en el ascensor me descalcé, tenía los pies molidos de tanto bailar. Abrí la puerta de mi casa y entré, dejando los zapatos en la misma entrada. Colgué el bolso y el abrigo y me dirigí a oscuras, por el pasillo, al comedor.

Al encender la luz, el susto fue tremendo, a tal punto que antes de hablar grité.

—¿Héctor? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Buenas noches, Nora. Veo que te lo has pasado muy bien, ¿no?

—¿Cómo has entrado? Me has asustado.

—El cómo he entrado es lo de menos, ¿no crees?

Miré su expresión para entender si estaba enfadado o molesto, pero sus ojos no me transmitían ningún sentimiento.

—Ya sabías que iba a salir con mis amigos hoy. ¿No estabas de viaje?

Sin responderme, se levantó y vino hacia mí. En un primer momento me asusté, pensando en que recibiría una bofetada, pero en vez de eso, se puso delante de mí y me besó, a lo que yo respondí de igual manera.

—¿Es esto lo que has estado haciendo esta noche, Nora? —me dijo apartando su boca de la mía para susurrarme esas palabras al oído.

Sus manos entonces subieron a mis pechos y me arrancaron el vestido haciendo un ruido de desagarro y dejando mi sujetador a la

vista.

—¿Es así como te has divertido esta noche, Nora?

Mi mente en ese momento ya no sabía qué estaba pasando. Por un momento me negué a mí misma lo evidente. Una de sus manos subió a mi cara para cogerla y obligarme a mirarlo.

—¿Así te has divertido? —me dijo bajando la otra mano a mi entrepierna y arrancándome las bragas.

—Héctor… no es necesario esto… sabes de sobra que no he estado con nadie y…

—Demuéstramelo. Demuéstrame que te has reservado para mí.

No me juzgues, doctora Uweid. Estoy viendo la expresión de tus ojos y sé que me estás juzgando. Pero no tienes derecho a ello, ¿sabes? Yo le amaba.

Hicimos el amor de una manera salvaje, tirando al suelo todo lo que se interponía a nuestro paso. Antes incluso de llegar a la cama, ya me había penetrado dos veces de una manera dura y de la misma manera había salido de mi interior.

Una vez en la cama, de espaldas, me hizo el sexo más salvaje que jamás había experimentado descubriéndome un nuevo foco de placer en mi cuerpo y, Dios… disfruté como nunca pensé que podría disfrutar.

Después de eso, Héctor y yo nos duchamos juntos y nos acostamos en mi cama hasta el día siguiente.

El sábado lo pasamos tranquilos. No hicimos ningún comentario sobre el hecho de que yo saliera. Si te soy sincera, doctora, incluso llegué a pensar que toda la escena anterior al sexo fue otro juego para llegar a sentir, a nuestra manera, el éxtasis que éramos capaces de alcanzar juntos.

Nos duchamos, hicimos la comida y comimos juntos, vimos la televisión y charlamos y, en definitiva, fue un día relajado entre una pareja normal. Por la noche Héctor se quedó también a dormir y recuerdo haber pensado, antes de entrar en el mundo de los sueños, abrazada a él, que parecíamos un matrimonio en toda regla. Ese pensamiento me acompañó también por la mañana cuando me desperté.

Como era domingo, decidimos coger su coche e irnos a pasar el día entero a las afueras de la ciudad, a un parque que hay en las montañas donde se puede comer al aire libre, pasear entre árboles y descansar sobre la yerba.

Llegamos casi a la hora de comer y, tras comprar unos bocadillos y unos refrescos, subimos una cuesta empinadísima y encontramos un lugar apartado donde sentarnos.

—Estoy descubriendo contigo lugares maravillosos, Héctor. Este paisaje quita la respiración.

—¿Solo estás descubriendo lugares? —me dijo mirándome con picardía.

—Bueno, también estoy descubriendo lugares en mi cuerpo que no sabía que podían darme tanto placer —contesté con el mismo tono y la misma mirada pícara.

—¿Te gustó?

—Me gustó mucho —respondí sonrojada.

—¿No te dolió?

—No me hagas esas preguntas, tonto… Me da vergüenza…

—Responde. ¿Te dolió?

—Un poco al principio, pero luego ya viste que disfruté. ¿Contento?

—Sí. Me gusta saber lo que sientes. Me excita.

—Vale. ¿Qué más quieres saber? —pregunté. Sabía perfectamente que este pequeño juego de preguntas y respuestas podría tener un resultado obvio y, a la vez que pensaba eso, me preguntaba cómo era posible estar pensando constantemente en
el sexo y en hacerlo en cualquier lugar, en cualquier momento.

—¿Quieres tú saber lo que me excitaría mucho? —me preguntó él.

Su pregunta me pilló por sorpresa y recordé la primera noche en su

casa. Esperaba que no me pidiera de nuevo masturbarme delante de él, porque realmente eso me iba a costar mucho hacerlo de nuevo.

Pero en vez de eso, no sé muy bien por qué, respondí apostando más fuerte.

—¿Quieres tú contarme lo que te excitaría?

Héctor me miró directamente a los ojos antes de responderme.

—Me gustaría mucho verte teniendo sexo con otro hombre.

Si te soy sincera, doctora, esa respuesta me dolió incluso más que la bofetada que me dio en su despacho. Sin saber qué responder ni dónde mirar, agaché la cabeza y me quedé callada.

—¿Lo harías por mí, Nora? ¿Estarías dispuesta?

—No —logré responder susurrando.

—¿Por qué? —me preguntó él.

—¿Por qué? —dije al borde de las lágrimas—. Porque no podría hacer el amor con otra persona que no fueras tú, Héctor. Porque te deseo y te quiero a ti. ¿Tan extraño te parece que diga que no?

—Pero yo no hablo de sentimientos ni de amor. Solo hablo de sexo. Mirar cómo disfrutas en brazos de otro hombre y luego, cuando yo estuviese excitado, sería yo el que te penetrara y se corriera en tu interior. Dime que no se está humedeciendo tu entrepierna con solo pensarlo.

—No, Héctor. Me estás asustando. Dime que es una broma, por favor —dije, esta vez ya llorando abiertamente.

—Claro. Es una broma, preciosa. No te lo tomes así. Anda, acércate y dame un beso.

Aliviada por saber que no estaba hablando en serio, y dolida por haber estropeado el momento maravilloso con su estúpida broma, me acerqué y lo abracé.

—Un beso, preciosa. Te he pedido un beso, no un abrazo.

Levanté mi cara hacia él y lo besé.

Nos levantamos y empezamos el camino de regreso hacia el coche. Yo tardé mucho en volver a sentirme bien. Me rondaban sus palabras por la cabeza y cada vez que las recordaba, aun sabiendo que había sido una broma, me dolían como una puñalada en el corazón.

No sé si porque se dio cuenta de mi malestar, o simplemente porque no le apetecía o estaba cansado, me dejó en la puerta de mi casa y se fue.

Si tengo que serte sincera, doctora, me alivió que no subiera a mi casa o que no me pidiera ir a la suya. Tenía unas ganas tremendas de llorar en soledad y en cuanto abrí la puerta de mi casa y posteriormente la cerré tras de mí, mis sollozos inundaron el silencio.

Sentada en el suelo, fue la primera vez que me planteé poner fin a nuestra relación y eso todavía me hizo llorar con más fuerza y desesperación.

Cuando por fin mi corazón y, ¿por qué no?, mi alma, quedaron en paz, me levanté del suelo y fui directa a la ducha. El agua fría que dejé correr por mi piel me hizo gritar, y sentí tal alivio al hacerlo que, bajo un chorro helado, empecé a gritar como una loca.

Los gritos dieron paso a más llanto, y el llanto a unas risas incontroladas. Necesitaba dormir. Dormir y no despertarme durante un tiempo. Los pensamientos que estaban asomando en mi mente no me gustaban. Estaba poniendo en duda toda nuestra relación, mi cordura y sus sentimientos hacia mí.

Llevábamos casi tres meses juntos y todavía no había escuchado ni una sola vez de su boca un *te quiero*. Solamente *te deseo*. *Te deseo* una y otra vez. Me estaba haciendo daño a mí misma con esos pensamientos y por eso decidí no pensar.

Salí de la ducha, me puse el albornoz y fui directa al botiquín que guardaba en mi armario. Me tomé una pastilla para dormir, me desnudé y, tras meterme en la cama, esperé a que hiciera efecto para no seguir pensando.

Me desperté realmente descansada, incluso antes de que sonara el despertador. Como tenía tiempo de sobra, me preparé un buen desayuno y lo disfruté con calma.

Iría a la oficina con ganas de trabajar y con buen humor. Me planteé dejar en casa los malos pensamientos. Así lo hice. De camino al despacho pensé en comprar algo de comer para Héctor, y en la panadería que había justo al lado del edificio compré unos croissants recién hechos.

Dejé mi chaqueta y mi bolso y me fui directa al despacho.

—¿Se puede?

Como no obtuve respuesta, pero escuchaba como hablaba Héctor, entreabrí la puerta. Estaba hablando por teléfono, y con un gesto me indicó que pasara. Mientras él seguía con su conversación, abrí el envoltorio que cubría la bandeja y la dejé sobre la mesa. Sin hablar, le pregunté si hacía café y él asintió, así que salí del despacho para volver al poco rato con dos tazas humeantes.

—Están deliciosos —me dijo.

Sonreí y me senté.

—Acabo de hablar con Javier —me informó.

Mi cuerpo se tensó. No quería de ninguna de las maneras volver a encontrarme con Javier y menos aún volver a tener que comer con él, aunque fuese en compañía de Héctor.

—No te asustes, preciosa.— Por lo visto Héctor había notado algo en mi expresión—. Era para darme los resultados de los análisis de sangre. Todo está bien.

—Ah… Menos mal… Por un momento me había asustado —dije intentando disimular con mis palabras la verdadera razón de mi malestar y preocupación.

—Pues no tienes por qué estarlo. Me ha dicho que estás perfecta.

—Bueno, mejor así. De hecho ya hace unos días que no siento mareos ni nada parecido.

—¿Sabes? Eso hay que celebrarlo. ¿Qué te parece si mañana invito a unos amigos a mi casa y cenamos?

El ofrecimiento me pilló desprevenida y, de golpe, pensé en la posibilidad de que entre esos amigos estuviese Javier.

—Me parece bien. ¿A quién invitarás? —pregunté para tantear.

—No los conoces, pero seguro que te gustarán —me respondió.

—Estoy segura de ello.— Y levantándome añadí—: Bueno, voy a trabajar.

—Espera. Acabo de pensarlo. Esta tarde iremos de compras. Buscaremos un precioso vestido y lo que haga falta para que mañana

estés radiante.

—No es necesario, Héctor. Ya tengo…

—Insisto, cielo —me interrumpió.

Asintiendo, puesto que sabía que era inútil llevarle la contraria cuando tomaba una decisión, me levanté y me fui a mi mesa. Me sentía aliviada por saber que mi salud estaba bien. Aunque ya no me había vuelto a preocupar más por esos repentinos malestares, lo cierto es que en su momento sí me preocuparon.

Atendiendo llamadas, haciendo trámites y preparando la facturación para final de mes, se me pasó la mañana volando. Justo cuando iba a preguntarle a Héctor a qué hora nos íbamos a ver luego para ir de compras, salió él de su despacho.

—¿Nos vamos a comer?

—Claro.

—Recógelo todo ya. No volveremos hasta mañana.

Cogimos el ascensor y bajamos directos al parking. No tenía ni idea de dónde me llevaría a comer y mi sorpresa fue tremenda cuando, después de aparcar, reconocí el lugar. Al cruzar el paso de peatones, me paró en seco y, cogiéndome entre sus brazos, me besó.

—En esta esquina nos conocimos, ¿recuerdas? —me dijo al oído.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Me empapaste de arriba abajo…

—Todavía sigo empapándote ahora —me susurró mordiéndome la oreja—, pero de otra manera…

Mi piel se erizó y se me escapó una risa tonta. Nos dirigimos a la cafetería en la que estuvimos tomando algo ese primer día. Tenía la sensación de que había pasado toda una vida desde aquel entonces, y a la vez, solamente unos instantes.

La mesa en la que nos habíamos sentado hacía ya tres meses estaba libre y ahí nos pusimos. No había mucha variedad de comida, pero en ese momento eso era lo de menos. Me parecía muy romántico el gesto de haberme llevado ahí sin decirme nada y estaba completamente feliz.

—Sigo deseándote de la misma manera en la que lo hice el primer momento en que te vi—me dijo mirándome mientras ya tomábamos el café.

—La verdad es que yo, en ese momento, no pensé en nada parecido —dije sonriendo—. Más bien pensé en matarte por cómo me habías dejado el abrigo.

—¿Y ahora qué piensas? —me preguntó.

—Ahora… ahora ya no pienso. Ahora solo te amo.

Su sonrisa volvió a envolverme como la primera vez. Me quedé esperando una respuesta por su parte pero, de nuevo, no llegó. Por lo menos no la que yo esperaba.

—¿Nos vamos a buscar un vestido perfecto para mi secretaria

preferida?

—Sí.

Nos levantamos, Héctor pagó, y cogidos de la mano, como otras tantas parejas felices y enamoradas, empezamos un recorrido por diferentes tiendas.

—Pruébate este —me dijo tendiéndome un vestido—, estoy seguro de que te quedará perfectamente.

—¿Este? —pregunté sorprendida—. ¿No te parece algo atrevido?

—Pruébatelo, preciosa —insistió.

Entré en el probador y me desnudé. Para poder ponerme el vestido que Héctor había elegido tuve que quitarme incluso el sujetador. Sola, mirándome al espejo antes de salir y enseñarle a él cómo me quedaba, estuve unos minutos indecisa sobre mi propia opinión.

El vestido era precioso, pero realmente muy atrevido. De un color rojo brillante. El escote era impresionante, dejando al descubierto una buena parte de mis pechos. Justo la medida perfecta para insinuar el más leve detalle sin enseñar nada. Los tirantes se iban estrechando hasta llegar a ser un hilo en los hombros, y por la espalda se cruzaban hasta abajo, terminando en los extremos de un escote trasero redondeado, que dejaba al descubierto mi piel hasta casi la cintura. Era muy corto. Me llegaba a medio muslo.

Se me escapó una risa al ver mis zapatos. No hacían juego con tanta exuberancia. Entonces salí del probador y miré a Héctor. Este, antes de decir nada, me tendió unos zapatos, rojos también, de un tacón fino y alto. Me los puse y volví a mirarlo.

—Eres bellísima, Nora —me dijo sin dejar de mirarme de arriba abajo—. Mira lo que has hecho.

Señalándome su entrepierna, vi con asombro su excitación en ella, pero más asombro me causó notar la mía propia que empezaba a despertar. Sin hacer falta decir nada más, nos entendimos con la mirada y, en silencio, lo hicimos encerrados en el probador.

Con el vestido envuelto en una caja y los zapatos en otra, Héctor me dejó en mi casa. Mientras me duchaba pensaba en la última locura que acabábamos de hacer y, en vez de avergonzarme o arrepentirme, sentía cómo las mariposas revoloteaban por mi estómago.

Con Héctor todo era así. Imprevisto, morboso, peligroso…

Incluso durante esa vigilia que tiene lugar cuando se está entre la realidad y los sueños, todavía sentía esas mariposas revolotear en mi cuerpo.

Me desperté con el sonido casi hiriente del despertador y, tapándome bajo las sábanas, supliqué que el tiempo se parara durante unas horas para seguir durmiendo. Pero como eso no sucedió, me levanté y me arreglé para ir al despacho un día más.

El hecho en sí de tener que ir a la oficina solo me producía bienestar porque en ella estaba Héctor. Hacía ya mucho tiempo que me había dado cuenta de que ya no me atraía tanto el tener trabajo, sino dónde y para quién trabajaba.

Cada día, cada una de las mañanas en las que entraba en la oficina, sentía por dentro el desconcierto, la excitación y el morbo de no saber qué iba a pasar. Estaba tan enamorada, ciega y entregada que mi mundo se había convertido en Héctor y nada más.

Llegué como siempre y, sin sorpresas de ningún tipo, la mañana pasó rápida. A la hora de recoger al mediodía le pregunté a Héctor si comeríamos juntos o si por el contrario me iba a mi casa.

—Hoy no puedo, preciosa. He quedado con Eduardo, uno de los amigos que conocerás esta noche, para hablar sobre trabajo y así no hacerlo durante la cena.

—No pasa nada —le dije—. Me voy a casa y vuelvo.

—No. No vas a volver hoy. Quiero que cojas hora en la peluquería y te pongas más guapa todavía para la cena.

—Pero, Héctor… Ayer por la tarde de compras, hoy a la peluquería… ¿Cuándo trabajo para ganarme el sueldo? —respondí.

—Te lo ganas de sobra, nena —me dijo guiñándome un ojo.

Sí, doctora, lo sé. Esa respuesta, quizás en otro momento, viniendo de otra persona y sin estar ciegamente enamorada, me podría haber ofendido. Pero no fue así. En ese momento simplemente sonreí.

Así que me despedí y me fui a casa. Me preparé algo rápido de comer y, mientras comía, se me ocurrió una idea.

—¿Cris? —pregunté a la persona que respondió al otro lado del teléfono.

—No, un momento. ¿Quién pregunta por ella?

—Soy Nora.

Esperé unos pocos minutos y mi amiga se puso al teléfono.

—¡Hola, cariño! ¿Sucede algo? ¿Estás bien? —me preguntó preocupada.

—Sí, sí, tranquila. Todo está bien. No te asustes —respondí riendo.

—Ufff… Por un momento sí que me asusté. ¿Entonces qué pasa? ¿Te casas con tu príncipe azul?

—¡No! —exclamé riéndome todavía más—. Te llamo porque esta tarde la tengo libre y voy a ir a la peluquería y se me ha ocurrido que podríamos ir juntas. ¿Puedes?

—¿A qué hora vas a ir?

—Aún no he llamado para pedir hora, antes he preferido llamarte a ti para saber si vendrías.

Mi amiga aceptó encantada y quedamos en vernos a las seis en la peluquería a la que luego llamé para pedir hora, para después volver a llamar a Cris y decírselo.

Las horas que todavía quedaban entre medio las dediqué a leer en el silencio de mi hogar, y cuando faltaban unos cuarenta minutos salí de casa.

Llegamos casi a la vez mi amiga y yo. Las peluqueras iban con un poco de retraso, así que decidimos ir a tomar un refresco a un bar que había al lado en vez de esperar nuestro turno en el local.

—Bueno, guapa, cuéntame cómo va todo —me dijo.

—¡Ay, Cris! ¡Soy tan feliz! Todo esto me parece un sueño. Héctor es encantador, maravilloso. Es un hombre increíble.

—Me alegro, Nora. Me alegro de verdad. Pero algún defecto tendrá, ¿no? Porque si no lo tiene… Es sospechoso, ¿no crees?

Sin querer, bajé la vista un segundo y eso a mi amiga no se le escapó.

—Venga, cuenta. ¿Sucede algo, verdad?

—No. De veras que no. Estamos muy bien y me llena de atenciones…

—¿Y esa pausa? —me preguntó inquisitiva.

—Es que es algo tan personal que me da vergüenza —logré decir sin mirarla a los ojos.

—¿Vergüenza? ¿Conmigo? —dijo ella entre risas—. ¿Tengo que recordarte algunas de las cosas que nos han pasado estando juntas?

Esta vez me reí yo también.

—El sexo, Cris. El sexo que tenemos es… Ufff… No hay palabras para definirlo y… Estoy todo el día pensando en tener más… a todas horas. He llegado a pensar que estoy enferma…

La carcajada de mi amiga hizo tanto escándalo que unas cuantas personas se giraron en nuestra dirección. Mi amiga, al verme sonrojada, estalló en otra carcajada todavía más fuerte que la anterior y yo, esta vez, no tuve más remedio que reírme tan o más fuerte que

ella. Cuando por fin nos calmamos, Cristina me miró, intentando ponerse seria.

—Y dime, guapa, ¿no tendrá un amigo para mí tu príncipe azul?

De nuevo las risas se apoderaron de nosotras y, aún con lágrimas en los ojos, pagamos y nos fuimos de nuevo a la peluquería. Como mi pelo es corto, lo único que me hice fue un baño de color y de brillo, que junto al peinado despeinado y moderno me dio un aire más juvenil.

Mi amiga tardó un poco más porque decidió alisarse su larga cabellera rubia, así que mientras se lo hacían, aproveché también para hacerme la manicura. Casi tres horas después salíamos del local.

—¿Te apetece venir a casa y te enseño el vestido que me ha regalado para esta noche? —le ofrecí.

—Me apetece y me muero de ganas de vértelo puesto. ¡Según tus palabras, tiene que ser un vestido que quita el hipo!

Llegamos a mi casa y le dije a mi amiga que me esperara en el comedor. Me fui corriendo a mi cuarto, saqué el vestido y me lo puse.

—¿Preparada? —grité desde la habitación.

—¡Sal ya, niña! ¡Me estoy poniendo nerviosa!

Con los zapatos incluidos, salí al comedor. No sabría describir la cara de mi amiga. Bueno, en ese momento no supe descifrarla, aunque ahora sé lo que en realidad pensó. Pero supongo que, por no herirme, no lo dijo.

—¿Y bien? —le pregunté esperando su opinión.

—Bueno… Estás… estás realmente sexy y despampanante. No tengo palabras.

—¿Te gusta entonces? ¿Me queda bien?

—Te queda estupendo, aunque te aconsejo no salir sola a la calle con él puesto… Bueno, por lo menos, si lo haces, que sea con un buen abrigo…

Me reí pensando en que lo decía por lo guapa que estaba, pero en fin, doctora Uweid, ambas sabemos a qué se refería, ¿no?

Mi amiga no tardó mucho en irse porque yo tenía que acabar de arreglarme. Decidí quitarme el vestido y refrescarme un poco y, antes de volver a ponérmelo, me maquillé ligeramente. Como ya empezaba a hacer calor, en vez de un abrigo me puse por encima un sobretodo más ligero que me llegaba casi hasta los tobillos.

El taxi me dejó en la puerta de la casa de Héctor, y al abrirme él la puerta pude comprobar que no era la primera en llegar. En el comedor, sentado en una de las butacas, estaba un hombre impresionantemente guapo.

—Te presento a Eduardo —me dijo Héctor—. Eduardo, esta es Nora.

Héctor, detrás de mí, me quitó el abrigo en el mismo momento en que Eduardo se levantaba para venir a saludarme. De repente, como si el tiempo se hubiese parado, el amigo se quedó quieto a medio camino.

—¡Guau! —dijo poniéndose la mano en el pecho—. ¿Eres real? —me preguntó entonces mirándome.

Yo sonreí sin saber qué decir y notando un leve calor en las mejillas.

—Encantado, no, encantadísimo de conocerte —añadió Eduardo.

Héctor me sirvió una copa de algún cóctel que él mismo habría preparado y fui a sentarme a otra de las butacas. La incomodidad llegó cuando, al sentarme, me di cuenta de que el vestido me causaría problemas si no encontraba una manera de acomodarme que no permitiera ver todo lo que se escondía entre mis piernas.

A los diez minutos más o menos, llegaron Maribel y Alejo, la pareja también invitada a la cena.

—Héctor lo tenía muy en secreto —me dijo Maribel en un momento en que estuvimos solas—. ¿Lo conoces desde hace mucho?

—Unos tres meses, más o menos —dije sonriendo.

—Eres una belleza, Nora, os deseo que seáis realmente muy felices.

—Gracias. ¿Y tú y Alejo hace mucho que estáis juntos? —pregunté esta vez yo.

—Uy, chica… una eternidad.

Las dos nos reímos por su ocurrencia y nos incorporamos a la conversación de los tres hombres. Como no nos interesaba mucho de lo que estaban hablando, decidimos poner la mesa.

Nos sentamos las dos parejas juntas y pusimos a Eduardo presidiendo la cena, y le pedimos que hiciera un brindis antes de empezar a comer.

—Brindo por la amistad y por lo que surja.

Entre risas tontas y una agradable conversación, la cena transcurrió muy tranquila. Maribel y yo congeniamos enseguida, por lo que en ningún momento me sentí fuera de lugar. Me dijo que Alejo y ella estaban intentando tener descendencia desde hacía ya unos años, y que probablemente acabarían intentando la fecundación in vitro.

—¿Y tú? ¿Ya has sentido la llamada del instinto maternal? —me preguntó sonriendo.

—Bueno, la verdad es que por ahora no me lo he planteado, pero por supuesto quiero tener hijos. Me encantan los niños. Soy hija única y no tengo familia, así que te puedes imaginar que para mí sería muy importante.

—Si lo aceptas, te voy a dar un consejo —me dijo en voz baja—. Cuando decidas ser madre, no te lo pienses mucho. Luego a veces hay problemas para quedarse embarazada y pasan los años volando.

Asentí pensando en sus palabras. Tenía razón. No siempre resulta fácil quedarse en estado, y ella era una prueba latente de ello.

Héctor se levantó de la mesa en ese momento preguntándonos uno a uno si queríamos café. Todos asentimos y yo me levanté con él para ir a ayudarlo a traerlos luego. En la cocina, a solas, se acercó a mí y me besó en el cuello.

—Estás preciosas, Nora. El peinado te favorece y me encanta.

—Gracias —le respondí girándome para darle un beso.

—¿Te caen bien mis amigos? —me preguntó.

—Son muy simpáticos, y Maribel es genial.

—¿Y Eduardo? ¿Te cae bien? —volvió a preguntarme.

—Bueno, no he hablado mucho con él, pero parece muy agradable también.

Bajó sus manos a mis muslos y por debajo del vestido me acarició los glúteos.

—¿Te gusta? —me susurró al oído.

—¿En qué sentido? —pregunté yo.

—Como hombre. ¿Te gusta?

Me parecía una pregunta fuera de lugar en ese momento mientras me estaba acariciando de manera insinuante por debajo incluso de mis bragas.

—Está claro que es un hombre muy atractivo, pero, ¿a qué viene esto, Héctor?

Volvió a besarme en la boca, pasó su lengua por mi cuello y luego puso su boca en mi oreja.

—¿Te acostarías con él esta noche delante de mí?

Su pregunta me dejó helada. Sin pensarlo, lo aparté de mí y lo miré perpleja.

—No me gustan esta clase de bromas, Héctor. Ya te lo dije. No estropees una noche tan maravillosa. Por favor…

Volvió a acercarse a mí, y mirándome directamente a los ojos, añadió:

—No es una broma, Nora. Te lo estoy pidiendo en serio. Solo de pensarlo me excito como ni puedes imaginarlo.

Volví a apartarlo y me giré. Bajé la cabeza hacia el mármol donde estaban las tazas, todavía vacías, y sintiendo unas lágrimas que luchaban por no salir, en voz baja, susurré:

—Quiero irme. Ahora mismo.

Sin esperarlo, sentí la dureza de su sexo excitado en mis glúteos. Rozándose y haciendo fuerza sobre mí.

—Olvídalo, nena. No me hagas caso. Preparemos el café y el postre y acabemos la noche. Luego podrás irte, antes no.

Disimulando, me sequé las lágrimas que al final acabaron por salir y me corrían por las mejillas. Respiré hondo mientras pensaba en que lo mejor era eso. Disimular lo que quedaba de noche y luego, en cuanto se fueran todos, irme yo también.

Héctor llevó la cafetera y el postre a la mesa, mientras yo llevé la bandeja con las tazas y el azúcar.

Me costó un poco volver a mostrarme ante Maribel serena y con ganas de hablar, pero con una fuerza de voluntad increíble, que no sé ni de dónde salió, estuvimos charlando hasta que ella y Alejo decidieron irse.

—Cuídate, guapa. ¿Nos llamamos un día de estos y vamos a tomar algo? —me preguntó Maribel antes de irse.

—Sí, por supuesto. Cuando tú quieras—le respondí.

Quedábamos solo Héctor, Eduardo y yo, pero estaba tan cansada, tan triste y desilusionada, que tuve que decir que yo también me marchaba ya.

—Espera, Nora —me dijo Eduardo—, tomamos la última copa y te acerco yo a tu casa. ¿Te parece bien?

La verdad es que ya me daba igual. La noche ya se había estropeado, así que podía esperar perfectamente unos minutos más.

Héctor nos sirvió a ambos una copa. Él se comportaba como si no hubiese pasado nada. Como si realmente hubiese olvidado la propuesta absurda y ofensiva que hacía menos de dos horas me había hecho en la cocina. Eso me dolía todavía más.

No estaba prestando atención a la conversación que estaban manteniendo ellos dos, sumergida en mis propios pensamientos. Quizás fue por eso que no me di cuenta de que estaba mareada hasta cuando, al levantarme para dejar la copa sobre la mesita, la cabeza empezó a darme vueltas.

Me desperté por la mañana en mi cama, sola, desnuda y aturdida. No tenía ni idea de cómo había vuelto a mi casa, de cómo me había quitado la ropa ni de cómo me había metido en mi cama.

Ni siquiera escuché el despertador, eso en el caso de que llegara a ponerlo la noche anterior. Como era ya tarde, lo primero que hice fue llamar al despacho. Me salió el contestador automático, por lo que pensé que Héctor todavía no habría llegado y le dejé un mensaje.

—Hola, Héctor. No me encuentro bien. No voy a ir a trabajar hoy. Adiós.

Agradecida por el hecho de que no estuviese, colgué y me vestí sin tan siquiera ducharme. Había tomado una decisión importante y no pensaba darle tiempo a mi cerebro de recapacitar o cambiar de idea.

Bajé a la calle y llamé a un taxi para que me llevara al ambulatorio. Pediría unos análisis de sangre por mi cuenta. Haría lo que fuera para que el médico que me atendiera tomara esa decisión.

Al final no fue tan difícil. Explicándole todos mis síntomas, sin entrar en los detalles más increíbles que se me habían pasado por la mente, fue el mismo médico el que se ofreció a hacerme unos análisis completos.

Más tranquila y sin mareos ni malestares, decidí volver a casa dando un paseo. Tenía casi una hora por delante andando y estaba segura de que me vendría bien despejarme y desconectar de todo.

Sí, doctora Uweid, pensé justamente lo que entiendo, por tu cara, estás pensando tú ahora mismo. Me parecía extraño el haber llegado a casa sin recordar nada del trayecto y nada más de lo que pasó después de empezar a encontrarme mal con la última copa.

Pero aun así, me era muy difícil reconocerme a mí misma que eso podía tener una sola explicación. En el fondo, no podía ni creer que solamente me la estuviera planteando, y supongo que por eso fui al médico, para que fuera otra persona la que me dijera si estaba o no en lo cierto.

Me sorprendió ver en mi contestador automático una llamada de Héctor preguntándome si estaba mejor y diciéndome que más tarde me llamaría. Era la primera vez que se interesaba por mí cuando otras veces también me había encontrado mal.

Decidí no llamarle y me preparé algo de comer. Estaba hambrienta, puesto que antes de salir no había desayunado y después, al volver paseando, se me hizo tarde.

Sin darme cuenta debí quedarme dormida en el sofá porque al sonar el teléfono, me desperté ahí y con el cuello dolorido.

—¿Diga?

—Hola, preciosa, empezaba a estar preocupado. ¿Te encuentras mejor? —era Héctor.

—La verdad es que no —respondí seca.

—Anoche te quedaste dormida y te llevé a tu casa. ¿Recuerdas?

—La verdad es que no —volví a responder de igual modo.

—¿Te pasa algo?

—Sí. Tenemos que hablar.

—¿Por lo que te propuse anoche?

—Por todo.

—Vamos, nena, ya he entendido que no quieres hacerlo y te juro que no volveré a pedírtelo. ¿Quieres que vaya cuando salga del despacho?

—No. Hablaremos mañana. Adiós, Héctor.

Colgué el teléfono sin esperar respuesta, pero a los pocos segundos volvió a sonar. Lo descolgué sin pronunciar palabra. Sabía que era él.

—Nora, venga… No me seas niña… Son fantasías que se tienen, pero si no te gusta no volveré ni a mencionarlo. Estaba un poco contento por la bebida y me excité… Deja que vaya a tu casa luego.

—He dicho que no, Héctor. Ya hablaremos mañana.

Esta vez fue él quien colgó.

Bueno, aquí estaba nuestra primera discusión fuerte, o por lo menos grave, pensé. Pero esta vez no estaba dispuesta a dejarme envolver ni con palabras ni con besos. Realmente estaba enfadada. No. Miento. Lo que estaba era dolida. Dolida en lo más profundo de mi alma. Asustada por mi pensamientos. Asustada por los posibles resultados de los análisis. Asustada, asustada, asustada…

Me levanté del sofá y me fui directa al baño para pegarme una ducha larga y reparadora. Cuando me miré de reojo al espejo, me pareció ver a una Nora desconocida y volví a llorar, a gritar bajo el agua y a dejar que todos mis temores se fueran por el desagüe.

Salí de la ducha envuelta en una toalla y por primera vez, en más de tres meses, me sentí realmente sola. Pensé en llamar a Cristina, pero no habría sabido qué contarle de todo lo ocurrido, y menos aún hacerle saber mis dudas y mis peores pensamientos.

Así que sin cenar, volví a acostarme, esta vez en la cama y me dormí.

Delante de la puerta del despacho, mirando la cerradura, me preguntaba a mí misma cómo iba a afrontar la situación con Héctor. Nunca habíamos estado tan distantes. Sé que solo había sido un día sin vernos y casi sin hablarnos, pero a mí inevitablemente se me había hecho una eternidad.

Finalmente entré, colgué la chaqueta fina y el bolso, y fui a llamar a su puerta.

—Pasa —me dijo desde el otro lado.

Cuando entré, me encontré con un Héctor desconocido. Estaba despeinado, con la camisa arrugada y sin afeitar.

—¿Cómo estás, cielo? —me preguntó enseguida levantándose para venir a mi encuentro.

Me dio un beso en la mejilla y me hizo señas para que me sentara en el sofá. Yo no podía dejar de mirarlo y pensar que ahí, el que estaba realmente mal, sin duda era él.

—Yo estoy bien, pero… ¿y tú? Tienes mala cara.

—No es nada. He dormido aquí en el despacho y no he pasado muy buena noche —dijo pasándose la mano entre la cabellera.

—¿Algún problema? ¿Ha pasado algo? —pregunté preocupada.

—No, Nora. Aquí el problema soy yo. No quiero que estemos enfadados. ¿Podrás perdonarme?

Sí, doctora, no me lo preguntes con la mirada. Lo perdoné. Lo perdoné como muchas otras veces. Porque lo amaba. ¿Lo entiendes? No. No lo entiendes. ¿Cómo lo vas a entender si no lo entiendo ni yo?

En fin, lo perdoné. De nuevo, como si no hubiese pasado nunca nada, preparé café y lo tomamos, como siempre, juntos en su despacho. Luego me puse a trabajar y a la hora de comer nos fuimos también juntos, pero no a un restaurante o a un bar, nos fuimos a su casa.

Se lo propuse yo. Le dije que estaba hecho un verdadero asco y nos reímos ambos. Así que decidimos ir para que se cambiara de ropa, se afeitara, y luego ya volveríamos a la oficina.

Mientras él estaba en su cuarto de baño, yo me puse manos a la obra en la cocina. Era tan grande y espaciosa que casi tenía la misma medida que todo mi apartamento junto. Miré qué tenía en la nevera y en la despensa, y con lo que encontré preparé algo para los dos.

Cuando ya lo tuve todo servido en la mesita de la misma cocina, me fui hacia el baño para avisarle de que ya estaba todo listo para comer.

Al abrir la puerta me lo encontré desnudo, tapándose solo con una pequeña toalla en la cintura y con la espuma de afeitar que le cubría media cara. No sé qué me ocurrió, pero de repente tuve un deseo

incontrolado de tenerlo en mi interior, de amarlo, de sentirlo.

Cogí la cuchilla de afeitar que tenía él en su mano y empecé a afeitarlo yo lentamente. De vez en cuando paraba y nos besábamos, mezclando nuestras salivas con el sabor amargo y fuerte de la espuma de afeitar en nuestras bocas.

Cuando volvía a poner la cuchilla sobre su piel, él me iba desnudando poco a poco y ya llegó un momento en que la cuchilla cayó al suelo, junto con toda mi ropa y su toalla, y nos dejamos llevar por el momento. Acabamos los dos en la ducha bajo un constante chorro de agua tibia que hacía más fácil todavía que nuestros cuerpos conectaran, y finalmente explotamos una vez más sin ningún tipo de pudor.

Cuando salimos y nos vestimos, la comida ya se había enfriado y se había hecho muy tarde, así que decidimos ir de nuevo a la oficina y ahí mismo comer unos bocadillos que compraríamos antes de subir.

Todo había vuelto a la normalidad. Todo iba bien.

Pasaron así dos días, y el viernes Héctor me sorprendió.

A la hora de irnos ya a casa, pues ese viernes cada uno había decidido irse a la suya, Héctor me entregó un sobre cerrado.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Ábrelo —me dijo como respuesta.

Nerviosa y divertida lo abrí, y me sorprendió ver una postal de una playa, sin nada escrito ni por delante ni por detrás.

—Muy bonita —dije levantando las cejas.

—Nos vamos a pasar el fin de semana ahí —me dijo sonriendo.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Pasaremos por tu casa para recoger lo que te haga falta y nos vamos. Yo ya tengo mi maleta en el coche.

Sin pensármelo dos veces, salté a sus brazos y lo besé por toda la cara. Héctor, riendo, me bajó, y todavía sin poder creérmelo fuimos a mi casa, metí unas cuantas cosas en una maleta y nos fuimos en su coche.

Llegamos al lugar muy entrada la noche. En la recepción nos dieron las tarjetas para poder pasar a la habitación y subimos al cuarto piso.

Era una habitación espectacular. Incluso siendo de noche, una se podía imaginar las vistas que habría desde el balcón con solo escuchar el ruido de las olas rompiendo en la orilla.

En el centro de la habitación había una pequeña mesa en la cual había unas bandejas tapadas. Corrí a destaparlas y debajo había un sinfín de manjares que habrían el apetito con solo verlos.

Una vez más me sentí en el paraíso. Dejé de admirar la comida para ir a ver dónde estaba la cama y, cuando la vi, me quedé sin habla. Era inmensa y de color blanco. Al lado había una pequeña chimenea de mentira que simulaba, mediante luz, el fuego y la leña ardiendo.

A un lado de la cama había una no menos grande bañera esquinera en la que se podían ver los orificios por donde sin duda salían las burbujas del jacuzzi.

Me giré hacia Héctor, que estaba en la puerta mirándome, y le dije que se acercara.

Puedes hacerte una idea de cómo le agradecí el principio de un fin de semana tan prometedor. Acabamos comiendo a las tres de la mañana desnudos y sobre la cama.

Las sorpresas no acabaron ahí. A la mañana siguiente, Héctor me despertó suavemente besándome la nariz mientras me acariciaba el pelo.

—Vístete, preciosa. Tenemos que ir a un sitio.

—Mmmmm… No quiero salir de la cama. Entra tú en ella y tampoco salgas —le dije medio adormilada todavía.

—Venga, bella durmiente. Se nos hace tarde.

Resignada, salí de debajo de las sábanas y fui al comedor.

—¿Dónde vamos? —pregunté frunciendo el ceño y arrugando la frente.

—Es una sorpresa. Ponte el biquini y el albornoz que hay detrás de la puerta del lavabo.

Sintiendo una curiosidad grandísima, hice lo que me dijo y volví al comedor.

—¿Y ahora qué? —pregunté de nuevo.

—Ya lo verás.

Me cogió de la mano y salimos hacia el ascensor, pero en vez de bajar, subimos hasta el ático. Al abrirse las puertas del ascensor creo que mi boca se abrió en una exclamación muda. Estábamos en medio de un nuevo paraíso.

Nos vino a dar la bienvenida una chica bajita vestida con una bata blanca. Héctor le dio mi nombre y esta me dijo que esperara unos segundos mientras lo preparaba todo.

—Espero que te guste el masaje y todo lo que tengo programado para ti —me dijo Héctor mirándome a los ojos.

Yo no supe qué decir y simplemente asentí.

—En una hora y media, más o menos, vendré a recogerte.

Y dándome un beso, volvió a entrar en el ascensor y desapareció.

La chica vino enseguida a buscarme. Me dijo que se llamaba Esther, y tras indicarme que la siguiera, me hizo pasar a un pequeño habitáculo donde había una camilla. El olor a las velas aromáticas, que alumbraban tenuemente el lugar, me llegó nada más abrir la puerta.

—Quítese el albornoz y túmbese boca abajo, por favor. Si lleva sujetador, quíteselo también. En unos minutos estaré con usted.

Sin saber todavía qué decir, simplemente dije gracias. Al cerrar la puerta y quedarme sola, me desnudé quedándome solo con las braguitas del biquini y me tumbé tal y como me había indicado Esther.

El masaje fue maravilloso. Creo que no dejó ni un milímetro de mi piel sin recorrer. El aceite con el cual empapaba sus manos olía levemente a madera e incluso eso me relajaba cada vez que lo inspiraba.

—Hemos terminado —me dijo la masajista sacándome de mi trance—. Ahora la dejaré unos diez minutos sola para que se relaje un poco más y enseguida vendrá mi otra compañera, Deborah.

Casi en un susurro, le dije que sí y me quedé dormida. Esos diez minutos, tan relajada y completamente desestresada, me parecieron horas de descanso. Me sacó de mi ensimismamiento la voz dulce de otra chica.

—Hola, Nora —me dijo casi en un susurro—. Cuando quiera, puede ponerse boca arriba y luego taparse con esta toalla que le dejo aquí. En unos minutos volveré.

No sin esfuerzo, debido a lo relajada que estaba, me bajé de la camilla para volver a subirme pero esta vez en la postura indicada. La chica llegó enseguida portando una bandeja llena de agujas de las cuales salía humo aromático. Fijándome mejor, me pareció ver que era incienso.

—No le va a doler, así que relájese.

Poco a poco fue clavando en mi piel las diminutas agujas que ni siquiera sentía si estaban penetrando. Me puso por todo el cuerpo, incluida la cara y los pies.

—Ahora le pondré una música suave y usted simplemente déjese llevar por ella.

Salió de la habitación y, envuelta en todo ese ambiente de música y olores, creo que perdí hasta el sentido debido a tanto relax.

Cuando vino de nuevo la chica, la que se llamaba Deborah, tuvo que despertarme del todo. Volví a enfundarme el albornoz poniendo la parte de arriba del bañador en uno de los bolsillos y salí fuera. Héctor estaba esperándome sentado en una silla leyendo un periódico.

—Hola —le dije besándole el cuello.

—¿Qué tal, princesa? ¿Te ha gustado?

—Si me llevas a la habitación… te demostraré lo mucho que me ha gustado —le dije al oído.

—Eso me encantaría, pero ahora nos vamos a arreglar para irnos a comer.

Me cogió de la mano y me llevó al ascensor. Al cerrarse las puertas, yo me desabroché el albornoz y me acerqué a él para envolverlo y apretarme contra su cuerpo.

—¿Seguro que no podemos comer más tarde? —le dije mordiéndole el cuello.

—Seguro —me respondió.

Las puertas se abrieron y me tapé enseguida por miedo a que alguien estuviese esperando fuera, pero no había nadie, y una vez en la habitación me vestí y bajamos al comedor.

Cuando acabamos de comer me entró un cansancio inigualable. Me habían relajado tanto y ahora, con el estómago lleno, casi me costaba mantener los ojos abiertos.

—Estás rendida, ¿verdad? —me preguntó sonriendo Héctor.

—Sí —respondí bostezando sin control.

—Anda, vamos a la habitación. Mientras tú descansas, yo iré a dar un paseo.

—Lo siento, Héctor… —Otro bostezo—. De verdad que no me aguanto…

Subimos a la habitación, yo me acosté y él se fue a dar un paseo tal y como me había dicho. Creo que dormí más de dos horas, pero no lo sé seguro, porque durante todo ese fin de semana, el tiempo era lo que menos me importaba.

Saliendo del trance del sueño, empecé a notar unas suaves caricias sobre mi cuerpo. Desperezándome, me di media vuelta y vi a Héctor sentado al borde de la cama. Su mano se paseaba por debajo de las sábanas sobre mi piel desnuda. Poco a poco fue retirando la tela que me cubría y, una vez completamente expuesta, estuvo mirándome durante largo rato.

La yema de sus dedos entonces empezó un suave, casi imperceptible, recorrido por mi piel. Sentí despertar en mi interior un deseo incontrolable de quitarle la ropa, pero con un leve gesto Héctor me dijo que no lo hiciera.

Con las caricias y los escalofríos que estas me provocaban, noté como mis pezones se iban irguiendo hasta ponerse completamente duros. Fue en ese momento cuando cada una de las yemas pasó lenta y circularmente sobre ellos. Sin querer, me arqueé y dejé escapar de mi boca un suspiro.

La yema de los dedos dejó paso a la palma de las manos, que rozaba mis pezones sensibles. Una de sus manos subió poco a poco a mi boca y empezó un juego, también lento, dentro de ella. La otra mano bajó a mi entrepierna.

Las suaves caricias con la palma abierta sobre mi sexo provocaron pequeños gemidos por mi parte, así como lentos y acompasados vaivenes involuntarios.

Sin apartar su mano de mi humedad cada vez más latente, acercó su boca a mi canalillo y lo acarició con la lengua. Después, poco a poco, fue turnado su lengua sobre mis pezones, así como suaves mordiscos estirando primero uno y luego otro, hacia afuera.

Fue el mismo Héctor quien, como a cámara lenta, se desabrochó la camisa mientras yo, excitada y ansiosa, hacía lo mismo con sus

pantalones. Cuando por fin estuvo él también completamente desnudo, se tumbó a mi lado y siguió acariciándome la piel de todo el cuerpo acompañando cada gesto con la mirada. Mirando descaradamente cómo mi cuerpo respondía a sus estímulos, con movimientos involuntarios que invitaban a seguir tocándome.

Me sentía de nuevo envuelta en Héctor. Atrapada por los sentidos y deseosa de que nunca acabara lo que estábamos empezando. Mis manos se entrelazaron en su pelo para cerrarse sobre él y apretar, estirando la cabellera como queriendo ser parte de ella.

Héctor levantó la vista buscando mis ojos y yo le devolví la mirada, seguramente vidriosa y llena de deseo. Lentamente abrió mis piernas y se puso sobre mí, haciéndome sentir su sexo duro y erecto sobre el mío.

Empezó un movimiento lento en el que su excitación se paseaba por mi humedad de arriba abajo. Fue de esta manera, solamente rozándome, como llegué al primer orgasmo. Me dejé llevar por mis propios instintos y gemí sin pudor ante tanto placer.

Entonces se apartó de mí, y abriéndome más las piernas, saboreó mi interior que ahora estaba más sensible y mojado que nunca. Yo no podía estar quieta, porque el placer se mezclaba con el dolor que me producía tanta sensibilidad en mi sexo, pero poco a poco noté como de nuevo mi clítoris se endurecía.

Deseé entonces tenerlo dentro, y con mis manos casi le supliqué que volviese a ponerse encima de mí. Poco a poco se fue colocando de nuevo en la posición anterior, pero esta vez su excitación entró en mi interior. Los vaivenes comenzaron suaves y lentos, llegando a los límites en las embestidas. Notaba cómo su sexo entraba y salía del mío completamente, para volver a entrar en profundidad.

Se dejó ir en mi interior con un movimiento, este más fuerte, y la explosión de toda su esencia me hizo tener el segundo orgasmo.

Nos quedamos en esa postura unos minutos y, antes de salir de mi interior, acercó su boca a mi oído y me susurró dos palabras.

—Te quiero.

Lo abracé con toda las fuerzas que pude y le respondí con otras dos palabras.

—Yo también.

No volvimos a salir de la habitación en todo el sábado y tampoco lo hicimos el domingo, por lo menos hasta la hora de marcharnos. Comimos, dormimos, hablamos y reímos durante todas las horas que estuvimos en ese paraíso.

Volvimos a hacer el amor dos veces más. Una en la bañera, rodeados de espuma y burbujas, y otra en la cama antes de recoger nuestras cosas.

Héctor no volvió a decirme esas dos palabras en ningún momento,

pero para mí una sola vez había sido suficiente.

Cuando ya nos íbamos acercando a mi casa con el coche, momento en el cual nos separaríamos, me entró una tristeza enorme por el deseo incontrolable de no alejarme nunca más de él.

Una vez en sola y todavía en una nube, me avergoncé de los pensamientos que hacía apenas unos días había tenido sobre Héctor y sobre mis mareos repentinos. Me sentí verdaderamente estúpida y mala persona, pero por nada del mundo iba a permitir que esos pensamientos ni tan siquiera asomaran en mi cabeza y acabaran estropeando un fin de semana perfecto e inolvidable.

Me acosté enseguida, envuelta aún en el aroma de su piel, y me dormí.

Por la mañana quise llegar temprano a la oficina, con la esperanza y la ilusión de poder estar con Héctor cuantas más horas mejor. Pero al final, entre unas cosas y otras, llegué a la misma hora de siempre.

Héctor ya había llegado, pues yo sabía que tenía una conferencia muy temprano con un cliente importante, por lo que no entré como siempre a su despacho para saludarlo y me senté a mi mesa. Al cabo de una hora más o menos vino él a darme los buenos días. Hice entonces el café y luego seguimos cada uno con su tarea. A la hora de comer Héctor me ofreció ir juntos a la cafetería de en frente del edificio y, por descontado, acepté.

Estuvimos muy poco rato porque, todo hay que decirlo, yo por lo menos tenía bastante trabajo atrasado desde hacía una semana. Al sentarme en mi mesa vi que me había dejado el móvil en la oficina, y al ir a guardarlo en el bolso, también vi que tenía tres llamadas perdidas de un número desconocido. En un principio decidí llamar más tarde, pero luego pensé que si habían llamado tres veces podría ser algo importante. Así que le di a rellamada y esperé a que me respondieran. Mi sorpresa fue cuando al descolgar al otro lado dijeron que era del ambulatorio.

—¿Qué desea? —me preguntó la telefonista.

—Bueno, verá… Es que tengo tres llamadas perdidas de este número y no sabía quién era.

—¿Me dice su nombre, si es tan amable?

Se lo dije y me dejó a la espera unos minutos.

—¿Nora? —preguntó una voz de hombre al otro lado.

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, Nora, soy el doctor Ramírez. Estuviste aquí el otro día por unos mareos y malestar general y te hice unos análisis. ¿Recuerdas?

—Sí, sí. Dígame, ¿hay algo grave?

—No, no, no. Tranquila, no es grave. Ha salido todo bien, solo que la oxicontina que hay en tu cuerpo es una dosis un poco más elevada de lo normal. Tu malestar puede estar causado por una pequeña sobredosis del tranquilizante. Quizás te olvidaste de que ya habías tomado una pastilla y te tomaste otra.

El tiempo se paró. Ya no sé si el médico seguía hablando o si simplemente yo había desconectado de mi alrededor. Fue justamente el doctor, que supongo que al ver que no contestaba, me sacó de mi silencio.

—¿Me oyes, Nora?

—Sí… seguramente pasó eso, doctor… doctor Ramírez. Gracias por llamarme. Ha sido usted muy amable.

—De todas formas, si vuelves a encontrarte mal puedes ir al hospital de urgencias. Es muy posible que me encuentres también allí.

—Gracias, doctor.

Colgué sin esperar respuesta.

Como una ráfaga, pasaron por mi mente todos los pensamientos oscuros que había ido escondiendo en mi cerebro y tuve que tomar aire para no desmayarme en ese mismo instante.

Casi sin fuerzas, sintiendo como las piernas me temblaban junto con mis manos, me levanté para ir al despacho de Héctor. Esta vez no llamé a la puerta antes de abrirla.

—Héctor… —dije con voz temblorosa—, Héctor… —repetí.

—¿Sucede algo, preciosa? —me preguntó él.

Me fui a sentar en una de las sillas en frente de su mesa, pero lo hice porque las piernas ya no me sostenían.

—Héctor… La noche… la noche en que cenamos con Maribel, Alejo y Eduardo en tu casa… La noche que llegué a mi cama sin recordar nada…

—¿Si? —me interrumpió mirándome fijamente.

—¿Me drogaste? ¿Me drogaste, Héctor?

Su cara no reflejó ningún sentimiento.

—¿De qué estás hablando, Nora?

—Al día siguiente no vine a trabajar porque fui a hacerme unos análisis de sangre por mi cuenta, y acaban de decirme que han encontrado una concentración alta de oxicontina. Héctor, dime que no es cierto… Por favor, te lo suplico… Dime que no es verdad…

Su mirada ahora fue diferente. Supe enseguida que ese era el fin. Incluso antes de que pronunciara todas y cada una de las palabras que vinieron a continuación. Palabras que me desgarraron por dentro.

—A ver, Nora, seamos realistas. ¿De verdad pensaste que todos los lujos, los regalos, el trabajo, el buen sexo y las atenciones iban a ser gratis? ¿De verdad lo pensaste? Yo te pedí que lo hicieras por tu propia voluntad y no accediste. Las otras veces te aseguro que

disfrutaste como una zorra. Pensé que ya había llegado el momento de que lo hicieras siendo consciente de ello.

—¿Las otras veces? —logré decir.

—Venga, nena, ¿no me digas que en el fondo no lo sabías? Con Javier nos quedamos un poco cortos, sé que de algo, si haces el esfuerzo, te acordarás. ¿O me vas a decir que no recuerdas como te entregaste a su polla sin tapujos y gimiendo como una puta? Lo hiciste de maravilla, nena. De verdad que sí. Todavía ahora, cuando lo recuerdo, se me pone dura. Estuve mirando hasta que te corriste. Fue impresionante, cielo. Ver como Javier te excitaba con sus caricias y tu cuerpo arqueado pidiendo más… Mmmm…. Nena, estabas totalmente ida y entregada.

Sus palabras me taladraban la mente y sus ojos me taladraban el alma. No era capaz de articular ni un leve sonido, y era tanto el desconcierto, el dolor y la desilusión, que incluso las lágrimas se negaban a salir de mis ojos.

—Tuvo mucho cuidado en todos sus gestos para no dejarte marcas, pero los mordiscos sobre tus pezones eran bestiales y gemías de placer. Cada uno de tus gemidos era una embestida más fuerte con mi mano sobre mi propia polla y cuando te penetró y os corristeis delante de mí, tuve la necesidad de empaparte entera con mi propia corrida.

Sentí asco y vergüenza a la vez. Me preguntaba cómo era posible no recordar nada, aunque el leve y lejano recuerdo de un sueño en el que algo pasaba entre Javier, Héctor y yo me llenó de frío helado las entrañas.

—Con Walter fue diferente. Como no lo conocía de nada más que de trabajo, dejé que disfrutara de tu cuerpo pero la faena la rematé yo. La verdad es que a ti no pareció importarte no conocerlo, pero claro, nena, estabas tan drogada que no iba a importarte nada de lo que te hiciera. Empezasteis muy despacio, como amantes verdaderos, por eso tuve que decirle a Walter que se esmerara contigo. Nena, fue darle el visto bueno y comenzar uno de los mejores sexos que jamás he visto. Te dejabas tocar por todas partes y te abrías de piernas casi pidiendo más dedos en tu interior, y cuando te los metía… Nora… gemías y suspirabas de una manera que todo el tiempo que estuve mirando como disfrutabas en esa nube de deseo sin control, en tu cuerpo y en tu mente, tuve que tocarme unas cuantas veces y casi pensé que me iba a correr antes de metértela hasta el fondo.

La cabeza me daba vueltas y el corazón pensaba que de un momento a otro explotaría.

—Pero con Eduardo, preciosa, con Eduardo estuviste fantástica. Te tuvimos los dos y te entregaste a los dos sin contemplaciones. Hubo incluso un momento en que estuvimos conectados los tres, nena. Me había ya excitado en la cocina y tu negación aún me excitó más. Me

supo muy mal drogarte esa noche, pero Eduardo ya había pagado y no había vuelta atrás. De todas formas, te aseguro que lo pasaste bien, cielo. Y cuando Eduardo te penetró y a la vez yo metí mi polla en tu boca, fue un momento de conexión a tres bandas insuperable. ¿En serio que no lo recuerdas? No sabes lo que te pierdes, nena… Lo único que me costaba era disculparme para que te sintieras mejor. Si te acuerdas, incluso tuve que pasar una noche entera en el puto despacho para que a la mañana siguiente pensaras que realmente estaba triste y desconsolado… Pero, nena, valió la pena.

Abrí la boca y desde el fondo de mi ser salieron mis palabras.

—¿Por qué, Héctor? ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? Me dijiste solo hace unas horas que me querías… ¿Es esta tu forma de quererme?

—Nena, yo te deseo y deseo hacerte gozar y gozar yo haciéndolo y viendo cómo tú gozas. Si para eso tengo que decirte que te quiero, llevarte de fin de semana y follarte, pues lo hago. ¿Te crees que soy un genio de la informática y que con este pequeño despacho me hago rico? No, nena, el trabajo va bien, pero ni te imaginas lo que llegan a pagar por tener sexo seguro algunos hombres. ¿No pensarás que eres la primera, no? Llevo mucho tiempo en esto y han pasado muchas que incluso lo han hecho con su consentimiento, pero tú, reina, tú has sido la mejor.

—Estás enfermo, Héctor.

Me levanté para salir del despacho, del edificio y de su vida para siempre, pero como un relámpago, Héctor apareció a mi lado agarrándome del brazo con fuerza.

—¿Qué vas a hacer? ¿A quién se lo vas a contar? —preguntó enfurecido.

—¿Contárselo a alguien, dices? Me muero de vergüenza solo con saberlo yo. Suéltame. Hubiera preferido mil bofetadas antes que esto. Me das asco.

Con un movimiento brusco logré deshacerme de su mano y, sacando fuerzas de no sé dónde, salí de ese lugar para siempre.

Ya veo en su mirada, doctora Uweid, que usted se esperaba algo así, pero no me subestime, todavía no he acabado.

Llegué a mi casa y de camino a la ducha me fui arrancando la ropa. Tuve hasta vergüenza de mirarme en el espejo del baño. Entré y dejé que el agua helara mis pensamientos. Con la esponja empecé a limpiarme todo el cuerpo, con tal furia que incluso llegué a hacerme sangre en algunos puntos.

El agua pasó de estar fría a arder, pero aun así creo que estuve más de una hora intentando que todo el sufrimiento y la suciedad de mi alma se fueran por el desagüe.

Cuando por fin salí hasta el suave tacto del albornoz en mi piel me hacía daño. En un primer momento pensé en meterme en la cama y no salir nunca más de ella. Pensé en denunciarlo, en suicidarme y en millones de otras cosas que seguramente puedes imaginarte.

Pero en medio de toda esa locura apareció un atisbo de lucidez. Como una loca empecé a rebuscar por todos los bolsos, cajones y bolsillos la tarjeta que en su día me dio el hombre que conocí en el hotel, Hugo.

Escondida y olvidada en el bolsillo de mi abrigo la encontré y, sin pensármelo dos veces, sentada en la cama, marqué el número. Al tercer timbrazo me respondió.

—¿Diga?

—¿Hugo? ¿Eres Hugo? —dije en un tono que rozaba la histeria.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Soy Nora. No sé si te acuerdas de mí. Nos conocimos en un hotel hace unos meses. ¿Me recuerdas?

El silencio al otro lado del teléfono me pareció eterno y pensé que quizás me habría colgado por mi forma desesperada de hablarle cuando me respondió.

—Sí, Nora, te recuerdo.

—Me dijiste… Me dijiste que te llamara para lo que fuese…

De nuevo el silencio al otro lado.

—Nora… No puedo ayudarte. Lo siento. Si lo hago tendré verdaderos problemas. Si me llamas es porque tú ya los debes estar teniendo… Lo siento, Nora, espero que me perdones, pero he de colgar.

Esta vez el silencio se produjo después del clic. A lo mejor en otro momento no habría reaccionado o lo habría hecho de otra manera, pero en ese instante apareció en mi mente la imagen de Bárbara y sus palabras antes de abandonar el despacho.

«Cuídate, Nora, cuídate mucho.»

Me puse como una loca a buscar en el listín telefónico a todas las personas apellidadas Ventura con la inicial de su nombre B., y empecé

a llamarlas una a una, hasta que a la sexta llamada respondió ella.

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—Bárbara, soy Nora, ¿me recuerdas?

El silencio me dio a entender que efectivamente me recordaba.

—Bárbara, no me cuelgues. Sé que has pasado por lo mismo, quizás con tu ayuda…

—No puedo ayudarte, Nora. No vuelvas a llamarme.

Después de interrumpirme con esas palabras, colgó.

Fue entonces cuando me di cuenta, por primera vez, que estaba sola. Y fue entonces también cuando mis lágrimas empezaron a brotar de golpe y acompañadas de gritos desesperados que no entendí, hasta después de unos segundos, que salían de mi interior.

Los gritos dieron paso a unas arcadas y estas hicieron que tuviese que ir corriendo al lavabo.

Vomité hasta las entrañas y después, tumbada en el frío suelo de baldosas blancas, acurrucada y temblando, me quedé dormida.

Cuando me desperté ya era de noche. Me sentí perdida en mi propio hogar y pensé que me volvería loca. El dolor inmenso que tenía incrustado en mi pecho, los pinchazos en la cabeza y las náuseas me impedían moverme y reaccionar. Creí que me iba a morir ahí mismo.

De golpe, sin previo aviso, un dolor punzante y profundo inundó mi bajo vientre y tuve que encogerme cogiéndome las rodillas. Cerré los ojos porque me era imposible mantenerlos abiertos ante ese daño que parecía desgarrarme por dentro.

Al ver que no se me pasaba, como pude me levanté apoyándome en todas partes, y pegada a la pared llegué al armario para buscar el botiquín. De él saqué una pastilla contra el dolor y me la tragué sin agua. No tenía fuerzas para llegar a la cama porque todavía estaba doblada sobre mí misma, así que me quedé ahí, sentada en el suelo, esperando a que hiciera efecto.

El dolor se fue apagando poco a poco, pero cuando me levanté, sentí otro tremendo pinchazo en mi abdomen. Asustada, pensando en las drogas que me había metido en el cuerpo Héctor, decidí ir al hospital deprisa. Estaba realmente muerta de miedo.

Me vestí con lo primero que pillé y bajé a la calle. Por suerte, en ese mismo momento pasó un taxi y le indiqué que me llevara lo más rápido posible a mi destino. Cuando entré me fui directa a urgencias y pregunté por el doctor Ramírez. Una vez más la suerte estuvo de mi lado, y tras unos interminables minutos apareció el médico.

—Hola, Nora, pasa, por favor. Tienes muy mala cara, pasa, pasa.

Me hizo pasar a un reservado y me dijo que me tumbara en una camilla. Lo primero que hizo el médico fue tomarme la temperatura y tras ver que estaba correcta, me preguntó por lo que me ocurría.

—He tenido un mal día y esta noche me han empezado a dar unos pinchazos muy fuertes en el abdomen y me he asustado.

—¿Todavía estás tomando los tranquilizantes?

—No, doctor, solo fue un caso puntual.

No quería hablar de las drogas, no estaba preparada ni dispuesta a pasar por ese calvario vergonzoso.

El médico empezó una exploración por mi abdomen apretando en algunos puntos y preguntándome si me dolía en un lugar más que en otro. Descartada la posibilidad de que fuera apendicitis, pues también le dije que había estado vomitando, siguió su exploración en otras partes de mi cuerpo.

—Mira, Nora, te voy a dar este bote para que orines en él y así poder hacer un análisis rápido de orina. ¿Puedes levantarte e ir sola al lavabo o le digo a una enfermera que te acompañe?

—No, gracias, ya puedo sola —respondí.

De vuelta a la camilla me tumbé y aunque el dolor ya era mucho más leve, persistía. De todas formas, me sentía mucho más tranquila. Incluso estando en el hospital, daba las gracias por no estar sola. Cerré los ojos unos segundos y la voz del médico me sobresaltó.

—Bueno, Nora, ya tenemos los primeros resultados. Estás embarazada —me dijo sonriendo—. Ahora habrá que hacer otro tipo de pruebas para ver si todo está bien, pero al no haber sangrado, creo que todo sigue su curso.

La sonrisa del médico se desdibujó de su cara cuando vio aparecer en la mía las lágrimas incontrolables. Supongo que debió pensar que estaba preocupada por si había perdido a mi bebé y por eso me consoló con palabras y gestos, diciéndome que estuviese tranquila, que ya vería que la ecografía nos diría que no había pasado nada grave.

Yo asentí y dejé que me llevaran a una consulta donde me esperaba una enfermera. Todo estaba a oscuras, la única luz que nos alumbraba era la de la máquina encendida.

La enfermera, corriendo una cortina para dejarme a solas, me dijo que me quitara la bata y las braguitas. Después descorrió la cortina y, tras pedirme que me tumbara de nuevo y pusiera las piernas en los hierros separados, me tapó los pechos con una toalla así como con otra tapó también mi pelvis y mis muslos.

Entonces entró el médico y se sentó en una silla a mi lado. Sacudió un bote blanco, lo destapó y echó sobre mi abdomen un gel frío y gelatinoso. Al ver mi reacción, el médico sonrió.

—¿Está frío, verdad? Bueno, vamos a ver qué hay aquí dentro —me dijo sin dejar de sonreír.

Con un aparato parecido a un ratón de ordenador esparció el gel por todo mi bajo vientre y empezó a moverlo lentamente sin dejar de mirar la pantalla de la máquina. Luego, con otro aparato más pequeño en sus manos, envuelto en lo que me parecía un preservativo, lo introdujo en mi interior y siguió mirando atentamente la pantalla.

—Está todo perfecto, Nora. No tienes de qué preocuparte.

La pequeña sala oscura se inundó de repente de un ruido alto y claro parecido al del galope rápido de un caballo. Identifiqué el sonido con el latido de mi corazón, y al escuchar la rapidez con la que latía, me di cuenta de lo asustada que estaba. De nuevo, las palabras del médico hicieron que afloraran las lágrimas de mis ojos.

—¿Escuchas eso, Nora? Es el latido del corazón de tu bebé. Está perfecto y con ganas de seguir creciendo en tu interior.

Cuando salí del ambulatorio, ya sin ningún dolor corporal, me sentía extraña. Saber que en mi interior se estaba gestando una vida humana me daba una sensación como de estar flotando.

Si tuviese que explicarte cómo me sentía, solo podría decir una palabra: feliz. Entre tanta mierda, la noticia de estar embarazada me había hecho sentir así. No me preguntes por qué, doctora Uweid. Yo no sé si tienes hijos o no, pero supongo que si los tienes, lo entenderás.

Supe diferenciar desde el primer momento a mi bebé de todo el sufrimiento y, sin dudarlo, di por hecho que ese pequeño ser solo podría haber sido fruto de los tantos y hermosos momentos que Héctor y yo pasamos juntos.

Hecha un asco y a la vez sin importarme nada me dirigí al despacho, pero cuando llegué estaba cerrado. Es posible que si hubiese estado al cien por cien de mis facultades, no habría ido a la oficina y mi siguiente paso habría sido el de irme a mi casa. Pero en vez de eso, llamé a otro taxi para ir a la de Héctor.

Al llegar vi su coche aparcado, por lo que di por supuesto que estaba en casa y, efectivamente, fue él quien me abrió la puerta.

—¡Nora! No esperaba verte, estás hecha un verdadero asco.

Esas fueron sus palabras de bienvenida, pero a mí no me afectaron. Entré como lo había hecho muchas otras veces y, como otras tantas, fui directa al comedor y me senté en el sofá. Sin hablar, él se sentó en frente de mí en una butaca. Su expresión era burlona, igual que su tono de voz al hablarme.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Estoy embarazada.

Lo solté sin más preámbulos y sin expresión alguna por mi parte. La carcajada que salió de su boca me dejó helada por unos momentos, pero el hielo se derritió enseguida para dejar paso a la rabia cuando, todavía riendo, me habló.

—¿Te has acostado con media ciudad y pretendes que crea que es mío y que me haga cargo?

Su risa, hiriente y descontrolada, me dio la fuerza suficiente como para despertar en mí la ira. Me levanté y fui directa hacia él, mirándolo a los ojos y gritando.

—¡No he venido por eso, maldito hijo de puta! He venido a decirte que voy a ser madre y que me alegro. He venido a decirte que por mucho que creas que me has ganado, aquí la única vencedora soy yo. Me has hecho el regalo más grande que puedo pedir y este, arrogante malparido, me lo has dado gratis.

La primera bofetada llegó de improviso. Casi me caí al suelo por lo fuerte que fue, pero me repuse enseguida y le devolví un puñetazo en la cara. Ese fue mi error, doctora Uweid. Debería haberme ido a casa y dejar las cosas como estaban. Dejar crecer a mi hijo en mi interior sin que él supiese nada. Pero en vez de eso ahí estaba, y encima me había permitido el lujo de pegarle.

La pelea poco a poco se volvió de un solo asaltante y, lógicamente, no era yo. Las bofetadas dieron paso a los zarandeos, los zarandeos me tiraron al suelo y, después de las primeras patadas, ya no recuerdo nada más.

Declaración interrumpida.

—¿Necesita descansar, doctora Uweid? —le preguntó uno de los policías a la psicóloga.

—Se lo agradecería.

Estaba entumecida y necesitaba estirar las piernas. Escuchar la historia por boca de la misma Nora ya había sido algo espantoso, pero ahora tener que desvelar y desnudar el alma de la mujer delante de unos completos desconocidos todavía le estaba resultando más duro.

—¿Puedo salir de aquí unos minutos, por favor? —les preguntó a ambos detectives.

Los dos se miraron como preguntándose el uno al otro si eso era posible. Finalmente fue el más veterano el que me respondió.

—No creo que haya ningún problema, doctora. De hecho estoy seguro de que no lo habrá. Si quiere nos vemos aquí mismo en... ¿media hora?

Asintió agradecida y se levantamos los tres. El mismo que le había hablado le abrió la puerta y la acompañó a los ascensores. Bajó en silencio entre una pequeña multitud de personas diversas que salieron en la planta baja. Hacía más de nueve meses que no fumaba, pero sin ni siquiera plantearse lo que estaba haciendo, se compró un paquete de cigarrillos en el primer bar que vio y, ya fuera, lo abrió casi compulsivamente.

La primera inspiración le produjo una tos terrible, la segunda un leve mareo y la tercera un extraño bienestar. Le quedaba por explicar el final de toda esta locura y su pecho recibió este pensamiento con un tremendo dolor.

La media hora pasó rápida. Volvió por donde había salido y entró en el mismo habitáculo sin ni tan solo llamar antes.

—Gracias —les dijo a los dos policías que ya estaban sentados y esperándome.

Sin más, continuó la historia.

Declaración de la doctora Yolanda Uweid; Expediente 256954. Toman declaración los detectives Casas (número de placa 658755) y Sarasa (número de placa 471236);

No podría decirle con exactitud, doctora Uweid, lo que sucedió en esos tres días en los que estuve en una semiinconsciencia. Recuerdo que la primera vez que abrí los ojos me di cuenta de que estaba en la cama de Héctor, en la que tantas veces yo le había amado de verdad pensando que él estaba haciendo lo mismo.

Estaba a media luz. La persiana no estaba subida del todo, pero vi que era de día. El cuerpo lo sentía ligero, casi podría decir que levitaba en un estado de bienestar incomprensible. No podía pensar ni hablar. Me volví a dormir enseguida.

Puedo asegurarte que esto sucedió otras tantas veces. Algunas era de día y otras supuse que era de noche porque no veía nada, solo un poco de luz por debajo del resquicio de la puerta. Algunas veces también escuché unas voces a lo lejos, pero no podría asegurarlo.

El tercer día sí que me desperté del todo. Noté en mi brazo una presión y eso me hizo abrir los ojos y girar la cabeza. De pie, junto a la cama, estaba Javier. Sin poder reaccionar del todo bajé la vista a mi brazo y vi que me estaba tomando la tensión.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en voz baja.

Mi pregunta debió sorprenderlo porque en su cara vi reflejada esa actitud. Se quitó de los oídos el estetoscopio y me miró. Su cara reflejaba esta vez una mezcla entre pena, miedo y culpabilidad.

—Hola, Nora. Ahora aviso a Héctor.

Mi cabeza quería responder que no, que no avisara a Héctor, que me explicara qué había pasado y me ayudara a salir de ahí. Pero mis fuerzas no respondieron a mis impulsos, y solo pude quedarme ahí, quieta, a esperar.

El ruido de la puerta al cerrarse me sobresaltó, pero aún más lo hizo el ruido de la misma al abrirse. Sabía que al girarme me encontraría con Héctor. Y así fue.

—Buenos días, bella durmiente —me dijo sonriendo irónicamente—. Has dormido tres días enteros. Estarás descansada…

—¿Qué ha pasado, Héctor? —logré preguntar temblorosa.

Doctora Uweid, por mucho que me lo hubiera intentado imaginar, nunca pensé que escucharía las palabras que me dijo a continuación.

—Ya no estás embarazada, preciosa. Ha habido problemas y tuve que llamar a Javier. Tranquila, nena, supongo que más adelante

podrás ser mamá, aunque no te lo aseguro. De todos modos eso ya lo decidirás tú, pero claro, el próximo no será mío.

Giré de nuevo la cara hacia el otro lado y, en silencio, lloré hasta que las lágrimas cesaron. Mi cabeza no podía entender tanta maldad, y por un momento pensé que todo era un sueño espantoso, que pronto me despertaría y nada de esto habría ocurrido.

Pero no fue así. Ni me desperté de esta locura ni me pude volver a dormir tan fácilmente. Supongo que en ese momento, sin tanto tranquilizante en mi cuerpo, el dolor se hacía notar de una manera más fuerte, pero en comparación al que sentía en mi alma, este era más que soportable.

Me levanté para ir al lavabo y, una vez de pie, noté como de mis intimidades bajaba un líquido que supuse sería sangre. Efectivamente lo era, pero mucha menos de la que yo esperaba. Me sentía un poco mareada. Volví a la cama y dejé que el tiempo transcurriera, aunque no tenía noción del mismo, y tampoco me importaba.

Me hago a la idea, doctora Uweid, que debes estar pensando que por qué en vez de volver a acostarme, no cogí mi ropa y me fui. Pues no tengo respuesta para eso. El destino, el saber que si me largaba iba a estar sola y enferma, qué sé yo… El caso es que ahí me quedé.

No puedo decirte a qué hora, pero al rato volvió a entrar Héctor con una bandeja de comida. Me había matado las esperanzas de ser madre, la ilusión de ser amada, pero por lo menos no me iba a matar de hambre.

Me incorporé en la cama, sintiendo un leve pinchazo en mi abdomen y, a la vez, él se sentó en el borde.

—Escucha, Nora, nos hemos dicho cosas tremendas, pero no quiero que te pongas enferma. Hemos estado cuidándote Javier y yo día y noche, y Javier ha sido muy cuidadoso con todo. No estás encerrada aquí, solo estoy esperando a que te pongas del todo bien y te dejaré marchar. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo económico para tu silencio. No te faltará de nada. Estoy dispuesto a arreglarte la vida, siempre que entres en razón.

—Yo no te he pedido nunca nada, Héctor, y no lo voy a hacer ahora —fue mi única respuesta.

Me acercó entonces la bandeja. Yo la cogí y me la puse en las rodillas. Estaba decidida a retomar fuerzas e irme cuanto antes.

No, no pongas esa cara, doctora. No puedes pensar que tú lo habrías hecho en ese mismo instante. Hasta que no se vive algo así no puedes decir lo típico de que de esta agua no beberé. Créeme.

Supe que Javier se había ido porque ya no volví a verlo más. Cuando acabé de comer, con una tranquilidad que me estaba asustando a mí misma, me levanté y me fui directa a la ducha. El agua, una vez más, limpió mis heridas dejándolas ir por el desagüe,

mientras yo miraba como los pequeños remolinos que se formaban también desaparecían.

El primer remolino fue por el amor que yo sentí en su momento por Héctor. El segundo remolino por una relación perfecta que solo existió en mi cabeza. El tercero… El cuarto… Así estuve, contándolos uno a uno, para que una vez fuera de la ducha, no saliera con ninguna herida de ella. No intentes entenderme, sería imposible.

Con la misma tranquilidad salí del baño y busqué mi ropa. Parecía que la habían lavado y planchado. Olía como solía oler Héctor por las mañanas, cuando llegaba a la oficina. Por un momento ese aroma me transportó a un tiempo que nunca existió y estuve a punto de llorar. Pero no lo hice. Simplemente me vestí y volví a sentarme en la cama, esta vez mirando hacia la ventana sin ver ni la ventana ni el mundo.

Escuché como se cerraba la puerta de entrada de su casa y luego como arrancaba el coche y se alejaba.

Había llegado el momento de irme yo también.

Solo me quedaba hacer una cosa: despedirme. Sí, ya sé que suena absurdo, pero en mi cabeza, para poder cerrar este capítulo para siempre, necesitaba una despedida.

Así que me levanté decidida a buscar por la casa una hoja y un bolígrafo para poder escribir de mi puño y letra lo que necesitaba sacar de mis entrañas para dar por terminado todo. Debía hacerlo. Lo necesitaba.

Abrí unos cuantos cajones mientras mi mente iba tejiendo las palabras que iba a escribirle a Héctor antes de desaparecer para siempre. No te escondo que, en algún instante, sentí incluso pena. En mi cabeza, en mi corazón, había sido tan feliz…

En el último cajón de un escritorio del comedor encontré lo que buscaba. Había llegado la hora definitiva del adiós. Pero cuando me disponía a cerrarlo de nuevo, hoja en mano, en una esquina, vi algo que de repente me dejó sin saber cómo reaccionar.

En mi cabeza empezaron a tejerse otros pensamientos que me hicieron cambiar, en cuestión de segundos, de opinión. Ya no iba a despedirme ni

a irme. Lo que veían mis ojos me hizo retroceder en mi decisión.

Volví a dejar la hoja en su sitio y la cambié por mi descubrimiento. Con él en las manos, fui a sentarme en el sofá y pensé si realmente era lo que quería. Después de casi una hora, decidí que sí.

Me levanté y fui a la cocina. Miré la hora y vi que apenas eran las cuatro de la tarde. Tendría tiempo de sobra para preparar una cena en condiciones y sorprender a Héctor. Quizás conseguiría que volviese a confiar en mí. Tenía que intentarlo. Ahora sabía que no había otro remedio.

Busqué en la nevera y en la despensa todo lo necesario para hacer una cena apetitosa que le resultara convincente. Ese era el primer paso para conseguir su perdón. Necesitaba que me perdonara por no haber aceptado su forma de ser.

Cuando tuve todo en el fuego y los olores empezaron a inundar la casa, busqué también algo para decorar la mesa. Todo tenía que ser perfecto. Íntimo y romántico.

Puse la mesa con mucho cuidado y dejé unas velas ya preparadas en los pequeños candelabros que encontré, listas para ser encendidas en cuanto escuchara llegar su coche. Volví a la cocina, apagué el fuego, pues la cena ya estaba lista, y pensé en arreglarme un poco.

No sabía si en el lavabo encontraría algo para maquillarme. Fui al baño y me miré al espejo antes de buscar nada. Realmente tenía muy mal aspecto. Como era de esperar, no encontré nada de pinturas, pero sí había cremas, un secador de pelo y cepillos.

Con tranquilidad, pues sabía que quedaba casi una hora antes de que llegara Héctor, me puse su crema por la cara y el escote. Volví a mojarme el pelo y, lentamente, me lo arreglé intentando hacerme un peinado parecido al que en su día a Héctor le pareció que me quedaba bien. Más o menos lo conseguí.

Con la misma tranquilidad volví a sentarme en el sofá a esperar su llegada. Cuando escuché el coche me levanté y encendí las velas. Volví al sofá y me senté. Detrás de mí, el sonido de las llaves en la puerta hizo que mi corazón se acelerara, así como los pasos de Héctor acercándose hasta donde yo estaba.

—Pensé que te habrías ido —me dijo mirándome confuso.

Levanté la vista para mirarlo a los ojos. Tenía el corazón desbocado y pensé que no me saldrían las palabras, pero no fue así.

—Por favor, Héctor… ¿podemos hablar unos minutos?

Todavía con esa expresión de sorpresa y asombro en su rostro fue a sentarse en uno de los sillones.

—Preferiría que te sentaras a mi lado—le dije.

Creo que antes de hacer lo que le estaba pidiendo dudó unos segundos, pero finalmente lo hizo.

—¿Y bien? —me preguntó.

Había llegado el momento más difícil de mi vida, pero tenía que intentarlo.

—Héctor, he estado pensando y… y no quiero que lo nuestro acabe… Por favor, escúchame sin interrumpirme y luego decides. ¿Lo harás, por favor?

Con un leve gesto de asentimiento me indicó que hablara.

—Te quiero, Héctor, no, es más que eso, te amo. No puedo irme y saber que no volveré a verte. Necesito que me toques, que me tengas. Necesito tocarte, sentirte, olerte… Sé que no podría vivir sin ti… Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas. Todo Héctor. Pídeme lo que sea y lo haré, pero no me abandones. Todo lo que ha pasado me lo he merecido, ahora lo comprendo. No he sabido entenderte ni complacerte, pero ahora ya lo he comprendido y no puedo imaginar vivir sin ti.

Su rostro cada vez estaba más confuso y le cogí las manos entre las mías.

—Por favor, te lo suplico, Héctor, perdóname. ¿Podrás perdonarme?

Sin esperar respuesta lo abracé y en su hombro empecé a llorar desconsoladamente. En un primer momento Héctor no se inmutó pero, para mi tranquilidad, sentí como poco a poco sus brazos me envolvían y una de sus manos subía hasta mi cabeza y me acariciaba suavemente el pelo.

Aparté mi cara de su hombro para buscar sus ojos y mirarlo

directamente. Con la misma mano que hacía unos instantes me acariciaba el pelo empezó a secar mis lágrimas y a acariciarme la cara.

—Te dije que tú habías sido la mejor de todas, y no me equivocaba, Nora. Eres increíble.

Mi corazón empezó a latir todavía más de prisa. Lentamente acerqué mi boca a la suya y cuando ambas se encontraron, nos besamos despacio, entrelazando nuestras lenguas.

Después de un beso largo y apasionado separé mi boca de la suya y lo miré de nuevo a los ojos.

—Dúchate y ponte cómodo, Héctor. He preparado la cena. Es la única manera que tengo ahora de demostrarte que estoy arrepentida.

—No te preocupes, cielo, ya llegará el momento de reconciliarnos a nuestra manera.

Se levantó del sofá para ir al baño y ducharse. Yo me quedé sentada, mirando cómo se alejaba y sintiendo por dentro la tranquilidad de haber conseguido su perdón.

Calenté un poco lo que había cocinado y lo serví en platos para llevarlos a la mesa. De vez en cuando sentía una punzada de dolor en mi bajo vientre, pero tenía que hacer el esfuerzo de seguir preparándolo todo para que fuera perfecto. Ya habría tiempo de descansar más tarde.

Cuando Héctor salió, ya con la ropa de estar por casa, vino a sentarse a la mesa. Yo destapé una botella de vino blanco fresca y le serví una copa.

—Siéntate, nena, no quiero que te pongas mala ahora —me dijo mientras tomaba un sorbo.

Me senté a la mesa y sonreí ante sus palabras de preocupación.

—Estoy bien, no te preocupes —le respondí.

—Huele todo muy bien, y tiene una pinta estupenda. ¿Brindamos?

—¿Por nosotros? —pregunté.

—Por nosotros —respondió chocando mi copa.

La cena transcurrió entre silencios largos y algunas palabras sin importancia. Parecía como si los dos tuviésemos miedo de hablar y romper el momento. Cuando terminamos con la cena, me dispuse a levantarme para recogerlo todo, pero Héctor me dijo que me sentara, que ya lo recogía él. Asentí agradecida y amontoné todo para que no tuviese que hacer demasiados viajes.

Fue al levantarse cuando las fuerzas le fallaron y volvió a tomar asiento.

—¡Vaya! Parece que el vino me ha hecho efecto… Estoy hasta mareado…

—¿Te encuentras mal? —le pregunté.

—No, solo algo mareado —me respondió.

Intentó volver a levantarse pero de nuevo no pudo.

—Debes estar cansado, cielo, has pasado por mucho estrés estos días. Será mejor que te acuestes y descanses —le dije.

Me levanté para ayudarlo a que se levantara él y lo agarré por la cintura para acompañarlo a la cama. Una vez ahí, le cogí las piernas y lo tumbé suavemente sobre las sábanas. Lentamente lo descalcé, y con la misma lentitud le fui quitando la ropa.

—¿Esto no es por el vino, verdad? —me preguntó mirándome y hablando de manera lenta y pastosa.

—No, cielo, no es por el vino —le respondí tranquilamente.

—¿Qué…? ¿Qué me has hecho, zorra?

—¿No lo sabes, cielo? —y mientras le hacía la pregunta, saqué de mi bolsillo lo que hace unas horas había encontrado en el cajón.

Se lo enseñé y Héctor intentó cogerme la muñeca, pero no tenía ni fuerzas para levantar el brazo.

—Lo encontré en un cajón y decidí usarlo como condimento para ti. Debía de estar bueno, pues te lo comiste todo. ¿Estaba bueno, cielo?

Supongo que su intención era la de decirme algo desagradable y ofensivo, pero las palabras ya suponían un esfuerzo demasiado grande para él.

—¿Sabes, Héctor? Te voy a contar un secreto, pero… Shhh… no se lo digas a nadie, ¿vale?

Como sabía que no podía responderme, continué.

—Hace unos meses, conocí a un hombre fantástico. Desde la primera vez que lo tuve en frente, tomando un café caliente, me sentí de una manera diferente a todo lo que nunca antes había sentido. Recuerdo que para describirlo en mis pensamientos solía usar la palabra terciopelo —sonreí ligeramente.— Este hombre me envolvió con sus besos, con sus caricias, con su cuerpo. No me importaban ni el dinero ni los lujos. Solo quería estar a su lado para amarlo y ser amada. El sexo, poco a poco, se fue convirtiendo en un acto de puro amor y entrega absoluta por mi parte, y creí que por la suya también y, aunque algunas cosas deberían haberme alertado, yo nunca quise verlas. ¿Sabes de quién hablo, cielo? —le pregunté sin apartar la vista de él.

Sus ojos expresaban odio y furia, pero su cuerpo seguía inerte y desnudo ante mí.

—Te amaba tanto, Héctor… Pero no sufras, ahora no te odio, solo me das pena.

Me levanté para ir a buscar algo en el cajón de la cómoda del otro lado de la cama. Cuando lo tuve en mi mano, se lo enseñé. Sus ojos se abrieron horrorizados y yo le sonreí. Volví a sentarme en el borde de la cama, a su lado, y le cogí un brazo. Sin dejar de sonreír, pasé el afilado filo del cuchillo lentamente, sin prisas, apretando lo justo, por su antebrazo. Empecé desde la muñeca y subí verticalmente unos veinte centímetros. La sangre empezó a brotar y dejé su brazo sobre las sábanas blancas.

Cogí el otro brazo e hice lo mismo. Una vez ambos brazos, sangrantes e inertes, estuvieron situados sobre las sabanas, me levanté. Mirándole a los ojos, sonreí.

—No temas, cielo, todo está bien. No me voy a alejar mucho. Solo voy a sentarme en la butaca, ¿sabes cuál, no? Voy a sentarme ahí en frente y voy a mirar cómo te desangras y mueres. No tengas prisa, cielo, y disfruta.

Dándome la vuelta, con pasos lentos, llegué a la butaca y me senté. Volví a buscar sus ojos para mirarlo sin perderme ni un segundo de la escena.

Poco a poco, vi cómo la vida se le escapaba. La sangre que brotaba de sus brazos iba creando dibujos extraños sobre las sábanas blancas.

Algunas gotas empezaron a caer también al suelo y estas parecían contar los segundos que iban pasando. Unas gota, un segundo. Otra gota, dos segundos… Tranquilamente volví a levantarme para ir hacia él antes de que cerrara los ojos para siempre. Acerqué mi boca a su oreja y le susurré.

—Lo has hecho de maravilla, cielo. He disfrutado como nunca.

Con una mano le bajé ambos parpados y, sin prisas, sintiéndome liberada, salí de su casa.

Llegué a la mía al cabo de varias horas. Había vuelto andando. Me desnudé, me metí en la cama y me dormí.

Cuando me desperté esta mañana, lo primero que hice fue buscar un psicólogo en el listín telefónico y, lamentablemente, encontré tu nombre, doctora Uweid. ¿Sabes? Ahora estoy realmente cansada.

Pueden ustedes entender mi asombro ante tal historia, detectives. En un primer momento no supe qué decir, pero antes de poder reaccionar, Nora continuó hablando.

—¿Te importa si me acuesto en este sofá? Parece tan cómodo…

—Por… por supuesto, Nora. ¿Quieres tomar algo? Puedo preparar café. Tengo una pequeña cocina en otra habitación —le pregunté.

—Te lo agradecería mucho —me dijo mientras se recostaba.

Me levanté para ir a la otra sala, donde por supuesto no había ninguna cocina. Lo que hice fue coger el teléfono y llamarles enseguida. Sin dar muchas explicaciones, di mi nombre y la dirección de mi consulta y, después de tan solo unos cinco minutos, diez como máximo, volví donde estaba Nora.

—Lo he dejado en el fuego, en cuanto suba el café te pongo una taza —dije mientras me acercaba de nuevo a mi silla y me sentaba.

Como no obtuve respuesta, me levanté y me puse en frente del sofá donde Nora parecía estar completamente dormida.

—¿Nora? —pregunté en voz baja.

Como no se movía volví a preguntar, esta vez alzando un poco la voz. En ese momento noté bajo uno de mis zapatos que había pisado algo. Era un sobre cerrado que seguramente se le habría caído al suelo a Nora cuando se recostó en el sofá.

Dudé en si abrirlo o no, y finalmente decidí que lo mejor sería despertarla antes. Volví a llamarla y, como no se despertaba, la zarandeé suavemente. Mi pánico fue en aumento cuando vi que no abría los ojos y enseguida busqué su pulso en las muñecas. Al no encontrarlo hice lo mismo en su cuello, y entonces lo comprendí.

¿Cuánto tiempo podía haber pasado desde que salí a llamarles? ¿Veinte minutos?

Les juro que sentí tal impotencia y tanto miedo que casi caí al suelo. Sin dejar de mirar a esa mujer, andando de espaldas, llegué a mi silla y me senté.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aún sostenía el sobre en mis manos y, en un acto reflejo, lo abrí y leí el contendido.

«Estoy muerta. He ingerido una dosis mortal de barbitúricos. Usted ya no puede hacer nada por mí. Me he informado bien, y tardan unas horas antes de hacer efecto. Creo, espero, que el tiempo justo para contarle mi historia.

Yo he decidido que mi vida acabara así. Soy la única responsable de no haberme dado cuenta de nada durante estos cuatro meses, y ahora sé que no podría vivir con ello a cuestas.

Héctor me quitó a mi bebé y con él se fue también mi vida. Al final de esta nota le dejo los datos de todas las personas que se cruzaron en esta historia. Tanto de los cómplices, como de Bárbara Ventura y de Hugo Soto. Supongo que ahora, con Héctor muerto, no tendrán miedo de hablar.

Le doy permiso para contárselo todo a la policía. No sé qué consecuencias le acarreará a usted el desvelar mi historia. Tampoco sé si estas consecuencias le valdrán la pena. Eso yo lo dejo a su elección, pero confío en usted y apelo a su humanidad.

Solo me queda darle las gracias por haberme escuchado.

Estoy en paz conmigo misma.

Nora»

—*El resto, detectives, ya lo saben.*

Declaración de la doctora Yolanda Uweid; Expediente 256954. Toman declaración los detectives Casas (número de placa 658755) y Sarasa (número de placa 471236); declaración concluida.

SEGUNDA PARTE

El principio del fin

Prólogo

El timbre del interfono la sobresaltó, y más aún cuando a su pregunta de quién era, le respondieron que eran agentes de policía.

Estaba espiando por la mirilla de la puerta, sopesando diferentes posibilidades por las cuales la policía podía ir a su casa un lunes y a las ocho de la tarde. Ninguna de las que se le ocurrían era buena.

El ascensor se paró en su rellano y de él salieron dos personas. Un hombre y una mujer que, tras buscar su puerta, se acercaron a ella y llamaron al timbre. Estaba nerviosa porque no sabía qué podía haber pasado. Sus padres estaban bien, los había llamado enseguida antes de ir hacia la puerta. Como si no pasara nada, solo para saludarlos.

—Buenas noches, señorita Ventura. Soy la detective Santos y este es mi compañero, el detective Muñoz. ¿Podemos pasar? —le preguntó muy amable.

—Sí, por supuesto, pasen... Perdonen, es que estoy nerviosa. No sé qué puede haber pasado — respondió ella mientras se retiraba un poco para dejarlos pasar.

Los guió hasta el salón y les indicó que se sentaran frente a ella, en el sofá.

—Lo comprendo, es lógico, y estamos acostumbrados a que nuestra presencia cause nerviosismo—sonrió el detective.

—¿Conocía usted al señor Héctor Valero? —preguntó la mujer policía directamente.

El cuerpo de ella reaccionó al instante. Se tensó mientras que por su mente iban pasando un sinfín de imágenes, que hasta hoy, creía olvidadas.

—¿Conocía? —logró articular—. Sí, lo conozco, ¿por qué?

—El señor Valero ha muerto. Por eso uso el verbo en pasado.

El choque fue tremendo y necesitó levantarse de la butaca. Caminó lentamente hasta la ventana, sintiendo los ojos analizadores de los dos detectives sobre su propia persona, y casi en un susurro, volvió a hablar.

—¿Cómo ha sido?

—Lo han asesinado —respondió la detective Santos.

—Comprendo. ¿No pensarán que he sido yo? — les preguntó sin girarse y todavía susurrando.

—No, tranquila. Ya sabemos quién ha sido. Hemos venido porque necesitamos su colaboración para esclarecer algunos hechos que han quedado pendientes. Su nombre salió en la carta que la asesina dejó antes de suicidarse ella también. Quizás la conocía. Se llamaba Nora Isis. Trabajaba como secretaria para el señor Valero.

Unas lágrimas intentaron asomar por los ojos de ella, pero logró

detenerlas a tiempo.

"Nora...", pensó.

—Sí, la conocía —fue su única respuesta.

"Nora..." Su cabeza parecía buscar entre los recuerdos la última vez que habló con ella y le dio la espalda colgándole el teléfono.

—¿Dicen que mi nombre salió en su carta de... en su confesión? —preguntó a los agentes todavía dándoles la espalda.

—En efecto. Hemos venido expresamente para solicitar su ayuda para esclarecer algunos puntos. Nos gustaría hacerle algunas preguntas mañana en la comisaría, si fuera tan amable de colaborar con nosotros.

—Sí, por supuesto. ¿Cómo sucedió?

Los dos agentes se levantaron al mismo tiempo y por fin ella se giró.

—Si le parece bien —, dijo la detective tendiéndole una tarjeta, —mañana por la mañana, sobre las diez, nos vemos en la comisaria. La ponemos al corriente de los hechos y usted responde a nuestras dudas.

—A las diez... Sí, allí estaré.

—Bien, entonces nos vemos mañana. No es necesario que nos acompañe. Buenas noches.

Los dos detectives se despidieron con un apretón de manos y escuchó como abrían y posteriormente cerraban tras de sí la puerta de su casa.

Todavía de pie, en medio del salón, dejó por fin que las lágrimas asomaran libres y recorrieran su rostro. Eran lágrimas de tristeza. Por Nora. Por ella misma. Fue a la habitación, y tras comprobar que su hija dormía plácidamente, volvió al salón y se sentó en el sofá.

Tuvo el presentimiento, en ese mismo instante, que esa noche no lograría dormir. La culpa y los recuerdos se lo impedirían.

●Capítulo 1●

Estuvo toda la noche dando vueltas sobre sí misma en la cama, alternando momentos de sueño ligero en los que se entremezclaban imágenes de una vida que creía olvidada, y otros momentos de completa lucidez. Mirando en la oscuridad, sin ver nada y sin poder imaginar qué trágico acontecimiento podría haber pasado para que las cosas acabaran así.

A las siete de la mañana, muerta de cansancio y después de llamar a sus padres para que se hiciesen cargo de Noelia, su hija, decidió levantarse por fin y prepararse para ir a la comisaría. Con un buen tazón de café recién hecho entre las manos, y sentada en la mesa del comedor, en silencio, se preguntaba, sin obtener respuestas, cuántas cosas debería revivir hoy, mañana y quizás otros días.

Sus padres llegaron antes de las nueve, así que tenía tiempo de sobras. Decidió vestirse cómoda e ir andando hacia su destino. Si no se equivocaba, tendría por delante unas diez manzanas. Tiempo suficiente para despejar sus ideas y, por qué no, incluso sus miedos.

—Buenos días —dijo a un policía uniformado al entrar en la comisaría—. Me llamo Bárbara Ventura. Tengo cita con los detectives Santos y… espere, no recuerdo el nombre del otro…

Antes de que encontrara la tarjeta en su bolso, el amable policía ya le había dicho que pasase a una habitación y que enseguida avisaría a los detectives.

Pensó que iba a estar sola esperando, pero su corazón dio un vuelco el mismo instante en que vio quién estaba también sentado en la estancia.

—Hola, Hugo.— No supo qué más decir.

—Bárbara… —dijo él levantándose y acercándose a ella para darle dos besos.

El contacto de sus caras volvió a transportarla a momentos maravillosos que todavía echaba de menos y ansiaba con locura. Cogiéndola del brazo, le indicó que se sentara en una de las sillas, a su lado.

—¿Sabes qué ha pasado? —le preguntó en voz baja.

—Del todo no. Sólo sé que Héctor está muerto.

El silencio se apoderó unos minutos de la estancia. Un silencio lleno de palabras no pronunciadas y de sentimientos que flotaban en el aire.

—Te he echado tanto de menos, Bárbara…

Su mano buscó la de ella y la encontró. Sus dedos se acariciaban de una manera lenta, como aquella primera vez.

—Yo también Hugo… No te imaginas cuánto — le respondió.

—Sí que me lo imagino. Necesito tanto besarte, hablarte, que me

hables, amarte…

Sus bocas, atraídas por el deseo y la necesidad de decirse todo sin hablar, se fundieron en un beso relajado. De esos besos que dos personas se dan cuando conocen perfectamente el lugar que están explorando. Lo conocen y lo anhelan como si de ello dependieran sus vidas.

—Disculpen. Lamento interrumpir—. La voz de la detective Santos los sacó de su momento y de su mundo. —Veo que se conocen…

La sonrisa de su cara, escrutando las suyas, les dio a entender a ambos que el día iba a ser largo.

—Si lo desean, podemos pasar juntos a la otra sala. Por mí no hay ningún problema.

Ambos se miramos, y una vez más, sin decirse una palabra, se comprendieron a la perfección. La detective los guió por toda la comisaría hasta una sala que estaba en el primer piso. Sentado, esperándolos, estaba también su compañero. Las miradas que los dos policías se intercambiaron fue una conversación muda.

"¿Qué pasa?"

"Nada, ya te contaré."

—Ante todo gracias a ambos por venir —dijo el detective Muñoz. —Antes de empezar, les pondré al corriente de los acontecimientos. Hace cosa de una semana, Héctor Valero fue encontrado muerto en su propia casa. Asesinado. Lo encontramos gracias a que su asesina lo confesó en una carta dejada en la consulta de su psicóloga, la doctora Uweid. En la carta, aparte de dejar claro la autoría del asesinato, también dejó escritos algunos nombres, entre los cuales estaban los suyos.

Ni Hugo ni Bárbara supieron qué decir a todo eso. Ella no entendía la razón por la cual Nora habría dejado escrito su nombre en una confesión de tal magnitud.

La detective Santos tomó el relevo.

—Antes de suicidarse, la señorita Nora Isis relató a la psicóloga una historia espeluznante y necesitamos corroborar algunos hechos con ustedes.

Hugo la cogió de la mano, intuyendo que las cosas se pondrían muy difíciles para Bárbara.

—¿Le parece bien que empecemos por usted, señor Soto?

—Sí, por supuesto. ¿Qué necesitan saber? —les preguntó Hugo.

—Bueno, para empezar, ¿de qué conocía usted al señor Héctor Valero?

—No lo conocía, en realidad. Nunca traté con él lo suficiente como para eso.

—¿Pero en algún momento sus vidas se cruzarían, no?

—Sí, así es. Se cruzaron a raíz de conocer yo a Bárbara.

—Bueno, ya llegaremos a eso más tarde — sentenció la detective. —¿Cuándo fue la última vez que vio usted al señor Valero?

—La última vez que vi a Héctor… sería hace dos meses más o menos. Iba acompañado de Nora.

—Perfecto. Sí, lo sabemos —dijo la detective.— Sabemos incluso que le ofreció su ayuda a la señorita Isis en algún momento de ese fin de semana.

Hugo agachó la cabeza ante esa afirmación. Bárbara comprendió enseguida que le había pasado lo mismo que a ella. Nora debió pedirle ayuda en algún momento y él no pudo brindársela. La culpa les acompañaría de por vida.

—¿Es así? —volvió a preguntar, esta vez el detective.

—Sí, así es —respondió Hugo.

—¿Por alguna razón en especial? —preguntó de nuevo ella.

—No… bueno… sí. Por intuición. Es muy largo de explicar.

—Tenemos tiempo, señor Soto. Por eso no se preocupe.

Hugo tomó aire y empezó a hablar.

—Creí que necesitaba ayuda. Eso es todo. Pero luego entendí que era mejor para su bienestar que me alejara de ella y que Héctor no me viera con Nora.

Hugo volvió a coger a Bárbara de la mano, en un intento mudo de decirle “tranquila, todo va a salir bien, estoy aquí, contigo”.

—Debo decirle, señor Soto, que si no fuese porque conocemos una parte importante de la historia, me vería obligado a pensar que usted, ustedes, nos esconden algo —pronunció tajante el detective.

—Bárbara y yo nos enamoramos.

—¿Es así señorita Ventura? —preguntó la detective.

—Sí —logró responder.

—¿Entonces son ustedes pareja? —preguntó ahora el detective.

—No. Sí. Bueno, a partir de hoy… espero que sí —dijo Hugo mirándola a los ojos.

—Perdonen, pero creo que se nos escapa algo — apuntó entonces la detective.

—Héctor nos tenía amenazados. No podíamos de ninguna manera estar juntos.

Las palabras de Hugo llegaron a los oídos de Bárbara y explotaron en su alma. Por unos segundos, el recuerdo del sufrimiento que había vivido, la había dejado sin aire para respirar.

—¿Necesita un descanso, señorita Ventura? ¿Un vaso de agua?

Por lo visto su cara debió reflejar su estado de ánimo y sus temores, porque ambos detectives se preocuparon enseguida por ella. Asintió con la cabeza a los dos ofrecimientos, y los detectives salieron de la estancia dejándolos solos a Hugo y a ella.

—Tranquilízate, Bárbara. Yo lo sé todo y ellos han de saberlo. Creo

que se lo debemos a Nora.

—Lo sé Hugo, pero va a ser muy difícil. No dejes de cogerme la mano. Te necesito tanto…

—No lo haré. No me iré nunca más. Ahora nadie nos impide estar juntos.

—Dios mío, Hugo, ¿sabes cuánto te amo?

—Sí, lo sé. Porque yo te amo igual o más.

Las lágrimas bajaron por el rostro de la mujer en el mismo momento en que los detectives volvían a entrar y se sentaban en frente, tendiéndole un vaso de agua. Sus caras reflejaban la curiosidad y el desconcierto que les habían provocado las palabras de Hugo y sus lágrimas.

Era inevitable. Había llegado su turno.

●Capítulo 2●

—Creo que debería contarles mi historia, detectives. Así a lo mejor podrán entender todo lo demás —dijo Bárbara en cuanto la miraron.

—Mi compañero y yo también lo hemos comentado, y creemos que sería lo mejor. No hay nada que investigar en este asesinato, pero nos ayudaría mucho comprender por qué las cosas terminaron así.

Hugo le apretó la mano una vez más y la instó con ese gesto a comenzar con su historia.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó sin mirar a nadie.

—Por el principio, Bárbara —respondió Hugo.

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

Llegué a la ciudad sin casi nada, escapando de una rutina que me estaba asfixiando. Vivía feliz en casa de mis padres, no me faltaba de nada y me sentía querida. Pero dentro de mí algo gritaba que necesitaba salir de ahí. Buscar mi lugar en otro sitio. No era tanto el independizarme, como el ver que los años iban pasando y mi vida se convertiría en algo insustancial si seguía en ese pequeño pueblo.

Gracias a Dios, tenía buenos estudios y me sentía preparada para encontrar pronto un buen trabajo. Ese es el sueño cuando se da un gran paso, ¿no? Pero la cruda realidad me azotó en plena cara cuando, al cabo de más de seis meses, mi dinero se había esfumado, y con él todas las posibilidades de una vida mejor.

Por suerte o por desgracia, mi orgullo se encargaba de imposibilitarme volver a casa de mis padres con la cabeza agachada y haciendo saber a todo el pueblo que la gran soñadora había despertado. Por supuesto mis padres me habrían aceptado de nuevo. No fue una salida de casa con un fondo malo. Ellos me apoyaron en todo y lo seguirían haciendo incluso si volvía sin nada.

La habitación en la que medio vivía era barata, y hasta ese momento podía pagarla, pero al mes siguiente sería algo imposible de llevar a cabo.

Esa mañana, como tantas otras, me limité a coger de nuevo mi chaqueta y el periódico, donde había destacado con un círculo rojo los trabajos que se ofrecían, y me encaminé con la misma determinación de siempre a dejar mis CV en todos ellos.

Cuando me hallé ante un imponente edificio de cristales oscuros, pensé que me gustaría mucho trabajar ahí, y me imaginé a mí misma

bien vestida y arreglada, cada mañana, atravesando esas puertas transparentes para ir a mi puesto de trabajo. El anuncio decía que se enviaran los CV por correo con una foto reciente, pero mi cabezonería me decía que era mejor presentarse directamente en el lugar y optar así a una entrevista enseguida.

La oficina estaba en uno de los últimos pisos. El trabajo era de secretaria para una empresa de informática y yo me sabía preparada para ese puesto. Cuando salí del ascensor y fui a la puerta de la empresa, me dije a mí misma que esta vez lo conseguiría. Llamé al timbre y esperé. La puerta se abrió con un chasquido y me encontré en una oficina que estaba presidida por un escritorio vacío.

“Me está esperando a mí”, me dije sonriendo.

Escuché unos pasos acercarse hacia donde me encontraba y mi corazón dio un vuelco al ver a un hombre impresionante frente a mí. Alto, atractivo hasta límites insospechables, y con una forma de caminar que daba a entender que estaba seguro de sí mismo.

—Buenos días. ¿Desea alguna cosa? —me preguntó ofreciéndome su mano y mirándome de arriba abajo con descaro.

Quizás eso me tendría que haber puesto a la defensiva, pero me sentí halagada y deseada a partes iguales. Sus ojos, de mirada profunda e incluso descarada, provocaban en mi interior algo extraño y desconocido.

—Vengo por el anuncio de un puesto de secretaria.

—Que yo recuerde, en el anuncio se dice que se envíen los datos por correo electrónico.

—Sí, lo sé. Pero…

Mi frase quedó incompleta al ser interrumpida por una del hombre que tenía enfrente.

—Bueno, ya que está usted aquí —, dijo poniendo su mano sobre mi codo—, vayamos a desayunar mientras le hago la entrevista.

Me dejé llevar hasta el ascensor y bajamos a la calle. Cruzamos el semáforo en cuanto se puso verde y me indicó que entrara en una cafetería. Nos sentamos en una mesa apartada y él llamó con un gesto a uno de los camareros.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó mirándome. Y antes de que respondiera a su pregunta, me formuló otra: —¿Podemos tutearnos, no?

—Sí. Un café, largo.

El camarero tomó nota del pedido, al que el hombre que me invitaba añadió unas tostadas para de nuevo fijar su mirada en mí.

—Bien. ¿Has trabajado antes como secretaria?

—Sí.—Mentí.

—¿Nociones de informática? ¿Contabilidad? ¿Estudios generales?

La entrevista continuó a lo largo de una hora entre bocados de

tostadas y sorbos de café. El hombre no apartaba la vista de mis ojos y yo me sentía intimidada por su forma de escrutarme. Me daba la impresión de que estaba mirando más allá de mis pupilas. Dentro de mí. Y no estaba muy segura de que no lo estuviese consiguiendo. Los únicos momentos en que apartaba la mirada de mis ojos era para hacer un recorrido descarado por la parte de mi anatomía que sobresalía de la mesa. Me gustaba ese descaro y de alguna manera casi lo deseaba.

—En fin, Bárbara —, me dijo mirando mi CV que ahora tenía entre sus manos—. Me llamo Héctor y soy tu nuevo jefe, siempre y cuando aceptes las condiciones laborales.

Me habría abalanzado sobre ese hombre en ese mismo instante. Si el supiese que iba a aceptar cualquier condición, ni siquiera se plantearía hablar de sueldos y horarios. Pero lógicamente, la conversación se decantó por ambas cuestiones y, tras ponerme al corriente de todo, decidimos que al día siguiente empezaría a trabajar a las nueve de la mañana.

—El contrato lo tendrás sobre tu mesa cuando llegues. Yo estaré fuera casi toda la mañana. Si te parece bien, podemos subir al despacho y te pongo un poco al día para que mañana no estés perdida del todo.

—Me parece bien. Gracias.

—No tienes por qué dármelas, Bárbara. Tienes un mes para demostrarme que no me he equivocado.

Subimos al despacho y entre unas cosas y otras, pasaron unas dos horas.

—¿Te apetecería comer algo conmigo? —me preguntó mientras cogíamos las chaquetas para irnos ya.

Sabía que no era una buena idea. No sé por qué, pero lo sabía. Pero tenía hambre. ¡Joder si la tenía! Había estado racionando mi dinero para poder llegar a final de mes sin acabar lo que había en la nevera compartida del piso y sin tener que pedirles nada a mis padres. Y además, para qué voy a mentirles, me sentía atraída por ese hombre de una manera extraña y deseaba estar con él.

—Sí. Por supuesto —respondí.

—Perfecto.

Esta vez no bajamos a la planta principal, sino que fuimos más abajo. Al abrirse las puertas del ascensor, vi que habíamos bajado al garaje. De sus manos salió un pitido que reconocí como el del mando a distancia de las llaves de su coche. Las luces de uno de tantos se encendieron y, abriéndome la puerta del acompañante, me subí.

—¿Alguna preferencia? —me preguntó cuando también él hubo subido.

—¿Cómo?

—Te pregunto si tienes alguna preferencia en cuanto a comida.
—No, me gusta todo.
El coche arrancó y salimos. Al cabo de una hora, me encontré sentada en una de las mesas de un restaurante famoso y de moda que regalaba unas vistas espectaculares de toda la ciudad. Comimos tranquilos y en ningún momento pensé que en realidad estaba compartiendo mesa con mi jefe. Fue un rato realmente agradable hasta que se ofreció a llevarme a casa. Mi duda era si pensaba que, por una comida y por un trabajo, yo debía pagar de alguna manera. Pero simplemente no pasó nada. Me dejó justo enfrente del portal de mi piso compartido y nos despedimos hasta el día siguiente mientras me entregaba las llaves del despacho.
—Llegaré a media mañana. Cualquier cosa que necesites, si no puede esperar a que yo llegue, puedes encontrarme en este número de teléfono — dijo alcanzándome una tarjeta de visita.
—De acuerdo. Hasta mañana.
—Hasta mañana.
Ya en mi pequeño cuarto, repasé mentalmente cómo me había ido el día, y fue entonces cuando me di cuenta de lo rápido y extraño que había sido todo. Me sorprendí a mí misma por haberle contado más cosas de mi vida de las que mis propios compañeros de piso sabían, pero estaba tan cansada que no le di más vueltas y el resto de la tarde lo pasé leyendo y encerrada en mi habitación. Salí solo por la noche para hacerme algo caliente en el microondas y, tras poner el despertador, me quedé dormida enseguida. Quizás si hubiese pensado un poco más… No sé. El caso es que no lo hice.
Los dos detectives se miraron unos segundos que parecieron eternos.
—Es una historia que nos es familiar —dijo ella sin dar más explicaciones.

●Capítulo 3●

Por la mañana llegué a la oficina y me puse enseguida a trabajar en los recados que Héctor me había dado el día anterior mientras comíamos. No tardé mucho en ponerme al día de cómo funcionaba la empresa y de cuáles eran mis cometidos. El teléfono sonó varias veces y una de ellas era justo él.
—Buenos días, Bárbara.
—Hola, buenos días.
—¿Todo bien?
—Sí, todo bien, gracias.
—Me alegro. En una hora y media estaré en el despacho. ¿Puedes quedarte hasta que yo llegue?
Miré la hora y fue cuando me di cuenta de que quedaba apenas una

para poder irme a comer, pero pensé que al ser el primer día, no era plan de decir que no a esa petición de alargar un poco mi horario laboral.

—Sí, no hay problema.

—Entonces perfecto. Nos vemos en un rato.

Colgó antes de poder despedirme y seguí con mi trabajo. Antes incluso de que pasara el tiempo que había dicho, Héctor llegó al despacho.

—Hola —dijo entrando y quitándose la chaqueta al mismo tiempo. —He hecho que te quedes para que me acompañes a comer.

Su tono de voz no daba lugar a rechazo, y mi estómago no estaba para desperdiciar ninguna ocasión. Desde la noche anterior que no había probado bocado y estaba hambrienta. No me planteé ni siquiera que eso de ir a comer continuamente con el jefe podría traerme problemas. Me apetecía comer, pero más aún estar con él. No sabría explicarles el motivo exacto, pero ese hombre era como un imán. Desprendía algo que de alguna manera me atraía y que hacía parecer que todo cuanto dijese fuese normal y apetecible.

—Llévate uno de los cuadernos que debe haber en el cajón. Deberás tomar nota de lo que se hable en la comida con el cliente con el que tengo cita. Te descontaré esas horas que tardemos en comer de las horas de la tarde.

El saber que iba a haber un cliente, siendo sincera, me desilusionó un poco. Pero esa familiaridad y normalidad en el trato me hizo pensar, sin darme cuenta, de que yo le interesaba también como mujer, y me gustó. Ahora, al saber que la razón de su invitación era por trabajo, me sentí algo tonta.

De todas formas, eso de ir a comer y trabajar no era algo que hubiésemos hablado en las clausulas de mi contrato, pero tampoco me parecía mala idea lo que me proponía de descontarme las horas luego. Así que tras coger mi chaqueta y él cambiarse la suya, nos fuimos juntos a un restaurante cerca del edificio del despacho.

El cliente venía del extranjero y parecía muy interesado en hacer negocios con Héctor. Preguntó precios y formas de llevar a cabo los trabajos informáticos que quería realizar en su empresa y yo tomé nota tanto de lo que preguntaba como de lo que se le ofrecía. Una vez acabada la comida, el cliente se despidió y quedamos solos Héctor y yo.

—¿Has tomado apuntes de todo? —me preguntó ofreciéndome un poco más de licor digestivo.

—Sí —respondí rechazándolo.

—Entonces mañana harás un contrato con todo lo que hemos acordado y lo revisaremos juntos.

El silencio se hizo algo pesado entre los dos, pues en cierto modo

no teníamos mucho de qué hablar aparte de trabajo. No sé si esto fue lo que justamente leyó Héctor en mi cara, pero el caso es que desvió la conversación hacia aspectos más personales.

—No quisiera entrometerme en tu vida, pero sabiendo lo que me contaste de que vives en un piso compartido, he pensado que quizás te vendría bien un adelanto de tu sueldo.

El ofrecimiento me pilló desprevenida y no supe qué decir. Era como si Héctor leyese en mi mente todo cuanto me hacía falta en esos momentos, pues yo estaba segura de no haberle contado nada sobre mi precaria situación financiera.

—¿Y bien? —insistió él.

—Bueno… La verdad es que me vendría muy bien…

—Me lo imaginaba.

De nuevo el silencio se hizo denso. Héctor aprovechó para pedir la cuenta y nos levantamos los dos a la vez. El contacto de sus manos sobre mi cuerpo al colocarme la chaqueta por detrás me estremeció. Y más aún cuando, sobre mi nuca, sentí su aliento mientras pronunciaba un "¿nos vamos?" casi íntimo.

—No es necesario que vuelvas al despacho por hoy —me dijo abriéndome la puerta del restaurante.

—Pero quedan cosas por hacer y…

—He dicho que no es necesario —insistió.

—Bueno, pues… gracias, supongo… Nos vemos mañana…

Sonó más como una pregunta, a pesar de no haberlo querido así, y enseguida obtuve la respuesta.

—Me gustaría cenar contigo esta noche. Si no tienes nada qué hacer.

La invitación estaba mal. Era mi jefe y un desconocido a la vez. Pero ese algo en él que me atraía con fiereza ganó la partida. Deseaba estar con ese hombre. Antes siquiera de pensarlo, acepté la invitación a cenar y, en cuanto llegué a mi cuarto destartalado, saqué toda la ropa de mi pequeño armario y busqué con desesperación algo qué ponerme para la noche.

Habíamos quedado en que pasaría a buscarme sobre las nueve, así que tenía tiempo de sobras para arreglarme. Mis compañeros me preguntaron dónde iba tan peripuesta una vez lo estuve, y sin dar muchas explicaciones, salí del piso para esperar a Héctor abajo. Llevaba más de seis meses viviendo con ellos y todavía no había hecho ninguna amistad importante en ese piso. El único hombre que había compartido conmigo algo más era Víctor, y ese algo más fue puro sexo, sin sentimientos.

No tengo reparos en decir que nunca he tenido problemas para practicar buen sexo cuándo y cómo me apetece, y aunque suelo ser una persona muy reservada, me desinhibo mucho a la hora de hacerlo.

A mis veintiocho años, sólo tenía una amiga de verdad. Núria. Sólo ella sabe todo, o casi todo de mi vida. Así como no tengo problemas con el sexo, sí los tengo con crear lazos emocionales.

Declaración interrumpida.

—Bueno, eso era antes, ahora ya no —dijo Bárbara mirando y estrechando la mano de Hugo.

—¿Podría explicarnos un poco mejor por qué se sentía usted tan atraída por el señor Valero? — preguntó la detective.

—Espere, por favor. Quizás con lo que le cuente ahora, puedan hacerse una idea —respondí.

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

Héctor llegó justo unos minutos después de bajar yo, y nos fuimos en su coche al mismo restaurante del día anterior. Su aspecto había cambiado un poco. Ya no parecía tan serio y arrogante, pero eso era todavía más peligroso. Su manera de mirar a través de esos ojos oscuros, su pelo peinado perfectamente, y su cuerpo, que parecía perfecto bajo una ropa no menos perfecta, me estaban haciendo dudar de si finalmente había sido una buena idea aceptar la invitación de cenar juntos.

Se me pasaba por la cabeza que sería capaz de ir mucho más allá si él me lo pidiese, y no podía permitirme perder el trabajo por un deseo incontrolado de mi cuerpo. Pero después de cenar y de nuevo aceptar otra invitación, esta de ir a tomar una última copa a su casa, me vi sin remedio entre sus sábanas arrancándole la ropa y dejando que él hiciese lo mismo con la mía.

No me había equivocado en lo que se refería a su cuerpo. Debajo de la camisa, pude comprobar un torso duro y con el justo vello que lo hacía todavía más irresistible. Mis manos acariciaban toda la piel que podían abarcar entre besos calientes y mojados. Mis pechos fueron los primeros en quedar al descubierto ante él, y mis pezones en punta y excitados, lo recibieron con un suspiro por mi parte.

Desabroché con nerviosismo sus pantalones y sin bajarlos siquiera, introduje una de mis manos para saber hasta qué punto él estaba excitado. Tenía casi una necesidad vital de sentirlo latir en mi mano, y cuando por fin lo atrapé, un escalofrío de placer me recorrió entera al notar la erección. Sus dedos jugaban también en mi sexo atrapados entre la tela de mi ropa interior y de un solo gesto, me la bajó y quedé completamente desnuda.

Todavía con sus pantalones enroscados a la altura de sus rodillas, se puso encima de mí y me separó las piernas introduciéndose dentro y empujando con fuerza. Lejos de sentirme invadida, mis caderas lo invitaron a ir más adentro.

Rodeé con mis piernas las suyas y, con los pies enredados en el cinturón y los pantalones, empujé a la par de sus envestidas. Me dejé ir justo después de que él lo hiciera, y ambos nos quedamos tumbados boca arriba jadeando.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había pasado realmente y casi sentí vergüenza. Acababa de tener sexo con mi jefe. “Fenomenal, Bárbara”. Pero por otro lado, no es una cosa que ya no hubiese hecho otras veces. No con un jefe, pero sí con un hombre. Si me ha gustado y lo he deseado, me he acostado con él la primera noche sin arrepentirme ni sentirme sucia.

¿Por qué debería? Como ya les he dicho, el sexo para mí es algo normal. La única diferencia en este caso era que Héctor era mi jefe. Y como si leyera mi mente, este se giró apoyando su cabeza en una de sus manos y me habló.

—¿Arrepentida?

—No, no es eso, es que… —dejé la frase a medias. No sabía muy bien qué decir.

—¿Es porque soy tu jefe y apenas me conoces? —me preguntó con una sonrisa casi burlona.

—Sí, algo así.

—No te preocupes. En cuanto entraste por la puerta pidiendo el trabajo, pensé en hacerte lo que justamente hemos hecho. Sólo que pensé que me costaría un poco más —dijo volviendo a sonreír.

—¿Cómo? —pregunté ofendida por sus palabras.

—No te lo tomes a mal, cielo. Ha sido fantástico. ¿A ti te ha gustado?

Su pregunta me distrajo, y en vez de insistir en preguntarle a qué se refería con eso de que pensaba que iba a costarle un poco más, reaccioné por instinto cuando su mano acarició de nuevo mi sexo.

Declaración interrumpida.

—Escuchen, detectives. No puedo disimular que el sexo nunca ha sido un tabú en mi vida y no me importa lo que piensen. Lo hice y punto —dijo Bárbara con la voz temblorosa y con vergüenza de mirar a Hugo que no le había soltado la mano.

—Nosotros no la estamos juzgando, señorita — dijo el detective mirando a Hugo como haciéndole entender que en todo caso el que debería juzgar la clase de mujer que era, era él.

—No es necesario —respondió por ella Hugo. —Sus miradas ya lo

dicen todo.

—Mire, Bárbara —, habló en ese momento la detective mirando mal a su compañero. —No necesitamos que nos cuente nada que no quiera contar. Nosotros solo necesitamos…

—Es lo típico en los hombres —interrumpió de Bárbara. —A todos les gustan las mujeres liberales, sin vergüenzas ni tapujos. Pero luego, cuando se encuentran con una en frente, solo se les ocurre mirarla y pensar en ella como una cualquiera.

—Oiga, señorita Ventura. Nosotros no la hemos obligado a contar nada. Si usted no quiere…

— ¡Es que necesito contarlo! —Gritó Bárbara de repente. —¿No lo entienden? Necesito contarlo para que entiendan por qué di de lado a Nora. Si no lo hago, no podré seguir con mi vida junto a Hugo. ¡Necesito soltarlo y ser juzgada si es necesario!

—Tranquilízate, Bárbara. Yo lo sé todo… No tienes que…

—Sí. Sí tengo que contarlo. No quiero que Nora quede como una asesina. ¿Lo entiendes, verdad, Hugo? Nora nos ha liberado. Nos ha dado una segunda oportunidad. Es necesario que se sepa quién y cómo era Héctor.

—¿Pueden darnos unos minutos a solas, por favor? —preguntó Hugo a los dos detectives.

Estos, sin articular palabra, se levantaron de sus asientos y salieron dejándolos solos.

—Escucha, Bárbara. Ellos ya tienen una idea bastante clara de todo. No es necesario, de verdad. No lo es.

—Pero yo lo necesito, Hugo. Sé que para ti, escuchar de mi boca, tan brusca y claramente todo lo que he hecho, debe ser muy difícil. Si quieres irte, o dejarme, lo entenderé.

—¿Irme? ¿Dejarte? Yo no soy nadie para juzgar tu pasado. Yo solo puedo vivir en tu presente, y en tu futuro, si me dejas. Puedo escuchar todas y cada una de las palabras que digas. Si ese es el camino para salir de aquí, juntos y liberados, lo haré. Y con mucho gusto. No olvides que yo también he de expiar mis culpas. Tengo tantas como tú.

—Entonces déjame contarlo. Será duro para los dos. Pero como tú bien dices, es necesario dejar esta porquería aquí y salir libres de culpas para empezar de cero.

Hugo posó una de sus manos en su cara y secó una lágrima. Apartó un mechón de pelo que caía justo en medio de su rostro y la besó con ternura.

Los detectives, tras llamar a la puerta, asomaron justo cuando sus labios se separaban.

Tomaron asiento y continuó.

●Capítulo 4●

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

Todo pasó muy rápido. Esa misma noche ni siquiera volví a mi casa a dormir. Por la mañana, cuando me desperté, Héctor ya se había ido y me había dejado una nota diciéndome que me sintiera como en mi casa. Pude ver entonces lo grande que era la suya, con un salón enorme con ventanales, una cocina completamente nueva y equipada… En fin, una casa lujosa.

Mientras me vestía, tras ducharme en un inmenso cuarto de baño, me pregunté a mí misma si este paso no era algo más que simple sexo. Que me invitara a su casa y que luego me diera libertad plena para estar en ella hasta ir al trabajo, parecía algo más que solo eso. Sí, supongo que era pronto para pensar así, pero Héctor te sabía llevar a su terreno. Te estudiaba en muy poco tiempo y parecía encontrar los botones perfectos que encendían los pensamientos.

No sé cómo explicárselo mejor, detectives. Parecía jugar en tu cerebro y que todo cuanto sucediera lo vivieras como algo normal.

Me fui a trabajar y llegué a mi hora, y así pasaron por lo menos cinco días antes de volver a tener un encuentro sexual con él. Y les aseguro que no fue por falta de ganas por mi parte, pero él era así. Primero te daba un terrón de azúcar y luego dejaba que el recuerdo del sabor se consumiera por completo hasta desear más casi de una manera enfermiza.

Además, aparte de todo esto, no hay que olvidar que jugó bien sus cartas también en lo referente a mi situación financiera. Ya me había dado un anticipo de mi sueldo y con este pude llenar mi precaria nevera compartida. Parecía que mi vida había dado un giro inesperado y que todo me estaba empezando a ir de maravilla. Haciendo cálculos, hasta pensé que en poco tiempo podría irme de ese piso y alquilarme uno para mí sola. Si pasaba el mes de prueba, eso sería posible. Y estaba tan segura de ello, que ya había mirado algunos apartamentos que estaban en alquiler cerca de la oficina.

Justamente estas cosas eran las que le estaba explicando a mi amiga Núria, sentadas en una cafetería de la ciudad.

—Es una locura, Núria, lo sé, pero por Dios que ya me lo merezco.

—Chica, ¿qué quieres que te diga? A mí nunca me ha pasado nada igual, así que me pones los dientes largos con esta historia.

—¿Entonces no crees que me he precipitado?

—¡Qué dices! Aprovecha el momento y déjate llevar. Eres libre de hacer con tu vida lo que te plazca, no le estás haciendo daño a nadie.

—Ya… pero es la típica historia que cuando te la cuentan piensas que…

—Pues no pienses —me interrumpió.

Y eso hice, no pensar.

Esa tarde había quedado con Héctor en vernos para cenar. Mi armario no era lo que se dice muy amplio en vestimenta, así que le había pedido a mi amiga que me acompañase a comprar ropa. Estuvimos en varios lugares y al final acabamos en el centro comercial de las afueras donde compré un vestido y unos zapatos de tacón.

Volví a casa sola para arreglarme, y a las nueve en punto, Héctor llegaba a buscarme. Pero no habíamos quedado a esa hora, lo habíamos hecho media hora más tarde. Así que tras la sorpresa de verlo aparecer en mi piso compartido, lo hice pasar a mi cuarto y ahí estábamos, sentados en mi cama, en ese espacio tan reducido que hasta me daba vergüenza.

—¿No has pensado en trasladarte a un piso tú sola? —me preguntó él mirando las cuatro paredes con un gesto indescriptible en su cara.

—Claro, ¿no pensarás que vivo aquí por gusto, no?

—Eh… tranquila, nena. Solo lo digo porque esto es bastante… no sé, ¿penoso?

—Oye, Héctor. Si has venido antes para reírte de mi habitación o de mí, podías habértelo ahorrado —respondí ofendida y casi humillada.

Al fin de cuentas no era mi pareja para tomarse esa libertad de criticar mi cuarto. Pero me ofendía como si lo fuera. Ni siquiera sabía qué era exactamente ese hombre en mi vida.

—Bah… Salgamos de aquí —dijo cogiéndome del codo.

Estaba molesta por su actitud, pero no lo suficiente como para que mi orgullo saliese a flote. Además, para qué engañarme, su aroma, su mirada, su forma de hablar… Era superior a cualquier otra cosa.

Esa noche fuimos a cenar a un restaurante italiano de la zona. En un primer momento me sentí incómoda por la breve conversación anterior. Pero poco a poco el ambiente entre nosotros se fue distendiendo y a la hora de los cafés ya estábamos completamente relajados.

—Escucha, preciosa. No me gusta que vivas ahí.— Fui a protestar pero me hizo un gesto para que le escuchara antes de decir nada. —Quiero que mi secretaria, y mi pareja, viva cómo y dónde se merece.

—¿Tu pareja?

—¿No quieres ser mi parejita, princesa?

Sonaba a burla, pero me gustó. Me gustó pensar que eran ciertos mis pensamientos. Sí que había algo más que sexo, y me sentí bien en esa mentira. Pero claro, eso yo no lo vi. No me di cuenta de que era

mentira. Sus palabras me envolvieron los ojos y yo me dejé cegar.

—Me gustaría que vivieras en un sitio para ti sola. Podemos mirar de llegar a algún acuerdo económico para que puedas hacerlo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Teniendo en cuenta que no nos conocemos mucho, pero espero conocerte del todo, podría asegurar que tú también quieres seguir probando.

—¿A qué te refieres?

—Me gustas y quiero saber más de ti. A todos los niveles. ¿No es así como se empieza una relación?

—Creo más bien que antes se conocen y después se decide ir más allá.

—¿Es un problema para ti haber empezado al revés? No me lo pareció la otra noche…

—No. No es un problema. ¿Lo es para ti que no lo sea para mí?

—Para nada, cielo. Me gusta probar las cosas antes de adquirirlas.

—¿Adquirirlas? Te estás pasando un poco, ¿no crees?

—Es un modo de hablar, nena. No seas tan tajante.

Con esta conversación extraña, que yo no entendí del todo hasta que fue demasiado tarde, se nos pasó el rato y me olvidé del posible acuerdo al que hizo mención antes. Fue él quien volvió sobre el tema mientras tomábamos el café.

—Te decía antes, que podríamos ampliar un poco más tu sueldo.

—Y yo te dije que cómo.

—Ya sabes que tengo muchos clientes. Has visto la lista de ellos y es muy amplia.

—Sí —afirmé curiosa y sin saber a dónde quería llegar.

—Algunos de ellos vienen de otras ciudades, incluso del extranjero, como el del otro día. A veces se quedan justo para la reunión, pero otras veces también aprovechan el viaje para conocer el lugar.

—Ajá…

—Podrías ser una buena guía turística para ellos durante su estancia y te pagaría por esas horas extras de trabajo.

Supongo que mi cara respondió por sí sola.

—Eh, nena, no es lo que piensas. Solo salir con ellos a cenar, enseñarles algunos sitios de interés. Nada más.

—¿Seguro?

—Claro, preciosa. Piénsatelo y ya me dirás si aceptas o no. Ahora tengo otras cosas mejores en mente para ti esta noche.

—¿Ah sí? —pregunté pícara.

Héctor tenía ese poder. Sabía perfectamente cambiar de tema y ofrecerte algo que no podías rechazar, con solo una mirada y un tono de voz.

—Acércate a la mesa, quítate un zapato y pon el pie en medio de

mis piernas —me susurró.

Las mesas del restaurante tenían esos manteles que llegaban hasta casi el suelo y lo que se hiciera bajo ellas quedaba totalmente escondido. Sentada frente a él, hice lo que me pidió y la planta de mi pie aterrizó suavemente sobre su dureza. Estaba excitado y lo noté enseguida. Mis ojos buscaron entonces los suyos y en ellos hallaron una mirada lasciva que me abrió un apetito íntimo en cuestión de segundos.

Mi pie seguía acariciando ese lugar duro, apretando un poco, y Héctor cerró sus piernas atrapándolo, y de ese modo darse, quizás, más gusto. Bebió un sorbo de café sin dejar de mirarme y abrió sus piernas liberando mi pie.

—Cámbiate de silla, nena —me dijo señalando la que tenía al lado.

Me calcé el zapato y me levanté para volver a sentarme, pero esta vez a su lado. La mano que él tenía libre, bajó poco a poco a mis rodillas y se escondió bajo el mantel rojo. Lentamente, con la yema de los dedos, subió la tela de mi vestido y se introdujo entre mis bragas.

—Estás mojada, nena —me dijo sin apartar la mirada de la taza de café que sostenía en la otra mano.

Dejé escapar un sonido de placer sin querer, al notar como uno de sus dedos entraba en mi interior haciéndome abrir las piernas instintivamente. El dedo jugaba entrando y saliendo y haciendo que mi humedad se incrementase por segundos. Noté mis pezones como se ponían rígidos y casi sentí la necesidad de rozarlos con la mesa o de tocármelos directamente yo misma.

Un calor que estaba segura que se empezaba a dibujar en mis mejillas me obligó a acercar mi mano a mi boca y morder uno de mis dedos. En ese momento el dedo ya había empezado una danza circular sobre mi pequeño bulto hinchado y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no mover mis caderas.

—¿Te gusta? —me preguntó con voz ronca sorbiendo un poco más de café.

—Sí —logré susurrar.

—¿Quieres que siga?

—Sí —dejé escapar en un sonido casi inaudible de entre mi mano, que ahora tapaba completamente mi boca.

Fueron dos dedos los que entraron de golpe en mí esta vez, y yo solo era capaz de tragar una saliva ya casi inexistente en mi garganta. La excitación del deseo húmedo de mi entrepierna y el morbo del momento, me estaban dejando completamente con la boca seca. De repente, sacó sus dedos y subió su mano a su cara para olerlos mientras me miraba.

—Mmmmm… —dijo lamiendo uno de ellos. —¿Nos vamos?

El coche estaba en el parking subterráneo del mismo restaurante.

Dejó el dinero sobre la mesa y nos levantamos para ir en su busca. Todavía con el corazón desbocado y la boca seca, sentía como mi humedad, lejos de desaparecer, iba en aumento. Sin hablar, alcanzamos el lugar de estacionamiento y entramos en la parte de atrás del coche.

Me moría de ganas de tenerlo en mi boca y así lo hice. Desabroché con rapidez la cremallera de sus pantalones y lo atrapé con una voracidad extrema. Mis envestidas en su miembro hinchado eran hambrientas y su mano sobre mi cabeza, acompañando cada una de ellas, hacía que lo notara hasta el fondo de mi garganta.

—Sube —me ordenó con voz ronca.

No lo pensé ni un segundo y apartando a un lado de mi sexo mis bragas, sin ni siquiera quitármelas, cogí el suyo y lo hice entrar de una sola vez en el mío. Su lengua se paseó por mi cuello apretando y quemándome con el deseo que desprendía, y luego me mordió fuerte la clavícula a la vez que se convulsionaba en un orgasmo dentro de mí. Me apartó bruscamente para apoyarme la espalda a los asientos delanteros y, sin salir de mí, empezó a tocarme por fuera mientras yo seguía moviéndome con furia. Llegué a un orgasmo que me produjo sacudidas en todo el cuerpo y no pude remediar gemir sin control.

Los cristales estaban empañados y el coche olía a sexo.

Declaración interrumpida.

—Necesito descansar —les dijo Bárbara a los detectives apartando su mirada y tapándose la cara con ambas manos.

Los dos detectives asintieron y salieron del habitáculo.

—Hugo, esto no puede ser bueno para ti, para nosotros. Preferiría que te fueras.

—No voy a irme a ningún sitio. Es tu pasado, no es nuestro presente. Sé que es difícil que ellos lo entiendan. Pensarán que qué coño hago aquí sentado escuchando todo esto, pero sé que es necesario para que comprendan quién era Héctor y como jugaba con las emociones. No te juzgué en su momento, y no voy a hacerlo ahora.

—Me siento avergonzada…

—No hay razón para ello. Yo todo esto ya lo sé. No temas, Bárbara. Pronto te sentirás liberada, y yo también. No olvides que todavía no saben nada de mi historia.

●Capítulo 5●

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

Los días fueron pasando y yo cada vez me estaba metiendo más y más adentro de esta espiral veloz que me arrastraba a un mundo sin complejos y lleno de nuevas sensaciones. Los encuentros sexuales entre Héctor y yo eran diferentes cada vez y siempre en los lugares menos tradicionales. Esto estaba haciendo que me preguntara a mí misma si me estaba enamorando irremediablemente de todo cuanto significaba estar con ese hombre.

A veces a mi pregunta me respondía que no, que no era amor lo que sentía, simplemente era la adicción al morbo que había despertado él en mí. Otras veces, en cambio, dudaba de mis propios sentimientos. Hay una frase que lo resume perfectamente: *Dibuja un círculo, acarícialo, y se convertirá en un círculo vicioso*. Eso mismo me estaba pasando a mí.

Mi círculo era Héctor, la oficina, Héctor, su casa, Héctor, el morbo, Héctor… Héctor… Héctor… Yo acariciaba este círculo día a día y sin darme cuenta se convirtió en un círculo vicioso del que no podía escapar. Completamente atrapada y feliz en él. Me gustaba mi trabajo, me gustaba él, y me gustaba como me hacía sentir con sus deseos y estallidos sexuales continuos.

Supongo que él mismo tuvo que darse cuenta de cuan reducido era mi mundo emocional y amistoso, y supo aprovecharse de esa falta íntima que en el fondo yo misma sentía.

Exactamente no sé cuántas semanas pasaron desde la primera vez que hablamos sobre lo de hacer de acompañante para algún que otro cliente, pero llegó el día en que eso pasó.

—Nena —, me dijo acercándose a mi mesa. —Mañana llega un cliente para una transacción importante y se quedará dos días en la ciudad.

Como más o menos me imaginaba cuál iba a ser la continuación de ese discurso, me puse algo tensa.

—Le he dicho que cuando llegue irás a buscarlo al aeropuerto y pasarás el día con él. Puedes llevarlo a ver algún lugar interesante, luego a comer, y por la tarde ya verás tú misma lo que mejor se tercie. Pagará muy bien y tú te llevarás una buena parte, además, así al día siguiente estará encantado, aceptará, y firmará lo que le proponga.

—Héctor, yo… Ni siquiera lo conozco y no sabría ni de qué hablar.

—No te preocupes, nena. Yo sé que lo harás muy bien.

—¿Le has dejado claro que sólo soy una acompañante sin derecho a ningún tipo de roce, no?

—Eso no lo hemos hablado, cielo. Además esa decisión corre de tu parte.

La sangre se me heló y tuve la fuerza suficiente para levantarme casi de un salto de la silla y encararme con él.

—¿Qué acabas de decir? ¿Me estás diciendo que si me propone algo más a ti no te importaría? ¿Y si lo aceptara, qué? ¿Luego no me lo echarías en cara?

En dos pasos se puso a mi altura y me obligó a apoyarme contra la pared. El espacio entre los dos se redujo a nuestras ropas y, en un susurro acompañado de un paseo de su lengua por mi oreja, me habló lentamente.

—Solo son negocios, nena. Tú decides hasta dónde quieres llegar. A mí no me preocupa porque sé que lo que a ti te gusta y deseas es solo esto.

Una de sus manos bajó hasta mi entrepierna y, abierta y firme, acarició mis intimidades mientras me mordía el cuello fuerte, casi haciéndome daño. Sin quererlo dejé escapar un gemido y Héctor rió.

—Sé que te gusta y que no renunciarás a ello — repitió mordiéndome ahora el lóbulo de la oreja.

—Déjame, Héctor.

Pero mis palabras no sonaron convincentes ni para mí. Lo que me estaba diciendo era cierto. Me gustaba y lo deseaba. Era una droga que ya había entrado en mi sangre y sentía como la necesidad de ella me hacía desvariar en cuanto sus dedos, su aliento o sus labios, apenas rozaban algún punto de mi cuerpo.

—Esta tarde irás a comprarte ropa para mañana, y mañana estarás a disposición de mi cliente—. Su mano seguía masajeando y su aliento me producía escalofríos en la piel. —Pase lo que pase me lo contarás todo.

Las palabras dolían, pero a la vez me excitaban porque él estaba excitado diciéndomelas y, no sé… ya no me parecía tan tremendo lo que me estaba proponiendo.

—Ahora dame lo que quiero.

Y se lo di. Se lo di ahí, de pie y furiosamente. Furiosa por el deseo, furiosa por la propuesta, furiosa conmigo misma por dejarme llevar.

El encuentro con el cliente, con mi ropa nueva y mi mejor sonrisa, al final fue muy agradable y tranquilo. El hombre en cuestión era muy educado y guardó las distancias en todo momento, haciéndome sentir cómoda durante todo el día.

No pasó nada de lo que me pueda avergonzar y al día siguiente la reunión fue fenomenal. Por ese día como acompañante recibí una

cantidad sustanciosa de dinero, aún teniendo en cuenta que una gran parte del total se lo quedaba Héctor.

Las ganas de independizarme y de vivir mejor, me hicieron hacer cuentas en mi cabeza y me percaté de que se podrían hacer realidad muchas cosas si esto sucedía más a menudo. Quizás el error fue compartir mis ideas con Héctor, o quizás él simplemente ya sabía que yo iba a hacer esas cuentas en mi cabeza y que eso me cegaría.

No hablo de dinero, entiéndanme. Hablo de un piso para mí sola, de no tener que pensar en cómo llegar a final de mes… Hablo de una vida en condiciones, o por lo menos así lo quise ver yo. Por supuesto el mes de prueba lo había pasado con creces y me hizo un contrato de un año renovable.

El mes siguiente tuve que acompañar a cuatro clientes más, y no voy a esconder que habría acompañado a otros diez, puesto que no sentía que estuviese haciendo otra cosa que de guía turística, cobrando una parte muy importante por ello.

Tanto, que me decidí enseguida por ir a ver uno de los pisos a los que ya les había echado el ojo. Fuimos juntos Héctor y yo, y tras visitar unos cuantos, al final me decidí por un ático pequeño pero muy acogedor en un edificio cercano al del despacho. Hablé con la inmobiliaria para poder trasladarme cuanto antes y así lo hice.

Por fin, desde que había salido de casa de mis padres hacía ya casi un año, estaba consiguiendo lo que tanto había soñado. Un trabajo, un piso, una vida. Además en ella cada vez se estaba enredando más Héctor, y yo prefería no profundizar en ese hecho, no fuera a ser que no me gustase lo que descubriría si lo hiciese.

Mi amiga Núria fue a la única que invité, aparte de Héctor, el sábado por la noche en el que decidí estrenar a lo grande mi nuevo hogar. Lamentablemente, por lo menos en ese momento lo lamenté, Héctor no pudo venir y estuvimos solas mi amiga y yo.

—Es estupendo, Bárbara. Me encanta. No es muy grande pero es muy acogedor. Me chifla, de verdad —me dijo mi amiga después de enseñarle todo el ático.

—A mí también me encanta. Cada vez que entro por la puerta me paro y miro todo, y me parece increíble que por fin lo haya conseguido. Casi no me lo creo todavía, si no fuese por las facturas que aún tendré que pagar durante un largo tiempo. Me he endeudado hasta las cejas: muebles, alquileres de garantía, accesorios… Pero… Ufff, soy muy feliz.

—Bah… no pienses en eso ahora. Con tu trabajo lo pagarás de sobras.

—Eso espero. Aparte como también hago eso que te expliqué de acompañar a los clientes, lo cierto es que no creo que vaya a tener problemas de liquidez.

Servimos las dos la cena en la mesa del comedor y pasamos una velada muy agradable hablando de nuestras vidas. Sobre la una de la madrugada, Núria ya se fue a su casa, y yo me quedé sola admirando todo lo que me rodeaba. Me hubiese gustado que Héctor hubiese podido venir, pero también tenía claro que iban a haber muchas otras ocasiones para invitarlo a estar en mi piso.

Mi piso… Era cierto que había tenido muchos gastos para decorarlo a mi gusto y con todo, o casi todo, lo que siempre había soñado, pero valía la pena.

A la mañana siguiente me despertó el teléfono.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal anoche?

—Buenos días, Héctor. Muy bien. Te eché de menos anoche—respondí desperezándome.

—¿Qué te parece vernos hoy? Hay un amigo mío con el que he quedado y me gustaría presentártelo. Te recojo sobre las doce.

Me di cuenta de que la primera pregunta había sido una formalidad, puesto que ya daba por hecho que al mediodía vendría a buscarme, pero no me importó. Tenía muchas ganas de verlo y, aunque me apetecía más estar a solas con él, también me pareció importante que quisiera presentarme a sus amistades.

El amigo en cuestión se llamaba Eduardo. Era un hombre muy simpático y muy atractivo. Después de ir a comer los tres a un restaurante a las afueras de la ciudad, decidimos ir a casa de Héctor a pasar la tarde.

Todo pasó muy rápido y todavía no sé encontrarle una explicación. Quizás fueran las copas de más, el ambiente que se fue creando, las insinuaciones… No lo sé, de verdad que no lo sé. Pero acabamos los tres acostados juntos y teniendo sexo.

Era mi primera vez de esta manera y, si les soy sincera, me gustó. Disfruté mucho del momento y no sentí ni vergüenza ni rechazo. Por lo menos durante el sexo. Después, cuando acabamos los tres, y la lujuria y la pasión del momento se desvanecieron, entonces fue cuando me sentí incómoda.

Eduardo se fue al poco rato y nos quedamos solos Héctor y yo. Yo todavía estaba en la cama, desnuda y tapada con las sábanas, cuando llegó él después de haber acompañado a su amigo a la puerta para despedirlo.

—¿Te ha gustado, nena?

No respondí y no me giré.

— ¿Te he preguntado si te ha gustado?— Repitió esta vez cogiéndome la cara para obligarme a mirarlo.

—No debería haberlo hecho, Héctor… No me siento muy bien ahora…

—No te he preguntado cómo te sientes. Quiero saber si te ha

gustado.

—Supongo que sí, en el momento, sí.

—¿Supones? Yo creo que has disfrutado, y mucho. Y me has hecho disfrutar a mí, cielo.

Intenté apartar la mirada, pero su mano en mi barbilla, apretaba fuerte, me lo impedía.

—¿Sueles practicar esto a menudo? —pregunté con las lágrimas casi asomando ya a mis ojos y haciendo un gran esfuerzo para no derrumbarme del todo.

—Me gusta ver como disfrutas mientras otro te toca. Me excita mucho y solo de pensarlo me excito enseguida.

Sus palabras me estaban acuchillando el alma, pero en el fondo no podía reprochárselo. Lo había hecho con mi consentimiento y no podía mentirme a mí misma y decir que no había disfrutado.

—¿Lo harías otra vez? —me preguntó con un susurro en mi oído y rozándose en mis muslos.

Notaba su miembro duro en mi piel y no podía evitar sentir el deseo crecer también en mi interior. Me daban ganas de abofetearme yo misma por no poder controlar esas reacciones y mientras pensaba en todo eso, él volvió a preguntarme lo mismo.

—No creo, Héctor. No me hace sentir muy bien lo ocurrido.

—¿Por qué, nena? Sólo es sexo, nada más. Lo importante es saber diferenciar el sexo de algo más. Esto —me dijo cogiendo una de mis manos y poniéndola sobre su miembro—, es algo más. Cuando lo hacemos solos es algo más, cuando lo hagamos con otra persona, solo será sexo.

A partir de ahí me dejé llevar y no le di importancia a lo que acababa de decirme. Ahora, con el tiempo de por medio y después de haber repasado mentalmente, miles de veces, esa conversación, me doy cuenta de que me lo advirtió. Me dijo claramente que no iba a ser la última vez que eso iba a ocurrir y yo, dejándome poseer en ese momento, de alguna manera di mi consentimiento.

Si bien es cierto que habría podido negarme las otras veces que vinieron, la verdad es que no lo hice. Las atenciones, tantas horas juntos los dos, su forma de ser y de envolverme, todo, me cegó.

Y confundí todo eso con amor.

●Capítulo 6●

No voy a entrar en demasiados detalles por lo que se refiere a los encuentros sexuales entre los tres. Ya sé que después de todo lo que he contado minuciosamente antes, quizás les parezca absurdo decir que no voy a contar más, pero necesito que entiendan cómo era Héctor y cómo me sentía yo.

Para eso, he de profundizar en algunas cosas por mucho que me cueste hacerlo, pero en las que no vea necesidad, no lo haré. Desde fuera podría parecer que simplemente era una adicta al sexo, pero les aseguro que desde dentro, viviéndolo, solo pensaba que todo era normal y que todo era por amor.

Yo me creía enamorada, sí, así como pensaba que lo estaba él de mí. No veía que la situación me hacía hacer cosas que realmente no quería, haciéndolas solamente para complacerlo a él. Ahora, con el tiempo, me doy cuenta de que cuando algo se hace sin necesidad o sin gusto, no es algo lógico ni sano emocionalmente hablando.

En fin, yo accedía, y si bien en el momento finalmente acababa disfrutando, la verdad es que era muy consciente de que en el fondo me estaba destruyendo. Pero no quería verlo. Dolía incluso más profundizar en eso que hacer las cosas que me pedía.

Aparte de esto, mi vida fue experimentando otros cambios. Alentada por Héctor y ciega por mí misma, me metí en más cosas de las necesarias, las cuales me endeudaron todavía más. Supongo que de eso era más consciente Héctor que yo, podría incluso jurar que lo hizo queriendo, para así tenerme atada a sus propuestas para poder pagarlo todo. Fui una estúpida, una imbécil de verdad.

Como el "servicio de guía turística", como lo llamaba yo, cada vez era más seguido, cuando él me dijo que me comprara un coche para así estar más libre de ir y venir por mi cuenta, yo lo vi bien y completamente accesible, dado mis ingresos.

Ya tenía un piso, un coche, una pareja… Aún así, en el fondo, me faltaba algo, y es que lo material no podrá nunca suplir a lo emocional. Y yo… aunque intentara engañarme, seguía siendo muy pobre en ese aspecto.

Un viernes, cuando ya estábamos a punto de terminar en la oficina, Héctor me informó de que ese fin de semana llegaría un cliente importante e iríamos a cenar con él el sábado. A mí me pareció buena idea por fin ir juntos los dos y no yo sola, así que quedamos en que pasaría a recogerme sobre las nueve.

—Toma —me dijo antes de salir del despacho alcanzándome algo de dinero.

—¿Y esto? —pregunté sorprendida.

—Mañana ves a la peluquería y a cómprate ropa. Lo pondremos en los gastos de empresa.

—¿Por qué?

—El cliente es muy importante, y si todo sale bien, haremos mucho dinero con él. Así que quiero que mi reina sea la más guapa y atractiva del restaurante.

—Pero, Héctor, yo tengo ropa elegante y además ya me has comprado varios vestidos —le dije devolviéndole el dinero.

—No seas tonta. Esta vez será especial y además me apetece que te compres algo sexy. ¿Qué tal un vestido corto fácil de quitar? De esos que solo llevan una cremallera en la espalda y que con solo desabrocharla quedarás desnuda para mí…

En ese momento me dio la risa y me sentí halagada al ver el deseo reflejado en sus ojos, y por eso al final guardé el dinero en el bolso y nos despedimos hasta la noche siguiente.

Durante la mañana del sábado me dediqué justamente a lo que él me había sugerido: peluquería y ropa nueva. Llamé a mi amiga Núria para ver si podía acompañarme, pero ese día no pudo, así que fui sola. Encontré un vestido que se ajustaba a la petición de Héctor, y junto con unos zapatos de tacón negros y el pelo recogido en un moño precioso, la verdad es que el aspecto era realmente sexy.

—Te follaría aquí mismo si no hubiésemos quedado con el cliente —me dijo Héctor nada más verme mientras me abría la puerta del coche.

—¡Qué bruto eres, Héctor! —le dije sonriendo.

—Estás fantástica, Bárbara.

—Tú tampoco estás mal.

Llegamos al restaurante antes que el cliente y pedimos una botella de vino blanco mientras lo esperábamos. Pasaron apenas diez minutos y ya estábamos los tres sentados a la mesa pidiendo nuestra cena al camarero. La velada fue relajada y amena. Me preguntaba cuándo hablarían de negocios, puesto que aparte de comer y beber más vino blanco, solo charlábamos de banalidades que no tenían nada qué ver con la empresa.

—Si te parece bien—, dijo Héctor mirando al cliente—, podemos ir a mi casa y ahí, tranquilamente, hablar sobre el contrato.

—Por mí perfecto —respondió este.

Yo asentí y nos fuimos a su casa. Una vez ahí, los dos se pusieron a hablar de trabajo y a hacer ofertas y contraofertas mientras yo preparaba algo de beber. Lo cierto es que estaba ya algo mareada con el vino de la cena, pero no dije que no a una copa de cava fresco. Me senté en el sofá junto a Héctor y le alcancé al cliente su copa.

—Bueno, ahora que ya hemos llegado a un acuerdo y firmado todo, podemos relajarnos.

Chocamos nuestras copas y, cuando iba a dar un trago a la mía, sentí la mano de Héctor subir por mi pierna. En un principio no le di importancia, pero cuando noté que su caricia no se paraba y seguía más arriba, escondiéndose bajo la tela de mi vestido corto, paré en seco la copa a medio camino de mi boca y lo miré aturdida.

—Héctor…

Solo logré decir eso, nada más. Me sentía muy floja, supongo que por todo lo que había bebido y no pude ni reaccionar cuando sus dedos empezaron a buscar mi entrepierna por debajo de mis bragas. Una parte de mí era consciente de que el cliente seguía en frente de nosotros mirando, y la otra parte de mí quería parar lo que estaba haciendo Héctor. Pero no sé porqué, no lo hice.

En cuestión de segundos, me encontré con ambos hombres, uno a cada lado, tocándome y besándome. Por dentro tenía una lucha encarnizada por parar eso, pero mi cuerpo reaccionaba de una manera extraña y, avergonzada, me di cuenta de que estaba incluso excitada.

No quiero entrar en detalles, aparte de que no los recuerdo todos, pero ahí mismo, en el sofá, con las luces encendidas y el cava corriendo por mi piel, acabamos teniendo sexo los tres. En algún momento tuve que ir a la cama, porque a la mañana siguiente, me desperté en ella junto a Héctor.

—Buenos días, princesa —me dijo nada más abrir los ojos.

—Dime que lo de anoche no fue real… dime que lo he soñado…

—No puedo decirte eso, nena. Fue fantástico. ¿No te gustó?

—Suéltame —le dije apartándome de él.

—Venga, nena, no lo estropees —me dijo volviendo a acercarse a mí.

—Estaba borracha. ¿Cómo lo permitiste?

—¿Sabes cuánto hemos sacado por esa media hora?

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando?

Mi voz ya empezaba a temblar anunciando las lágrimas que luchaban por no salir.

—Solo fue sexo, y del bueno. El cliente pagó mucho por ello y lo vamos a repartir a partes iguales. Simplemente con eso podrás pagar todos los recibos de este mes.

La arcada salió sin previo aviso y me fui corriendo al lavabo a vomitar. Vomitaba y lloraba al mismo tiempo, e incluso me pareció escuchar una risa que venía desde el dormitorio. Cuando por fin pude parar de ambas cosas, me metí en la ducha para lavar mi consciencia, pero no lo logré. Al salir, envuelta en una toalla, le pedí a Héctor que llamara a un taxi.

—Había pensado en ir a la playa, los dos —me dijo contrariado.

—No me apetece. Quiero irme a casa.

—Ven, siéntate un segundo —me dijo haciendo un gesto con la

mano junto a él en la cama.

Me senté.

—Nena, no es nada malo. No fue forzado, tú también disfrutaste. Podemos verlo de dos maneras: la mala o la buena. Yo te recomiendo que lo veas de la segunda manera y así, las próximas veces, lo disfrutarás todavía más.

—No habrá próximas veces, Héctor.

—¡Y tanto que las habrá! —dijo soltando una carcajada. —Tienes muchas cosas que pagar y no creo que quieras volver a tu piso compartido. Venga, nena, es un negocio limpio y muy rentable.

—¿Convertirme en una puta es tu negocio?

—Cuidado con tus modales, cielo. Te estoy regalando la posibilidad de hacer dinero fácil, y créeme, tendrás mucho.

—Pero yo no quiero tenerlo así.

—Escucha, nena, si yo pensara que es algo malo, no dejaría que lo hicieras. Siempre estaré yo presente para que no ocurra nada que no quieras. Te amo, pero esta es mi manera de amarte. La tomas o la dejas.

Sí, debería haberme ido y haberlo dejado en ese momento, pero no pude. Por mi cabeza pasaron muchas cosas, y la que más pesaba y dolía, era la que me enseñaba una vida sin Héctor a mi lado. Me acababa de decir que me amaba y yo quería creer que era así. De hecho, hice tal esfuerzo, que al final me convencí a mí misma de que era verdad.

Les juro que no fue por el dinero. De alguna manera habría salido adelante. Pero el simple hecho de imaginarme sin él en mi vida, pesó tanto, que renuncié a negarme todo lo demás.

●Capítulo 7●

Al final ese domingo no fuimos a la playa. Estaba demasiado aturdida y confusa. Héctor se ofreció a llevarme a casa, pero preferí pedir un taxi y así estar sola el resto del día. En un semáforo, ya muy cerca de mi casa, en una esquina, vi una iglesia de la que salían muchas personas, y de repente sentí la necesidad de bajarme del coche y entrar.

El olor a incienso, las velas encendidas, y el silencio del lugar, me envolvieron nada más entrar. Pensé que estaría llena de gente, pero me encontré sola. Me senté en uno de los bancos más apartados y agaché la cabeza.

Por mi mente se repetían una y otra vez las palabras que Héctor había pronunciado esa mañana, así como imágenes de la noche anterior que me taladraban el alma. No sé muy bien en qué momento empecé a llorar. Tampoco recuerdo por qué. Quizás fue por darme cuenta de que Héctor tenía razón. Sabía perfectamente que esa era su manera de ser y que si no la aceptaba, lo perdería. Y eso me dolía todavía más.

Estaba hecha un manojo de nervios y mis hombros se movían al compás de mis sollozos silenciosos. En algún momento tuvo que sentarse junto a mí un cura que debió verme desesperada, pero yo no me di cuenta de su presencia hasta que me habló.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Levanté la vista nublada por las lágrimas, y en un acto reflejo, me las sequé corriendo con la palma de ambas manos a cada lado de las mejillas que notaba calientes.

—Sí… —logré responder casi en un susurro.

—¿Necesita hablar?

¿Necesitaba hablar? ¿Necesitaba contarle a un cura que me sentía tan sucia que no me respetaba ni a mí misma?

—No…

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera. Yo estaré ahí—dijo señalando una puerta. —Si me necesita, puede usted llamar a la puerta y saldré enseguida.

—Gracias.

Todavía no sé qué me llevó a entrar en esa iglesia, y menos aún llamar a esa puerta al cabo de cinco minutos, pero el caso es que lo hice y el cura, viendo mi estado, me ofreció de nuevo hablar con él. Lógicamente no le conté nada de la verdadera razón por la que mi alma estaba rota, pero sí me sentí mucho mejor después de charlar con él sobre otras cosas banales de la vida.

—Gracias por escucharme, Padre. Lamento haberle hecho perder el

tiempo con banalidades, pero…

—Para eso estamos —me interrumpió. —Puede volver cuando lo necesite, yo estaré aquí…

—Bárbara, me llamo Bárbara.

—Estaré aquí, Bárbara.

Salí de la iglesia sintiéndome mejor. Era una sensación nueva para mí, pues desde que era pequeña no pisaba una. Creo exactamente que después de mi primera comunión no volví nunca más. Es extraño que cuando nos sentimos atrapados en el dolor o perdidos en nuestras propias desgracias, de alguna manera volvemos a creer que hay algo más allá que nos puede ayudar.

Yo, sin darme cuenta, pensé justamente eso, y por eso, el ir a esa misma iglesia lo tomé como una costumbre que ayudaba a sanar mi propia existencia. La cuarta vez que fui, el mismo sacerdote con el que hablaba cada vez que iba, me ofreció participar en algunas obras sociales para la comunidad.

Al principio me pareció que no sería una cosa con la que me iba a sentir a gusto, pero finalmente pensé que quizás así podría sobrellevar mi forma de vida. El problema era que esas obras sociales se hacían durante la semana, y debía poner al tanto de ello a Héctor, pues normalmente cada día cenábamos juntos fuera, en su casa o en la mía.

—¡Menuda estupidez, Bárbara! ¿Tú haciendo obras de caridad en una iglesia? —me preguntó Héctor riendo a carcajadas.

—Me apetece, Héctor. No, es más que eso. Lo necesito.

—¿Para purgar tus pecados?

—Para lo que sea —respondí molesta.

—¿Y cuántas veces en semana se supone que tienes que ir a hacer de monjita buena?

—Sólo una, por ahora.

Estábamos ya poniéndonos las chaquetas para irnos del despacho cuando se acercó a mí y me arrinconó en la pared.

—¿De verdad vas a cambiar esto por una obra de caridad?

Su mano abierta empezó a subir por mi muslo directa a mi entrepierna.

—Por favor, Héctor, para. He de irme.

—¿Seguro? —insistió ya acariciándome por encima de las bragas.

—Sí, seguro —dije apartándome.

Lo que vi en sus ojos me asustó. No fue una mirada dura por el rechazo, sino una mirada que prometía venganza por haberle dicho que no.

—No olvides lo que es importante y lo que no lo es.

Sin decir nada más se alejó por el pasillo y cogió el ascensor. Yo me quedé unos minutos más en el despacho para que mi corazón volviese a latir con normalidad. Por un momento pensé que se me iba a salir

por la boca. Sabía que el haberme apartado de esa manera y haberle negado lo que me pedía iba a tener una consecuencia, pero no sabía cuál.

Finalmente me dirigí andando a la iglesia, pues tanto el despacho como mi casa estaban cerca. Cuando llegué, me sorprendió ver a tanta gente en ella. El sacerdote vino a recibirme y me presentó a varias personas. Algunas eran voluntarios y otros usuarios del servicio social.

Durante más de dos horas servimos comida en un comedor social adherido a la iglesia y me sentí realmente bien con lo que estaba haciendo. Cerca de las nueve de la noche, también los que habíamos estado sirviendo nos sentamos a la mesa y cenamos juntos.

—¿Qué te ha parecido la experiencia?

—Me ha gustado sentirme útil, Padre.

—Has hecho una labor muy buena, Bárbara. Esto lo hacemos cada día, así que cuando quieras, serás bienvenida.

—Gracias.

Recogí mi chaqueta y me fui a casa. Estaba realmente cansada y solo deseaba llegar para ducharme y meterme en la cama, pero al abrir la puerta de mi piso, la luz que llegaba por el corto pasillo desde el comedor, me indicó que Héctor estaba esperándome.

—Buenas noches, monjita buena.

—Héctor… estoy muy cansada y no quiero discutir.

—¿Quién ha dicho que vayamos a discutir?

Se levantó del sofá con un vaso de lo que me pareció licor y vino hasta donde estaba yo.

—Me has rechazado esta tarde, pero no creo que lo vuelvas a hacer ahora, ¿verdad?

Su mirada me indicaba que no era una pregunta real y yo sabía que mi respuesta no podía ser otra que la que no pronuncié. Dejé que me desnudara ahí mismo y dejé que me llevara a la cama. Como siempre, incluso cuando no tenía ganas, acabé por dejarme vencer por la excitación y al final, derrotada por mis propias emociones, llegué al orgasmo incluso antes que él.

Héctor sabía dónde, cómo y cuándo tocarme, así como con cuánta intensidad hacerlo para hacerme desear más cuando paraba justo en el momento en que más lo deseaba. Sabía hacerme gemir de placer y de dolor, por ese deseo controlado de sus manos sobre mi sexo.

Si bien últimamente, cuando terminábamos, no me sentía como al principio, la verdad es que otros sentimientos iban creciendo en mi interior, y cuando él me decía que me amaba mientras me envestía y llegaba al clímax, con su voz ronca y sus gemidos de placer en mi oído, la situación me envolvía de tal manera que me cegaba y olvidaba por completo todo lo demás.

—Te mueves de una manera que me vuelve loco — me dijo ya

tumbado junto a mí y jadeando por el momento recién culminado.

—Y eso que estoy cansada —dije intentando sonreír.

—Duerme, cielo. Yo me tomaré otra copa y volveré para dormir contigo.

Me dio un beso fugaz en la frente y se alejó desnudo hacia el comedor. Yo me di la vuelta en la cama y ni siquiera lo noté cuando volvió a tumbarse a mi lado. Me había quedado completamente dormida y exhausta.

●Capítulo 8●

Las semanas fueron pasando. ¿Qué quieren que les diga? ¿Si hubo más reuniones con final feliz? Sí, las hubo. Me dejé arrastrar por todo ese torbellino de locura y lo hice. ¿Saben cuál era mi escape? Emborracharme antes de tener sexo a tres bandas con clientes. Héctor era muy listo y daba la vuelta a todas las cosas y yo, estúpida de mí, me dejé engañar y obedecí. Sí, de eso se trataba, él disponía y yo obedecía.

Solo hice una cosa inteligente durante todo ese tiempo. Al principio, como me desesperaba tener tantas deudas y veía que eso me podía, el dinero extra que recibía por mis "servicios" lo destinaba para adelantar pagos, y el resultado a final de mes, era que necesitaba siempre más para poder vivir. En algún momento de lucidez, alguno de esos momentos en los que la venda se me caía por unos segundos, pensé que era mejor ir ahorrando, hacer hucha para cuando esto terminara. Porque si algo tenía claro, era que esta vida tenía fecha de caducidad.

Así que en cuestión de poco tiempo pude reunir bastante dinero y eso me ayudaba a seguir adelante pensando que solo era una inversión para mi futuro.

Declaración interrumpida.

— No, no me mire así, detective — dijo dirigiéndose a la mujer —. Usted no lo comprende porque no lo ha vivido. Así que no me juzgue con esa mirada.

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

Como les decía, el ahorrar me ayudaba, pero lo más importante de todo eran mis horas en la iglesia. Había logrado tener otra vida en la que me sentía a gusto. Una vida completamente alejada de la realidad, donde no había nada que me hiciese sentir mal. Las conversaciones con el sacerdote cada vez eran más largas y, aunque en ningún momento le conté la historia turbia que estaba viviendo, lo cierto es que me sentía mejor después de hablar con él.

El problema era que la necesidad que yo sentía por ir a la iglesia y hablar con el Padre cada vez era más grande, y eso no compaginaba con las exigencias de Héctor. Un viernes, a la hora de terminar de trabajar, me informó de los planes para el fin de semana.

—Preciosa, mañana nos iremos a un hotel en la playa a pasar todo el fin de semana.

—Estaría muy bien, pero ya sabes que yo los sábados…

— Ni hablar, nena —me interrumpió—, los desamparados de la iglesia podrán pasar sin ti un sábado. No es un ofrecimiento, encanto, ya está todo apalabrado y nos vamos mañana a primera hora.

—Pero… ¿No crees que deberías avisarme con tiempo? Yo también tengo mi vida.

En dos pasos se colocó delante de mí y una de sus manos me cogió la barbilla con fuerza para obligarme a mirarlo directamente.

—No, Bárbara, no. Ya te dije que esto no funciona así. Tu vida está a mi lado, lo demás es complementario. No me gusta que vayas a ese sitio, pero lo paso por alto porque no entorpece de una manera abusiva nuestra relación y nuestros negocios. Pero no me tientes.

Me dio un beso invasivo que por primera vez sentí asqueroso dentro de mi boca.

—Lo pasaremos muy bien, nena.

Me sentí humillada y realmente sucia por no imponerme y decir que no me apetecía, pero el pánico era superior a cualquier otro sentimiento que pudiese haber dentro de mí, intentando luchar por salir.

Pánico porque no sabía si ese fin de semana iba a ser entre los dos o si por el contrario habría otra persona implicada. Pánico por no saber valorarme y decir basta. Un pánico tan grande, que cuando llegué a mi casa lo primero que hice fue intentar olvidar ese miedo ahogándolo en alcohol.

Bebí mucho, ni siquiera recuerdo cuánto, pero sé que estaba muy borracha y que aún así no conseguía quitarme ese terror que se había alojado permanentemente en mi alma. Así que, en algún momento, cogí mi bolso y me dirigí a la iglesia.

Lógicamente la puerta estaba cerrada, pues ya era bastante tarde, pero sabía que el sacerdote estaría dentro y empecé a aporrear la puerta haciéndome incluso daño en los nudillos.

A los pocos minutos, escuché como las cerraduras se descorrían y la puerta se abría.

—¡Bárbara! ¿Qué haces a estas horas aquí?

La cara de asombro del Padre lo decía todo, y cuando vio que para hacerme entrar y acomodarme en uno de los bancos tuvo que ayudarme, pues casi no me sostenía en pie, su asombro fue en aumento.

—¿Qué te ha pasado?

Una vez sentada, levanté la cabeza para mirarlo, y por primera vez, no vi a un cura, sino a un hombre. Estaba vestido con su ropa oscura como siempre, pero a falta del alzacuello, dos o tres botones

desabrochados dejaban entrever a un ser humano como otro cualquiera.

Fue la primera vez que me fijé en sus ojos azules de una manera diferente y eso todavía me hizo sentir peor. ¿Qué coño me estaba pasando? ¿Me había vuelto tan lujuriosa que ahora también pensaba en estas cosas? Agaché de nuevo la cabeza y empecé a llorar.

—Bárbara —me dijo alzando mi cabeza hacia él con un movimiento tierno sobre mi barbilla—, vamos, te haré un café. Apóyate en mí.

A trompicones llegamos al cuarto donde hablamos la primera vez y me senté a la espera de que volviese. Cuando lo hizo, con una taza de café recién hecho entre las manos, se sentó frente a mí.

—¿Quieres que hablemos? —. Como no respondí prosiguió él.— Hace tiempo que sé que te ocurre algo, Bárbara. ¿Sabes qué veo en ti cada vez que vienes a mi iglesia? Veo una mujer que camina por la vida sin rumbo. Te veo entrar y parece que lleves a cuestas una mochila llena de hormigón. Después, parece que la dejes aparcada en algún rincón de este lugar sagrado y entonces revives. Te veo hablar con la gente, sonreír, disfrutar de lo que haces. Y cuando llega el momento de irte, vuelves a buscar esa mochila y de nuevo te veo como has entrado. Con un peso tan grande en tu alma que ni siquiera puedes sonreír. ¿Qué es lo que te atormenta tanto? ¿Qué hay en esa mochila que no te permite vivir?

Sus palabras me estaban tocando justo en la llaga. Me había definido a la perfección, y no sé si por mi estado de embriaguez, que ya empezaba a pasarse, o por la desesperación de saberme tan trasparente a sus ojos, empecé a hablar y se lo conté todo. Ni siquiera escondí el mínimo detalle. Por fin solté todo lo que me estaba pasando y cómo me sentía. Él me escuchó sin decir nada y sin cambiar su expresión de comprensión.

—Bárbara —, me dijo cuando por fin terminé entre sollozos de contar mi historia—, eso no es amor y tú lo sabes. Yo no soy nadie para juzgarte o para darte consejos. Solo puedo ayudarte siempre que tú lo necesites, pero sabes perfectamente que eso que me describes no es amor.

—Ahora lo sé, Padre, pero no sé cómo salir de todo esto.

— Hay que empezar por un paso, luego otro, y verás que al final encontrarás el camino.

—Usted no lo comprende, ese hombre es peligroso y me he dado cuenta de ello demasiado tarde. Nunca me ha hecho daño físico, pero estoy segura de que es capaz de hacer un daño emocional atroz, y tengo tanto miedo…

—Ahora necesitas descansar. Puedo acompañarte hasta tu casa, es muy tarde.

—No, no es necesario, puedo ir yo sola. Vivo muy cerca.

—Como quieras. Mañana intenta ser fuerte y dar el primer paso. Yo no puedo darlo por ti, Bárbara. Toma—, me dijo mientras apuntaba algo en un papel—, éste es mi número privado. Puedes llamarme cuando lo necesites. Rezaré por ti todo el fin de semana.

Salí de la iglesia avergonzada pero con una sensación de ligereza extraña. El haber compartido con ese hombre mi calvario, parecía haber aligerado mi pesar de alguna manera. Sabía que sus rezos no iban a servir de nada, pero tener por seguro que alguien a quien parecía importarle mi bienestar estaría pensando en mí, me daba una fuerza extraña.

Podría habérselo contado a Núria, a mis padres. Pero eso me habría hecho todavía más daño al saber que les estaba causando a ellos un dolor tremendo.

Me quedaban apenas unas seis horas para que Héctor pasase a buscarme e irnos el fin de semana. Sin desnudarme, me eché en la cama, y antes de dormirme, puse el despertador para que me despertase a las cuatro horas.

●Capítulo 9●

—¡Madre mía, Bárbara! Necesitas más de lo que pensaba un fin de semana de relax —me dijo Héctor nada más verme y abriéndome la puerta del coche.

La verdad es que tenía un aspecto espantoso. Después de levantarme y ducharme, todavía se marcaban en mis ojos las evidencias de la noche anterior. Había intentado disimularlas con un poco de maquillaje, pero el efecto era todavía peor, así que al final me decidí por limpiarme de nuevo la cara e ir natural, sin máscaras.

—¿Dónde vamos, Héctor?

—Es una sorpresa.

—¿Estaremos solos?

—Sí, princesa. Un fin de semana romántico para los dos solos.

Saber que íbamos a estar solos los dos me reconfortó de alguna manera, pero ya no sentía nada. No tenía esa ilusión de ser pareja, no había nada, por muy hondo que buscase en mí, que me recordara algún sentimiento de amor que hubiese tenido alguna vez. Durante todo el trayecto no hablamos casi nada y eso me dio la oportunidad de pensar en lo que realmente sentía.

Escarbé en los rincones más escondidos de mi mente y de mi corazón, y no encontré nada que se asemejara a amor. Me pregunté si realmente en algún momento lo habría sentido, y creo que llegué a la conclusión de que efectivamente así fue. Pero Héctor se encargó de matarlo poco a poco.

Recordé cada “te amo” salido de su boca y me di cuenta de que éstos salían solo en los momentos de sexo. No hubo un “te quiero” tomando un café, en la oficina, paseando. Quizás por eso confundí el sexo con amor y, ahora que el sexo ya no me llamaba, ahora que ya no sentía esas ganas tremendas de sentirlo dentro, por fin estaba empezando a abrir los ojos. Una vez terminada la pasión, aparecía claramente la realidad.

A lo mejor el primer paso era justamente ese: darme cuenta de que no era amor. Pero ahora, con ese conocimiento tan claro y vivo dentro de mí, me esperaba un fin de semana muy largo y duro. Conociendo a Héctor, sabía que justamente el sexo iba a ser un ingrediente constante en estos dos días juntos, y eso me producía escalofríos.

El me conocía a mí, hasta tal punto de que se iba a dar cuenta, seguro, de que mi cuerpo no respondería con la misma avidez de antaño. Me dio la sensación de que esta vez iba a sentirme violada hasta en lo más profundo de mi ser, porque si algo tenía claro, era que él no iba a aceptar una negativa a sus impulsos.

Llegamos al hotel y realmente el lugar era maravilloso. En otro

momento lo habría disfrutado de verdad, pero dudaba que esta vez fuera a ser así. Subimos a la habitación y, tras dejar las maletas, Héctor me ofreció dar un paseo por el lugar.

—¿Te gusta, princesa?

—Es muy bonito, Héctor.

—Pues quiero que te sientas como una reina… Mi reina —me dijo posando su brazo sobre mis hombros—. He programado un día completo solo para ti. Te harán unos masajes, luego acupuntura para relajarte y el resto del día lo pasaremos disfrutando de nosotros dos juntos.

—Gracias.

—Te mereces esto y más, cariño.

Escuchaba sus palabras y pensaba en lo mucho que habría dado por qué me las hubiese dicho en otro momento. Su brazo sobre mis hombros pesaba como una lápida y su aliento sobre mis mejillas, que salía cuando hablaba mirándome, en vez de envolverme y hacerme sentir bien, me helaba la sangre. Quería escapar de allí, alejarme de él todo lo posible, pero estaba atrapada. Atrapada y sin salida.

Volvimos al hotel después de un largo paseo y me informó de que tenía programado un masaje. Lo cierto es que no me apetecía nada, pero era una buena excusa para estar alejados y postergar el momento de estar a solas en la habitación. Después del masaje vino una sesión de acupuntura, y supongo que debido a la noche que había pasado y a la falta de sueño, me dejó completamente relajada y me dormí.

Cuando me vino a buscar Héctor, le dije que tenía mucho sueño y que necesitaba descansar. Sin mediar palabra y sin oponerse, subimos a la habitación y me dijo que descansara todo lo que me hiciera falta. Me arropó en la cama enorme, me dio un beso en la frente, y me dijo un “te quiero” susurrado.

Fue el primero y el último que salió de su boca fuera de los momentos en los que practicábamos sexo, y probablemente, unos meses antes, esas palabras me habrían emocionado. Pero en ese momento no sentí nada. Absolutamente nada.

Me desperté entrada ya la tarde, serían las seis por lo menos. Héctor estaba en el balcón y yo, después de refrescarme un poco, decidí ir con él. En ese momento noté claramente la mochila de la que me había hablado el sacerdote la noche anterior. Pesada y grande sobre mi espalda. Aún así, sabía que antes o después el momento llegaría, así que puse la mejor cara que pude y me senté a su lado.

—¿Estás más descansada, cielo?

—Como nueva. Realmente necesitaba esas horas de sueño.

—Sí, tienes mejor cara. Si quieres podemos bajar a la piscina. De noche encienden las luces y ponen el techo corredero. Es un lugar muy tranquilo y quizás te apetezca nadar un rato. El agua está caliente y

contrasta con el frío de la noche.

—Lo que tú quieras, Héctor.

—No, cariño. Este fin de semana es tuyo. Tú eliges lo que quieres hacer.

“Quiero irme a mi casa”, pensé. Pero lógicamente eso no lo dije.

—Quizás mañana, entonces. Hoy preferiría cenar tranquilamente y a lo mejor dar otro paseo.

—Debes estar hambrienta. No quise despertarte para ir a comer.

Era cierto. Desde la noche anterior que no comía nada y ni siquiera me había dado cuenta.

—Pues ahora que lo dices, sí, tengo hambre.

—Perfecto, cielo. Entonces vistámonos y bajemos al restaurante. Seguro que no tardarán en abrirlo.

Así lo hicimos, y cuando tuve el menú en la mano, mi apetito fue creciendo y al final pedí casi de todo. La velada transcurrió tranquila. Paseamos por la orilla del mar abrazados, charlamos de diferentes cosas y volvimos al hotel. La sorpresa llegó justamente entonces, puesto que yo me estaba preparando para lo inevitable y lo inevitable no llegó.

Héctor no me buscó. Simplemente nos desvestimos y nos acostamos juntos. Bajo las sábanas, desnudo del todo, solo se acercó a mí para abrazarme y acariciarme el pelo mientras me daba algunos besos en la cabeza. Acompañaba esas caricias con palabras hermosas que nunca pensé que saldrían de su boca, y como respuesta solo obtuvieron mi silencio.

Antes de quedarme dormida, pensé en lo bonito que hubiese sido que pasara esto al principio. Pero en ese momento solo quería volver a mi casa, poder ir a la iglesia y seguir desahogándome, o simplemente dejar aparcada mi mochila durante unas horas.

Lo último que recuerdo antes de entrar en el mundo de los sueños, fue que pensé en el Padre tal y como lo había visto la noche anterior. Un hombre normal, escuchándome y mirándome a través de unos ojos celestes que me daban paz si me perdía en ellos.

A la mañana siguiente me desperté con el sonido del agua de la ducha. Héctor ya se había levantado y tampoco esta vez me había buscado. Empecé a pensar que de alguna manera estaba metido en mi mente y sabía mis nuevos “no sentimientos”, y comportándose así, cariñosa y respetuosamente, quizás pensaba que volvería a cegarme.

Pero yo ya estaba demasiado convencida de que no había vuelta atrás. El problema era cómo decirle que ya no iba a estar dispuesta a hacer todo cuanto me pidiera y, cuando se lo dijera, qué consecuencias me acarrearía. Salió entonces del cuarto de baño envuelto solo en una toalla y se sentó a mi lado en la cama.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Te duchas y bajamos a desayunar?

—Sí —respondí ya levantándome.

Cuando me iba a alejar para ir al cuarto de baño, Héctor me cogió por la cintura y me puse en frente de él.

—Me gustaría amarte como nunca, antes de irnos a casa.

Como no sabía qué decir, ahí de pie, con mis piernas entre las suyas, agaché la cabeza hasta apoyar mi frente sobre su espesa cabellera.

—Necesito notar que todavía me deseas tanto como antes, y me está matando esta distancia que estás interponiendo entre los dos.

Sus palabras me pillaron desprevenida. Nunca imaginé que me dijera algo parecido y me sentí mal. Mi otro yo, el sumiso y ciego, apareció de repente, y me hizo pensar en todo lo que había conseguido en mi vida a partir de que en ella entrara Héctor.

No sé si fue por gratitud, por sentirme en deuda o por algo desconocido que aún a día de hoy no entiendo, pero cuando salí de la ducha me entregué una vez más por completo.

Esta vez fue suave, tierna, lenta. Fue la manera en la que lo había deseado desde hacía tanto tiempo que ni siquiera lo recordaba. No bajamos a desayunar porque nos quedamos toda la mañana desnudos en la cama. Yo sentía que estaba compartiendo un momento dulce con alguien que un día llegó a importarme más que mi propia vida.
Quizás por el momento en sí, o porque pensé que algo había cambiado en él, me atreví a hablar de mi decisión, por lo menos de una parte.

—Héctor, yo… Yo no quiero hacer más esas cosas. Te lo suplico, entiéndeme.

No hizo falta explicarle a qué cosas me refería. Él ya me conocía lo suficiente para saber de qué estaba hablando.

—Te entiendo, Bárbara. Buscaremos a alguien que las haga por ti. A partir de ahora tú serás solo mía. Te lo prometo.

Fue tal el alivio que sentí al escuchar sus palabras, que no quise arriesgarme a decirle que tampoco quería seguir con nuestra relación. Pensé que poco a poco, más adelante, podría platearle también eso, pero ahora había dado el paso más importante de todos y no había habido consecuencias. Por lo menos eso pensé.

●Capítulo 10●

En el momento de llegar a casa, lo primero que pensé fue en ir a la iglesia y contarle al sacerdote que había logrado dar el primer paso, pero luego me acordé de que el viernes por la noche me había dado su número de teléfono particular y, después de tenerlo en mis manos, mirándolo indecisa, decidí marcarlo.

—¿Diga?

Esa simple palabra como respuesta a mi llamada, provocó en mí una reacción extraña que me asustó. Noté algo en mi pecho, algo que se asemejaba a un puño apretándome fuerte que a la vez que me asustaba, me hacía sentir bien.

—Ho…hola. Soy Bárbara.

—Buenas tardes, Bárbara. ¿Cómo estás?

—Bien.

Hubo un silencio extraño. Un silencio entre los dos y por un momento estuve tentada de colgar. Mi cuerpo estaba reaccionando de una manera peligrosa para mí. Saber que al otro lado estaba ese cura que yo ya empezaba a ver como a un hombre, me reconfortaba y me llenaba de tal manera que me presagiaba más sufrimiento. No quería decirme a mí misma que sabía perfectamente cómo denominar esas reacciones.

—¿Sucede algo, Bárbara?

—No… no. Es que, bueno yo…

Estaba totalmente en blanco. Por mi mente pasaba el pensamiento lógico de que había llamado para contarle que por fin había puesto freno a ese abismo en el que estaba cayendo, pero también acudió a mi mente el otro pensamiento, el ilógico, que me decía que la verdadera razón por la que lo había llamado era la necesidad incontrolada de escuchar su voz.

—¿Quieres venir a la iglesia? ¿Necesitas hablar?

¿Quería ir? ¿Necesitaba hablar o verlo, estar con él, mirarlo y perderme en el cielo de sus ojos? Esto era una locura. No era un hombre el que había al otro lado del teléfono, era un cura. Pero mi inconsciente no me hizo caso y ganó el lado ilógico.

—Sí. ¿Puede ser?

—Por supuesto. Estaré esperándote. Esta tarde no habrá homilías, así que podremos hablar tranquilamente.

Como si fuera a una cita, incluso me arreglé un poco antes de salir andando hacia la iglesia. El corto camino fue un sinfín de reproches internos hacia mí misma. Antes de entrar, pensé que en vez de tener una mochila menos pesada, parecía como si acabara de incrementar su peso con una piedra demasiado grande.

Me daba miedo definir lo que parecía que estaba naciendo en mí, pero cuando el Padre me abrió la puerta y lo tuve en frente, la palabra exacta surgió sola en mi mente: enamorada.

¿Cómo y cuándo me había sucedido esto? ¿Cómo y cuándo dejé que sucediera? ¿Por qué no soy capaz de regalarle a mi corazón algo bueno, sano y alcanzable?

Su mano sobre mi codo, para acompañarme hasta uno de los bancos, provocó en mí un escalofrío. Ese hombre era algo imposible. Era una historia acabada antes siquiera de empezar. Había logrado salir de algo insano para meterme en algo que sin duda iba a provocarme otro tipo de dolor, quizás más dañino.

Saber que no estaba a mi alcance era doloroso, pero reconocer que necesitaba alcanzarlo para ser feliz lo era todavía más.

—Cuéntame, Bárbara, ¿estás bien?

Sus ojos mirando directamente dentro de los míos no me hacían sentir más tranquila. Mientras le contaba mi gran paso, mi mente iba por libre y soñaba con poder besarlo, acariciarlo, sentirlo. Este tormento iba a acabar conmigo. Cuando volví a mi casa, reflexioné sobre todo ello y, muy a mi pesar, mi mente me hizo ver claramente lo que nacía en mi interior.

Con Héctor tardé en darme cuenta de la confusión entre sexo y amor. Cuando por fin logré ver, que lo que realmente me había atado a Héctor era solo la parte carnal, y que cuando esta desapareció, salió a flote la verdad, pude comprender que nunca había habido amor.

Pero con el sacerdote había sido algo progresivo. Primero la necesidad de una vida alejada de todo lo que me hacía daño. El apremio de tener que desahogarme con una persona imparcial y fuera de mi mundo. Luego vinieron esos deseos incontrolables de ir a la iglesia para estar bien conmigo misma. Relacionarme con gente y aportar algo a la sociedad. Pero cuando todo eso lo puse a un lado, ante mis ojos apareció la verdadera razón de todo aquello. Él. Todo era una excusa para estar con él. Me dormí abrazada a mi almohada y llorando por mí misma. Otra vez le iba a dar sufrimiento a mi corazón.

Pasaron quizás diez días y todo seguía igual. Aparte de tener que ir de guía para algunos clientes, pues eso, sinceramente, sí me venía bien para mis gastos, Héctor no había dicho nada sobre hacer otras cosas. Incluso había desaparecido del todo Eduardo, y por lo tanto, esas visitas a tres en casa de Héctor también habían acabado. No pensé mucho más allá cuando veía que Héctor no buscaba sexo conmigo tan seguido y en cualquier lugar, solo agradecía que fuera así.

Pero cuando lo había, me costaba horrores empezar y tener ganas, aunque he de reconocer que al final siempre sucumbía al disfrute y al éxtasis. Lo más doloroso quizás, era que muchas veces cerraba los ojos y pensaba que era otro quién me tocaba. Era otro el que acariciaba mi

piel. Y era otro el que me decía que me amaba mientras explotaba en mi interior.

Se preguntarán por qué no puse fin de una vez por todas a todo, y la razón es que tenía miedo. Sí, todavía me aterraba la posibilidad de dar el último paso. Héctor parecía haber cambiado, pero cuando lo miraba a los ojos, aún tenía ese poder de producir en mí un terror a infinitas consecuencias que se cruzaban en mi mente.

Mientras mi vida externa parecía seguir más o menos igual, mi vida interna era un caos. Sabía que tenía que alejarme de la iglesia y de todo cuanto esta suponía, pero por otro lado, si lo hacía, sabía que estaría del todo perdida. Aún sabiendo lo imposible que era poder darle a mi corazón lo que me pedía cada día con más fuerza, no lograba apartarme, y los sentimientos iban creciendo a marchas forzadas. Cada vez más dolorosos, pero cada vez más arraigados.

El giro inesperado llegó una mañana. Hacía cosa de quince días que notaba unas molestias en mi bajo vientre y cogí hora con el ginecólogo para ver si quizás el Diu se había desplazado. Efectivamente así había ocurrido, pero aparte de eso, el escuchar de boca del propio médico que estaba embarazada me dejó sin palabras. Lo primero que pensé fue en la reacción que podría tener Héctor.

Sabía que el bebé era sin duda suyo, pues con las otras personas nunca llegamos a tener sexo directo. El que entraba en mí solo era Héctor. Cuando llegué a la oficina, dejé mi bolso sobre la mesa y fui directa a su despacho.

—Tenemos que hablar, Héctor —le dije tomando asiento frente a su mesa.

—¿Todo bien en el médico? —me preguntó, pues tuve que informarle previamente de que iba a una revisión y de que llegaría más tarde a la oficina.

—Estoy embarazada.

Lo solté así, sin más, porque era inútil darle vueltas al asunto. De eso se trataba y cuanto antes lo dijese, antes estallaría todo.

—¿Embarazada? ¿No me dijiste que tomabas precauciones?

—Y es cierto, pero por lo visto ha habido un desplazamiento en el Diu y ha ocurrido.

—Pues ya sabes cuál es la solución a eso, princesa.

—Quiero tenerlo.

—Ni hablar, reina. No quiero un crío en mi vida.

—No lo vas a tener, te lo aseguro. Este bebé será solo mío. Tú no tendrás ninguna responsabilidad, de ningún tipo.

Su mirada me escrutó directa e hiriente durante unos segundos que parecieron eternos.

—Eso lo dices ahora, nena. Pero luego seguro que querrás algo de mí.

—No. Estoy dispuesta a firmar lo que me pidas, Héctor. Si quieres un contrato donde deje por escrito que no tienes nada que ver, una carta de mi puño y letra… Lo que quieras.

Volvió a mirarme calibrando mis palabras y mirando dentro de mí como el depredador que era.

—Me basta con tu palabra, por ahora. Si quieres tener a ese crío y ponerte como una foca mientras va creciendo ahí dentro—, dijo señalando mi barriga—, por mí no hay problema. Pero no me jodas, Bárbara.

—No lo haré.

Salí del despacho con el corazón desbocado y me pareció fácil el haber convencido a Héctor de mi decisión de tener a ese bebé. Cuando ya estaba sentada en mi mesa, apareció a mi lado.

—¿Podrás seguir teniendo sexo? —me preguntó agachándose y apoyando sus manos sobre los reposabrazos de mi asiento.

—Claro. Estoy embarazada, no enferma.

—¿Sabes que me he excitado pensando en ello?

No respondí. Sabía lo que venía ahora. Lo sabía pero no hice nada por remediarlo. Quería ese bebé y necesitaba más que nunca mi sueldo a final de mes, así que cuando su mano empezó a recorrer mi muslo interno, la dejé seguir su curso.

Ante mí, apareció de nuevo el Héctor de antes. El Héctor excitado en el lugar menos apropiado. El Héctor seguro de conseguir lo que quiere. Supongo que los pocos minutos a solas en su despacho, después de mi noticia, le hicieron darse cuenta de lo vulnerable de mi situación y que por ello iba a conseguir de mí muchas más cosas.

Así que me llevó a su despacho, después de cerrar la puerta de entrada con llave, e hicimos sexo ahí mismo. Lejos de sentirme sucia o usada como mero envase, mi mente ya había aprendido a desconectar completamente en esos momentos. Mi cuerpo reaccionaba como era de esperar y las envestidas y jadeos de Héctor ya no me taladraban ni las entrañas ni los oídos.

La única diferencia esa vez, y las siguientes que vinieron, fue que, si bien mis caderas se movían al compás, mi boca dejaba escapar gemidos, mis pezones se erguían y, probablemente, mi entrepierna se humedecía y dilataba, el final mío era totalmente fingido. Cuando notaba que el llegaba a su orgasmo en mi interior, yo hacía lo propio para que pensara que yo también lo alcanzaba.

—Mmmm, nena. Me encanta hacerlo contigo— me dijo saliendo de mí y subiéndose los pantalones que habían quedado atrapados en sus tobillos cuando me envistió de rodillas frente al sofá.

—A mí también —respondí subiéndome las bragas que apenas habían bajado hasta mis rodillas.

Me levanté del sofá y me fui hacia mi mesa. Abrí la puerta de entrada

a la oficina, me senté en mi silla y me puse a trabajar como si nada, dejando en el despacho el olor a sexo, y con él, lo sucedido.

Declaración interrumpida.

—¿Por qué me miran así? —preguntó a ambos detectives—. Ya había hecho sexo durante meses por dinero y por complacer a Héctor, ¿por qué no lo iba a hacer ahora por mi bebé?

—No es eso, señorita Ventura. Créanos. Es solo que, bueno, gracias a su relato estamos comprendiendo mucho más toda la situación que vivió Nora. ¿Necesita hacer un descanso?

—No. Lo que necesito es acabar cuanto antes e irme a mi casa.

—Prosiga, entonces —la invitó con un gesto de la mano el detective.

●Capítulo 11●

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

—Es una buena noticia, Bárbara —me dijo el sacerdote cuando esa misma tarde le dije de mi estado.

—Sí, Padre. Estoy muy entusiasmada. Saber que dentro de mí se está gestando una vida, es algo maravilloso.

—¿La otra parte también está contenta? —me preguntó precavido.

—No, Padre. Él no quiere saber nada, pero este bebé nacerá y será feliz.

—Estoy muy orgulloso de tu decisión, Bárbara. Además aquí hay mucha gente que te quiere, vas a estar muy arropada.

“*¿Está usted entre esa gente, Padre?*”, pensé.

—Gracias, Padre.

—Habrá que decírselo a esas personas y verás lo felices que recibirán la noticia —me dijo cogiéndome las manos.

El contacto tan directo y caluroso de sus manos con las mías me dolió tanto como me gustó. Eso era lo único a lo que podía aspirar con ese hombre y no sabía cuánto tiempo podría aguantar con este sentimiento que me envolvía por completo. Nuestra mirada se encontró por unos segundos, y por unos segundos no se apartó la una de la otra.

Pensé en ese momento que en su mirada había algo más que comprensión y apoyo. Me pareció ver, al fondo del azul cielo de sus ojos, el mismo sufrimiento que debía reflejarse en mi iris color ámbar.

Deseché ese pensamiento porque no era más que un engaño a mi propio ser, y era demasiado doloroso hacerle entender a mi corazón que todo eran imaginaciones mías.

—He de irme, Padre —dije levantándome y apartando mi mirada y mis manos.

—¿Te veré mañana en el comedor? —me preguntó antes de que saliera de la iglesia.

De nuevo me pareció ver un atisbo de urgencia y de anhelo en sus ojos al preguntarme si me vería al día siguiente, y así mismo me pareció ver un alivio cuando respondí que sí. En vez de ir directa a mi casa, decidí dar un paseo. Instintivamente, mientras andaba lentamente por las calles de la ciudad, de vez en cuando mi mano se posaba sobre mi vientre a la vez que una sonrisa aparecía en mis labios.

Una vez más mi mente debió ir por libre, porque mis pasos, que parecían llevarme a ningún sitio, me dirigieron en cambio a una pequeña tienda de ropa y accesorios de bebés. Entré tímidamente y sin saber muy bien qué buscaba. La dependienta se acercó.

—¿Desea que la ayude?

—Estoy embarazada —le dije sin pensar.

—¡Enhorabuena!

—Gracias —respondí sonriendo.

Un sentimiento grande y lleno de amor se apoderó de mí cuando mis manos tocaron la ropita, los patucos y los accesorios que en unos meses usaría mi bebé. Compré finalmente un conjunto precioso de color blanco y unos calcetines, que apenas ocupaban una cuarta parte de la palma de mi mano, del mismo color.

El blanco, había escuchado en algún lugar, era el color de la pureza, de las emociones limpias, de la paz interior, de la inocencia. Todo eso era lo que estaba creciendo en mi interior, alimentándose de mí. Llegué a mi casa y me tumbé en la cama junto a la ropita. Acariciándome el vientre y con mi mejilla apoyada en esa ropa pequeña y blanca, lloré de alegría.

¿Cómo voy a llamarte? ¿Serás niña o niño? ¿Notas cuánto te quiero ya?

Todas esas preguntas asomaban como rayos de esperanza a mi vida deshecha por completo. Sentí un inmenso amor rodeándome por completo. Pensé que tenía que llamar a mis padres y a Núria. Lo haría más tarde. En ese momento solo quería estar a solas con la vida que se estaba abriendo paso en mis entrañas.

Quise imaginarme que los latidos que notaba bajo mi mano en parte también eran suyos. Sabía que era imposible notarlos ya con tan poco tiempo, pero la sensación de que así fuese, me reconfortaba y me daba una fuerza que jamás había tenido antes.

En ningún momento, durante todo el embarazo, pensé en ese bebé como algo que también era de Héctor. Nunca. Solo era mío.

Me dormí con la ropita húmeda por mis lágrimas bajo mi mejilla, y cuando desperté, me encontré a Héctor sentado en la cama mirándome.

—Me has asustado, Héctor. ¿Qué haces aquí?

—Me apetecía estar contigo esta noche —me dijo sin apartar la vista de la ropita.

—Deberías haberme llamado. ¿Qué hora es?

—¿Ahora tengo que llamarte para poder venir a verte?

—No, no me refería a eso —dije inquieta por el brillo que notaba en sus ojos—. Me refiero a que habría preparado algo para cenar.

—Podemos salir a cenar, no es tarde.

—Estoy un poco cansada.

—¿Cuánto de cansada? —me preguntó acariciándome una pierna, apretando y haciéndome entender a qué se refería.

—No lo suficiente como para no vestirme y salir a cenar. La verdad es que estoy hambrienta —dije levantándome y así apartándome de sus caricias insinuantes.

Sus ojos me acompañaron mientras me iba hacia el cuarto de baño y sentí como me quemaban y me examinaban. Sabía, intuía, que me estaba poniendo a prueba, y yo debía superarla si quería que todo fuera bien.

—También podemos pedir algo por teléfono y cenar en la cama —me ofreció todavía sentado en ella.

Mi corazón latía tan fuerte que pensaba que hasta hacía ruido. ¿Cómo superar esa prueba de fuerza emocional que Héctor estaba poniendo en práctica sin dejar que me tocara?

—No, no…—dije en tono desenfadado y sonriendo mientras salía del cuarto de baño.— Me has dicho que me invitabas a cenar. Ahora no te eches atrás.

—Yo no dije que invitaba —respondió ya más relajado al ver que yo estaba sonriendo y bromeando.

—Venga, no seas malo —volví a sonreír, y cogiéndolo de la mano para alejarlo de mi cama.

Salimos a cenar juntos y luego me llevó de nuevo a casa, pero so subió. Yo sabía que no era sexo lo que buscaba Héctor. Él necesitaba saber que aún estando embarazada y con la fuerza suficiente como para decidir por mí misma que iba a seguir adelante con el embarazo, él todavía era la parte más importante y dominante en mi vida.

Si lo hubiese echado de mi casa, reprochado el haber ido sin avisar o me hubiese negado a su compañía, la situación se habría vuelto violenta, a su manera. Una violencia sin marcas visibles pero de cicatrices incurables en el alma.

Solo cuando me fui a acostar, cansada y de nuevo a solas con mi bebé, me di cuenta de que la ropita había desaparecido de encima de la cama. No me hizo falta buscar para saber que no estaba en ningún otro lugar. Ese gesto era una advertencia muda. “No se entrometerá nadie”. Tomé entonces consciencia de que las cosas que comprara las tendría que esconder a los ojos de Héctor. También recordé que al final no había llamado ni a mis padres ni a Núria. Miré la hora y ya era demasiado tarde.

Me daba igual si la ropita ya no estaba a mi lado bajo mi mejilla. Tenía dentro de mí algo más importante. La ropita se podía reemplazar, mi bebé no. De nuevo, con la mano sobre mi vientre, me dormí.

●Capítulo 12●

El día siguiente en la oficina no ocurrió nada fuera de lo normal. De un día para otro, con esa fuerza interior que de golpe había aparecido, me convertí en una actriz de primera. Bromeaba, flirteaba si se terciaba, respondía a todo cuanto se me presentaba con una sonrisa, y como la Bárbara que una vez, ciega y falsamente enamorada, fui. Solo que la diferencia era abismal.

Por aquel entonces yo creía estar locamente enamorada mientras no era esa la realidad, y ahora, sabía que no lo estaba de él pero lo fingía estupendamente. No se extrañen de mis palabras. Habría hecho cualquier cosa, o casi cualquier cosa, por mantener mi empleo y así poder seguir ahorrando para un futuro espléndido junto a mi bebé. Ya se lo dije antes, me vendí con anterioridad y sin reconocerlo, ahora me vendía sabiéndolo.

Por la mañana llamé a mis padres para darles la noticia y la recibieron con entusiasmo. Ni siquiera le dieron importancia al hecho de que el padre del bebé no quisiera hacerse cargo. No preguntaron nada más sobre él y sí me acribillaron a preguntas sobre mi estado. Me echaban mucho de menos, y al ser hija única, todavía más. Así que a los pocos minutos de haberles llamado yo, antes incluso de darme tiempo de llamar a mi amiga Núria, volvieron a llamarme ellos y me dijeron que se iban a trasladar a la ciudad conmigo.

En un primer momento no supe qué decir. Sabía que para ellos iba a ser un cambio importante en sus vidas, pero la decisión que noté en las palabras de mi madre, me hizo entender que ya lo habían pensado hacía tiempo y el embarazo fue el detonante para dar el paso.

Quedamos entonces en que yo les buscaría un buen lugar para vivir, mientras ellos pondrían en venta, o alquiler, su pequeña casa. Llegó el turno de llamar a mi amiga.

—, ¡Es una noticia estupenda, Bárbara! ¡Voy a ser tía! —gritó al otro lado del teléfono riendo, y casi podría asegurar que saltando por su casa.

—¡Síiiiiiiiii! —respondí yo contagiada por su alegría.

—Has hablado todo el rato de ti y del bebé, pero… ¿Héctor qué opina?

—Es una historia complicada, Núria, pero resumiendo, digamos que Héctor en esto queda al margen.

—¡Que le den! —respondió enseguida—. Va a tener a su tía que hará también de padre si hace falta —añadió riendo.

—Tengo otra noticia bomba… —le dije haciéndome la interesante.

—¡Venga niña! ¡Suéltala ya!

—Mis padres se vendrán a vivir a la ciudad.

De nuevo los gritos de alegría de mi amiga rozaron la posibilidad de dejarme sorda y, entre felicitaciones, besos sonoros y risas, después de más de media hora nos despedimos.

Las sorpresas y los buenos momentos no acabaron ahí ese día. Tal y como había prometido, por la tarde me fui a la iglesia para ayudar en el comedor social. Cuando entré no noté nada diferente, quizás un poco más de silencio del habitual. Enseguida me puse el delantal y, tras saludar a compañeros y personas, que ya estaban sentadas esperando la que seguramente sería la única comida en condiciones durante todo el día, me dispuse a coger la olla para servir, cuando de repente todos me miraron y empezaron a aplaudir.

Ver acercarse hacia mí a una de las señoras que ayudaba, y que además había sido muy amable conmigo desde el primer día en que aparecí en el comedor, andando con una cesta entre los brazos de la que, a través de un celofán transparente salpicado de lacitos, se veían accesorios de bebé, hizo que estallaran en mis ojos miles de lágrimas de golpe.

Me preguntaba de dónde habrían sacado tiempo para hacerme este regalo ese mismo día, y llegué a la conclusión de que probablemente el mismo Padre se habría encargado de organizarlo todo para tenerlo listo ese mismo día.

—Gracias—. Lograba decir entre beso y beso.

—Te dije que se alegrarían —escuché a mi espalda.

Al gírarme me encontré con él sonriente.

—No sé qué decir, Padre.

—No digas nada, Bárbara. Solo disfruta de tu momento.

Me hubiese gustado abalanzarme a sus brazos, besarlo y hacerlo partícipe todavía más de mi alegría, pero tuve que conformarme, como siempre, de breves instantes perdida en sus ojos. En un momento en el que todos ya estaban servidos y descansábamos, la señora Carlota, la portadora de la cesta, se acercó a mí.

—Tesoro, estoy muy contenta por ti. Te ha cambiado hasta la cara. Si necesitas cualquier cosa quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Tanta dulzura, ayuda desinteresada y amabilidad, me hacía entender que estaba en el lugar apropiado y rodeada de gente que valía la pena. Mis pensamientos me llevaron a buscar al sacerdote instintivamente. Veía como hablaba con las personas, como una mano sobre sus hombros trasmitía fuerza y consuelo, y sin querer, empecé a imaginar cómo sería esa misma mano sobre mi piel, acariciándome, recorriendo cada milímetro, amándome.

Justo en ese momento nuestras miradas se cruzaron y yo sentí mis mejillas arder. ¿Cómo podía pensar esas cosas en el lugar en el que estaba? Pero no lograba controlarlo. No era lujuria ni una pasión

ardiente. Era una necesidad. Una necesidad imperiosa que mi propio ser anhelaba. No sé cómo explicarlo. Era algo natural, que aparecía de vez en cuando por la fuerza de mis propios sentimientos hacia él. Nunca había sentido nada parecido, porque cuando pensaba en esas cosas con él, no se encendía en mí solo la parte carnal. Se desencadenaba algo tan fuerte y poderoso que me envolvía por completo.

Un hambre atroz más allá de juntar nuestros cuerpos. Sentía… sentía estremecerse todo mi ser. Tenía que encontrar la manera de controlar estos sentimientos que no paraban de crecer, o lo iba a pagar muy caro mi corazón. Pero así, con su mirada clavada en la mía, mientras el resto del mundo parecía haber desaparecido, no lo iba a conseguir nunca.

Aparté entonces mi cara en busca de algo qué hacer para distraer mis pensamientos, pero cuando quise darme cuenta, él ya estaba a mi lado.

—¿Podrás llevar esa cesta tú sola a tu casa? — me preguntó al ver que cogía mi bolso en un intento de huida por mi parte.

—Sí, creo que sí —respondí sin el valor de hacerlo mirándolo.

—Si esperas un minuto, puedo acompañarte.

Supongo que mi silencio fue suficiente como para dar a entender que sí, esperaría uno, dos y cien minutos. Él se acercó a una de las personas voluntarias y le informó de que me acompañaba para que no llevara yo sola la cesta. Repartimos las cosas en algunas bolsas, y ambos nos dirigimos en silencio a mi piso.

—Gracias —dije en la puerta sin darle opción a entrar.

—De nada, Bárbara.

Ahí, plantados el uno frente al otro, por un momento, tuve la sensación de que el silencio entre los dos dejaba un espacio muy fino y endeble que habría sido muy fácil traspasar y que nos acarrearía unas consecuencias desconocidas y peligrosas. Pero, por otro lado, seguramente todo estaba solo en mi mente, y antes de dejar que mis pensamientos divagaran libres imaginado algo que nunca sucedería, me despedí. Su mano en la puerta no me dejó cerrarla del todo y asomé de nuevo para preguntar qué quería.

—¿Vendrás mañana también? —me preguntó.

—Sí —respondí cerrando por fin.

Me apoyé en la puerta de espaldas, escuchando sus pasos volver por donde habíamos venido. ¿Realmente solo eran imaginaciones mías? Y si no lo eran, ¿qué clase de tormento estaría viviendo ese hombre dentro de sí mismo? Porque yo era libre, en cierto modo, pero él tenía unas obligaciones y unos compromisos mucho más fuertes que cualquier otra cosa que yo pudiese ofrecerle. ¿Era mejor que me apartara de él? ¿Pero cómo hacerlo si lo único que me hacía sentir

viva, aparte de mi bebé, era justamente él?

Me fui a la cama con todas esas preguntas sin respuesta gritando en mi cabeza, y por la mañana seguían ahí.

●Capítulo 13●

Los juegos de poder de Héctor no habían acabado, pero yo sabía capearlos como si de repente hubiese nacido un don en mí. El sexo se iba espaciando cada vez más. No me hacía falta preguntar para saber que había alguien que había tomado el relevo, pero me importaba bien poco. Además, los cambios que se estaban dando en mi aspecto físico, estaba segura que no eran de su agrado.

Aún así, alguna que otra vez entre semana teníamos sexo, pero normalmente era un desahogo por su parte y en el mismo despacho. No me sentía sucia, quizás un poco insegura por saber que las bases de mi futuro, y el de mi hijo, se estaban haciendo a base de eso: de aguantar hasta el máximo.

Al cabo de unas cuantas semanas, por fin encontré un piso bastante cómodo y adecuado para mis padres, y además no estaba demasiado lejos del mío. También tomé la decisión de vender mi coche, y aunque no iba a sacar lo mismo que me gasté en él, decidí ponerlo en venta sin prisas. A Héctor no se lo dije. Ya no era de su incumbencia nada de lo que yo hiciera con mi vida.

Cuando finalmente mis padres decidieron trasladarse, me llevé una gran sorpresa al tener muchas ofertas de ayuda para el traslado por parte de las personas voluntarias del comedor social. Lógicamente, entre ellas, él. No había un día en el que no me llamara para saber cómo estaba si no me era posible ir a la iglesia, pero justamente el ir a la iglesia casi cada día ya no suponía un problema, puesto que Héctor ya no tenía la necesidad de desahogarse sexualmente conmigo.

Aún así, sus malévolas intenciones de probar si su fuerza emocional sobre mí todavía existía, no habían desaparecido del todo. Era en esos momentos cuando más se excitaba. La dominación emocional era su afrodisiaco personal, y era justo en esos momentos cuando él notaba que sin trabajo, sin sueldo, y sin una estabilidad económica, yo no iba a sobrevivir mucho. Lo que él no sabía era que yo llevaba meses ahorrando. Era en esos momentos cuando más se excitaba. La dominación emocional era su afrodisiaco personal.

—¡Ay mi niña! —me dijo mi madre nada más verme—. ¡Qué guapa estás! ¿Verdad papi? —le preguntó a mi padre.

Los dos me abrazaron y pasaron sus manos por mi barriga, que ya empezaba a notarse, y luego, entre todos, hicimos la mudanza hacia su nueva vida. A la hora de cenar acabamos.

—Estarás cansada, mi niña —me dijo mi madre.

—¡Si no me habéis dejado coger ni una bolsa entre todos!

—Porque tú tienes que descansar—apuntó Núria, dejándose caer en el sofá de toda una vida, que ahora estaba en el comedor del nuevo

hogar de mis padres.

—Tu amiga tiene razón. Por cierto, gracias por cuidar tan bien de nuestra niña. ¿Verdad papi?

Quise invitarlos a cenar a mi casa, pero mi madre ya había decidido que esa noche lo haríamos en la suya. Todavía no sé qué tipo de magia usa mi madre, pero con dos cosas simples, puede hacer una comida que sabe a gloria. Además, yo últimamente siempre tenía hambre, y ese toque especial de mi madre que siempre tienen sus comidas, pasó por mi paladar llevándome incluso a recordar momentos de mi infancia.

Cuando finalmente me fui a casa, lo primero, después de descalzarme, pues mis pies al cabo del día sufrían pequeñas y molestosas mutaciones, fue coger el teléfono y llamar al sacerdote.

—Buenas noches, Bárbara —me dijo al descolgar.

Estaba claro que ya conocía de sobras mi número.

—Buenas noches, Padre.

—¿Están bien acomodados tus padres?

—Sí, por eso llamaba. Quería agradecer tanta ayuda que hoy hemos recibido.

—Sabes que no es necesario. Lo hemos hecho encantados, todos.

—Aún así, quiero dar las gracias.

“Y quiero prepararte una cena, luego el desayuno y más tarde la comida. Quiero hacer lavadoras en las que nuestras ropas se junten, ver tu ropa en mi armario, y tu cuerpo en mi cama cada mañana al despertarme”.

Esos eran mis pensamientos, y una vez más los enterraba en mi interior. Ya me había acostumbrado a esta sensación de compañía con límites estipulados sin palabras. Siempre habría ese algo que nos separaría, pero por otro lado, de alguna manera extraña e incomprensible, era feliz.

—Tengo que colgar. Llaman a la puerta —dije al escuchar el timbre sonar repetidas veces.

—Que descanses, Bárbara. Buenas noches.

Colgué y fui a abrir la puerta, y me encontré a Héctor con las llaves en la mano.

—¿Has cambiado la cerradura, cielo? — preguntó pasando por mi lado y dejando un olor a alcohol a su paso.

—No, no la he cambiado.

—Entonces debo estar tan borracho que no he podido abrirla —dijo riendo con la voz pastosa.

—¿Te preparo un café?

—¿Qué tal tus padres, cielo?

Así que de eso se trataba. Mis padres seguramente también eran una amenaza sobre su poder sobre mí, y venía a cerciorarse de que

todo seguía igual.

—Muy bien, gracias. ¿Te preparo un café? — repetí para cambiar de tema.

—Ven aquí, nena. Hoy tengo ganas de ti.

—Héctor, estás hecho un cromo.

—¿Me rechazas?

—No, no te rechazo. Solo digo que estás algo borracho. Sería mejor dejarlo para otro día, ¿no crees?

—Mira —dijo desabrochándose la cremallera y enseñándome su erección—. ¿Crees que estoy demasiado borracho?

Fue la primera vez en mucho tiempo que sentí de nuevo asco. Héctor no venía a probar su fuerza sobre mis emociones solamente, venía a hacerme sentir suya a todos los niveles.

—Arrodíllate.

—Héctor, venga…

—He dicho que te arrodilles, Bárbara.

Mi mente esta vez no pudo desconectar, esta vez no. Lo tuve en mi boca el tiempo que hizo falta, demasiado tiempo, un tiempo que no corría, hasta que explotó con convulsiones, mientras con sus manos empujaba mi cabeza con fuerza hacia su sexo, para dejarse ir completamente dentro de mi boca. Agarró mi pelo y me subió la cabeza para que lo mirase y sin dejar ni siquiera que me limpiase el líquido caliente que salía por la comisura de mis labios.

—No hay nadie que lo haga como tú, nena — me dijo mirándome y jadeando todavía.

Asco, repugnancia y suciedad, todo eso me envolvió de golpe. Y mientras él probablemente pensaría que me había ganado una vez más, humillándome y haciéndome ver que yo era una propiedad suya, en mi mente se repetían unas palabras constantemente: se acabó, nunca más, se acabó.

Cuando se fue me metí en la ducha y me lavé los dientes por lo menos cinco veces, y cuando con la mano limpié el vaho del espejo para mirarme en él, me hice una promesa a mí misma y a mi bebé.

Esta había sido la última vez que vendía mi dignidad. Y así fue. A la mañana siguiente, llamé para decir que me encontraba mal, cuando no era cierto, y llegué a la oficina dos horas más tarde de mi horario habitual.

—Pensé que hoy ya no vendrías —me dijo cuando entré en su despacho para avisarle de que había llegado.

—No, sólo fui de urgencias.

—¿Y?

—El médico me ha dicho que tengo que hacer reposo, pero no te preocupes, podré venir a trabajar, pero nada más.

—Mientras cumplas con tus obligaciones, puedes hacer lo que

quieras.

—De eso se trata, si por obligaciones también entiendes el sexo.

—Muy inteligente por tu parte.

—Tampoco puedo practicarlo hasta que tenga al bebé —. Sabía que era una excusa estúpida, más teniendo en cuenta que anoche ni siquiera me rozó. Solo había usado mi boca como utensilio para descargar su excitación, y a la vez demostrarme su poder.

—No te preocupes, nena. De todas formas tampoco me atraes mucho últimamente, con esa barriga que cada vez es más grande. Ya viste que anoche ni te toqué. Incluso se te han hinchado los tobillos, por si no lo has notado. Si lo que te preocupa es tener que hacerme más veces una mamada, tampoco le des más vueltas. Lo hiciste genial, pero prefiero hacerlo como tú y yo sabemos. Esperaré a que "*eso*" nazca. Y mientras espero que no te sepa mal que me desahogue con otras.

—No puedo echártelo en cara, Héctor—, dije fingiendo pena e intentando parecer triste y destrozada—. Si yo no puedo darte lo que necesitas, lo comprendo.

—Así me gusta, nena.

Salí del despacho triunfante por dentro y hablándole a mi bebé mentalmente: un poco más, mi amor. Aguanta unos meses más y nos iremos para siempre.

●Capítulo 14●

Desde que mis padres habían venido, a todas las ecografías me había acompañado mi madre. El bebé iba creciendo bien, y ya nos dijeron que iba a ser una niña. No me hizo falta buscar nombres ni preguntar a nadie. Tenía ya decidido que si iba a ser niña se iba a llamar Noelia. A partir de entonces, solo la llamaba por su nombre cada vez que hablaba con ella o inventaba canciones de cuna para dormirla y así poder dormirme yo.

Mi madre también se mostró interesada en acompañarme de vez en cuando al comedor social, y una de las noches que decidí ir, puesto que mi barriga ya empezaba a pesar demasiado como para ir cada día, mi madre también fue.

—¡Hola! —la saludó nada más verla, la señora Carlota.

Mi madre se sintió enseguida arropada por todas las personas del grupo, y nos ayudó a servir la cena. Yo estaba muy cansada porque mis pies estaban hinchados y Noelia no paraba de moverse y de dar patadas, así que me senté.

—Deberías estar en casa con los pies en alto, en vez de estar aquí.

—No, Padre. Estoy muy a gusto aquí.

—Pronto seremos nosotros los que tengamos que ir a tu casa a verte.

—Me gustaría mucho eso —dije imaginándome con él en mi casa, a solas.

Nuestras miradas una vez más se encontraron y se hizo el silencio entre los dos. Quería decirle tantas cosas y no podía decirle nada… deseaba tanto que él me las dijera y sabía que nunca me las diría…

Necesitaba ver en sus ojos el mismo amor que yo sentía por él y, no sé si por esa necesidad tan atroz que me desgarraba el corazón cada vez que la sentía, o porque era real, me pareció ver en sus ojos algo más que comprensión y cariño. Aparté la cara, y al hacerlo me encontré con los ojos de mi madre puestos en nosotros. Sonreí y me levanté despidiéndome de él, rompiendo así ese momento que no pude definir.

Llegamos a mi casa a mi paso lento y cansado, y mi madre me acompañó hasta mi cama arropándome como su niña pequeña.

—No quiero que sufras, mi niña.

—¿Por qué voy a sufrir, mamá? El embarazo va muy bien y yo soy feliz.

—No, no lo eres, cielo. Hay cosas que a una madre no se le escapan y lo que tú sientes acabará haciéndote daño. A ti y a él.

—¿A qué te refieres? —pregunté sabiendo perfectamente a qué se refería.

—He visto como os miráis. Lo que tanto dudas es real, cariño. Pero es algo imposible.

—Mamá… yo…— dije empezando a llorar.

—Llora, mi niña. Llora y desahógate.

Así lo hice, y no sé cuándo, pero me quedé dormida. Me desperté a la mañana siguiente todavía con los ojos hinchados, y mi sorpresa fue encontrarme a mi madre en la cocina preparando el desayuno.

—¿Pero mami, no has ido a casa?

—No, cielo. Me he quedado dormida en tu cama después de avisar a papá de que no iba a ir.

—Gracias —le dije con un beso tierno en la mejilla.

Desayunamos sin decir nada sobre lo que se había puesto de manifiesto esa misma noche, pero cuando ya iba a salir de casa para ir a trabajar, no pude evitar preguntarle.

—Mamá, ¿de verdad crees que él también…?

—Cielo, las miradas no engañan. Los gestos corporales que no pueden controlarse, tampoco. Yo lo vi claro anoche, pero no te martirices, por favor.

—¿Y qué hago con todo lo que siento?

—Guárdalo como algo precioso, pero no lo alimentes, Bárbara.

Salí de casa pensando en las palabras de mi madre, cuando un dolor fuerte me dejó clavada en el portal. Cuando se me pasó di unos cuantos pasos, pero enseguida otro dolor tremendo me invadió el bajo vientre y noté un líquido caliente deslizarse por mis piernas. Miré abajo, y vi mis pies hinchados rodeados de agua. Me di media vuelta y volví a casa.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué sucede? —me preguntó ella apareciendo con un trapo en las manos y secándoselas.

—He roto aguas.

Las cosas fueron rápidas hasta que llegamos al hospital. Yo ya tenía preparada la bolsa para ese día, aunque no lo esperábamos hasta dentro de un mes. Llegamos y nos hicieron pasar a una sala en la que debía dilatar. Mi madre estaba muy graciosa con la ropa azul y el gorrito, y cuando las contracciones me dejaban, me reía al verla así vestida.

Las horas se me hicieron eternas. Además de los dolores propios, una de las veces, al probarme la tensión, se dieron cuenta de que la tenía por las nubes. Así que me colocaron en ambos brazos un tensiómetro automático, que cada tanto tiempo me iba midiendo la tensión, primero en un brazo y luego en otro.

Me pasaron luego al quirófano y me prepararon para la epidural. Mi espalda, algo desviada, hizo que la inyección no surtiera efecto, y las contracciones, cada vez más fuertes y seguidas, me estaban

dejando sin fuerzas.

Entró entonces el médico y me dijo que había llegado la hora. Mi madre, junto a mí y cogida de mi mano, me alentaba para que respirara y empujara fuerte.

—Ahora sentirá un calor muy grande. Su hija va a nacer.

Fue decir estas palabras el médico, y con el último empujón noté como se me quemaban las entrañas. Ese fuego abrasador, doloroso y desgarrador, se me olvidó por completo cuando una enfermera puso mi niña sobre mi pecho.

—Noelia…—dije con las lágrimas asomando sin control.

Mi madre salió del quirófano y a mí me llevaron a la habitación, donde por primera vez le di de mamar a mi hija. Estaba absorta en ese mágico y maravilloso momento, cuando llamaron a la puerta.

—Pase —dije sin apartar la vista de esa criatura preciosa y frágil que succionaba de mi ser para alimentarse.

—Perdona… yo…

Levanté la cara y vi al sacerdote ruborizado y girándose para salir de la habitación.

—No se vaya, Padre. Es algo milagroso ver este momento. No se vaya.

Pero mis palabras chocaron con la puerta al cerrarse y a mí, no sé por qué, se me escapó la risa. Entró mi madre, y cuando mi niña me hizo entender que ya no tenía más hambre y se había quedado dormida y exhausta por el esfuerzo, le dije que lo dejara pasar.

—¿Quieres que os deje solos? —me preguntó mi madre.

—¿Para qué, mamá? ¿Para qué? —contesté rendida ante la evidencia.

Aún así, mi madre decidió no entrar con él, y este se sentó en una silla acercándola a mi cama y quedando así entre esta y la cuna.

—Es preciosa —me dijo mirándola—. Como su madre —añadió sin mirarme.

—Gracias por venir.

—Vengo en representación de todos. Me ha costado mucho convencerlos de que no vinieran— dijo sonriendo.

—Ya me lo imagino.

¿Qué más decir cuando lo que realmente apetece está prohibido?

Acercó sus manos a las mías y las cogió entre las suyas.

—Me alegro mucho por ti, Bárbara.

—Lo sé, Padre.

El cielo de sus ojos chocó contra el ámbar de los míos y así, en silencio y mirándonos, permanecimos hasta que mi madre entró. Instintivamente ambos alejamos nuestras manos y, tras unas breves palabras, se marchó.

A los tres días volví a casa. De Héctor no sabía nada. Le dejé un

mensaje en el contestador cuando ingresé en el hospital para avisar de que no iría a trabajar, y no supe nada de él hasta unos días después de estar en casa. Me llamó para preguntarme cuándo regresaría al trabajo y cuándo íbamos a celebrar el hecho de no tener ya una barriga.

—No estoy para eso, Héctor. De hecho justamente de eso tenemos que hablar.

Estaba decidida a poner fin del todo y con cualquier consecuencia posible. Sus manos no iban a ponerse nunca más sobre mi piel.

—Me voy de viaje, nena. Volveré en unos diez días. Entonces hablaremos y haremos algo más que hablar, preciosa.

Colgué el teléfono sintiendo asco, pero a la vez fuerte y decidida sobre romper con todo. Lo único con lo que no podía romper era con mis sentimientos hacia ese hombre inalcanzable, que era parte de mí por mucho que yo no quisiera.

Los días fueron pasando y la situación se hizo todavía más difícil porque, lejos de no poder vernos a diario, puesto que yo no iba a la iglesia, era él quien se acercaba a mi casa para verme y traerme recuerdos y regalos de parte de mis compañeros del comedor social.

Si el primer día su llegada a mi casa fue una sorpresa, el siguiente y todos los demás, esperaba que viniera con una ansiedad superior a mí. Una tarde, sentados en mi comedor, con mi hija en su cunita a nuestro lado, estábamos hablando tranquilamente cuando nuestras manos se juntaron al querer acariciar a Noelia los dos a la vez.

En vez de apartarlas, seguimos acariciando a mi hija y, no sé si queriendo o no, nuestros dedos a veces se rozaban.

—He de irme —me dijo levantándose.

—Está bien —respondí sin mirarlo.

Escuché como sus pasos se dirigían a la puerta de mi casa y como esta se cerraba tras él.

La situación, tal y como me había advertido mi madre, me estaba destrozando. No podía estar con él y tampoco podía vivir si verlo. Mi madre, al ver que las cosas no cambiaban, me dijo que dado que su casa todavía ni estaba alquilada ni vendida, podríamos volver al pueblo y empezar ahí una vida con mi hija.

Al principio pensé que era una idea absurda, pero en ese momento vi que era la única vía de escape que tenía para olvidar un amor imposible que alimentaba cada día con el solo roce de unos dedos. Yo necesitaba algo más. Lo necesitaba todo. Y ese todo no iba a llegar nunca.

Deshecha por los pensamientos e impulsada por la valentía del momento, marqué el número de teléfono.

—Hola, Bárbara. ¿Sucede algo?

—No, Padre. Es que necesitaría que viniera de nuevo a mi casa. He de decirle algo cuanto antes.

—Todavía no he llegado a la iglesia. Ahora mismo voy.

Colgué el teléfono convencida de que había llegado el momento de decirle que me iba a ir para siempre, y que era mejor despedirnos ya.

●Capítulo 15●

—Gracias por venir, Padre —dije abriéndole la puerta.

—No tienes por qué dármelas, Bárbara.

—Sé que es tarde y lo he hecho volver pero…— El llanto de Noelia me interrumpió—. A veces tiene gases y se desvela a menudo. Ahora vuelvo.

Fui directa al dormitorio, donde mi hija volvía a dormir plácidamente, y me preguntaba si había hecho bien en seguir mis impulsos llamándolo para que viniese a mi casa. Pero esta situación, donde mis sentimientos ya no podían aguantar más sin salir a la luz, me estaba atormentando. Había tomado una decisión y me parecía la única posible para dejar de sufrir. Ambos. Echando una última mirada a mi hija, salí de la habitación para ir al comedor, donde él esperaba sentado en una de las sillas.

—¿Preparo café, Padre?

—Sí, gracias.

Una vez preparado, lo serví en dos tazas grandes y me senté también en una de las sillas quedando frente a él.

—¿Qué te preocupa, Bárbara? —me preguntó sirviéndose dos cucharadas de azúcar.

—Yo… yo voy a marcharme de aquí, Padre. Voy a volver a mi pueblo con mis padres y mi hija.

Ya está. Ya lo había dicho. Y tal y como salieron las palabras de mi boca, agaché la cabeza para no perderme una vez más en el mar de sus ojos. Hacía ya demasiado tiempo que para mí era simplemente un hombre al que sabía que amaba, y el azul cálido de su mirada ya me quemaba el alma.

—¿Por qué? ¿Estás segura? ¿Cuándo lo has decidido?

—Llevo mucho tiempo pensándolo. Y sí, estoy segura —respondí esquivando la pregunta que se refería a las razones verdaderas.

—Mírame, Bárbara. Mírame y dime por qué.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos. Solo podía mirar esas dos ventanas a un mundo prohibido porque me sentía incapaz de bajar la vista a sus labios e impedir el deseo de besarlos.

—Tengo que irme. No puedo ser feliz ni hacer feliz a mi hija si yo no lo soy quedándome aquí.

—No estoy de acuerdo, Bárbara. Para nada de acuerdo.

—Padre Soto, yo…

—Llámame Hugo. Ese es mi nombre. Llámame por mi nombre.

Hacía ya mucho tiempo que yo sabía cuál era su nombre, pero se me hacía duro pronunciarlo mirándolo a él, porque ese habría sido un paso más hacia la desesperada ilusión de verlo como un hombre

simplemente. Muchas, demasiadas veces, lo había pronunciado en el silencio de mi tormento interno. Pero aún sabiendo que no debía hacerlo, las palabras salieron solas.

—Hugo… yo… Yo tengo que irme porque todo lo que me rodea es doloroso. Me trae recuerdos de una vida que necesito olvidar y… y además…

Me paré justo a tiempo de que mis labios pronunciaran unas palabras imposibles, pero todo mi cuerpo se tensó al notar la mano de Hugo sobre la mía. Mis hombros cayeron en picado mientras mis dedos, que parecían tener vida propia, se entrelazaron con los suyos.

—¿Además qué? —me preguntó sin apartar la mirada y acariciando mis dedos.

—Además estás tú —respondí apartando mis ojos y buscando un refugio inexistente entre esas cuatro paredes.

Hugo se levantó sin soltarme la mano, obligándome así a levantarme yo también. Nos encontramos ambos de pie, frente a frente, en silencio. Desde fuera, como espectadores, podríamos parecer una pareja más. Yo con mi vestido largo y él con unos tejanos y una camisa oscura. Lo único que nos diferenciaba del resto de parejas, y ponía una distancia abismal entre nosotros, era el alzacuello que aparecía, acusador, ante mis ojos. Mi mirada entonces se desvió de la suya para posarse justamente ahí. En esa tela blanca y rígida que nos separaba. Hugo se dio cuenta de lo que miraba, y condujo mi mano hasta su cuello.

—Quítamelo, Bárbara. Quítamelo tú. Y permíteme ser el hombre que deseo ser.

—Hugo… yo… Yo nunca me lo podría perdonar si…

—Llevo mucho tiempo luchando contra mis propios demonios. Conmigo mismo. Con dos partes de mí que no pueden convivir juntas. Créeme, Bárbara. Estoy seguro. Quítamelo.

Mis dedos temblaron inseguros entre los de Hugo, que sentía decididos, mientras me indicaban el camino hacia su cuello. La tela era suave y dura, e hizo un leve sonido cuando chocó contra el suelo al soltarlo de entre mis dedos.

Nuestros ojos no se habían desviado ni un segundo de nuestras pupilas dilatadas. A cámara lenta, nuestras caras se fueron juntando hasta que ambas bocas se encontraron. Nuestro primer beso fue lento, cálido, temeroso, tímido, trémulo. Pero sobre todo lento, muy lento.

Cerré los ojos y tuve miedo de volver a abrirlos por si lo que estaba pasando en mi comedor formaba parte de mis muchas fantasías y sueños. Sin saber ni cómo, llegamos a mi dormitorio y cerré la puerta. En ese momento, esa habitación era el mundo entero.

—Bárbara… yo… hace tanto tiempo que…

—Ssssh —susurré poniéndole un dedo suavemente en sus labios.

Nos desnudamos lentamente en silencio. Aunque se suponía que yo debía estar más segura de mí misma en estas cuestiones, lo cierto es que mi cuerpo temblaba tanto como el suyo. Sus manos acariciaban mi piel y cada rincón se encendía con su tacto. Nuestras lenguas empezaron a empujar más ardientemente dentro de ambas bocas, y una de mis piernas se levantó para apoyarse sobre la cadera de Hugo. Tumbados y en silencio, le estaba abriendo la puerta de mi alma mientras su miembro duro palpitaba dentro de mi mano.

—Bárbara…

Comprendí que su excitación estaba llegando al límite de resistencia sin estallar y, ayudándome con mis manos sobre el colchón y con las suyas sobre mis caderas, me puse encima de Hugo y le di la bienvenida entre mis piernas. Apreté mi sexo contra el suyo y empecé una danza lenta que terminó con toda su esencia explotando en mi interior.

No dejé de moverme sobre Hugo, y ahogando un gemido dentro de su boca, llegué al orgasmo perdiéndome entre pequeñas sacudidas de mi cuerpo contra el suyo. Todavía con él dentro de mí, le acaricié la cara.

—Lo siento… lo siento yo…

—Ssssh.— Esta vez fue él quien puso su dedo sobre mis labios haciéndome callar—. Es lo que deseaba. No lo sientas. Nunca. Te amo, Bárbara. Te amo.

De mis ojos salieron unas lágrimas tímidas y agradecí estar a oscuras. De la otra habitación salió un pequeño lamento.

—He de ir a ver a Noelia —le dije apartándome y liberándolo de mi cárcel aún palpitante—. Yo también te amo, Hugo.

Le di un beso furtivo mientras me enrollaba la sábana y me iba de prisa al dormitorio de Noelia. Cogí a mi hija en brazos y la mecí. Sus ojos volvieron a cerrarse, pesados, cuando el timbre de la puerta sonó. Me extrañó por la hora, pero quizás por la emoción del momento, o porque mis pensamientos estaban nublados por lo ocurrido, ni siquiera pensé que estaba abriendo la puerta envuelta en una sábana y con mi hija en brazos.

El impacto de ver quién estaba detrás de mi puerta fue brutal.

—¿Qué haces aquí, Héctor? —dije abrazando fuerte a Noelia.

—¿Tú qué crees, cielo?

—Márchate. Márchate y no vuelvas.

Al decir esas palabras, escuché los pasos de Hugo llegar hasta donde estábamos Héctor y yo. La carcajada de Héctor fue tremenda, y pareció retumbar como un sonido demencial salido de un monstruo.

—¡Por Dios bendito! ¡Y nunca mejor dicho! — dijo arrancando otra carcajada—. Perdónala Padre, porque ha pecado. Menuda zorra estás hecha, cielo.

—Lárgate, Héctor —dijo seco y amenazante Hugo.

—Por supuesto que me largo, pero no porque tú, cura de pacotilla, me lo digas. Me largo porque no me gustan las cosas recién usadas.

Nos dio la espalda y bajó por las escaleras riendo como un loco. Cerré la puerta y empecé a llorar. Hugo me abrazó estrechando también entre sus brazos a mi hija.

—Tranquila, Bárbara. Lo solucionaremos todo, cosa por cosa.

Declaración interrumpida.

—Pero no se solucionó nada, detectives. No se solucionó nada.

—¿Necesita un descanso, señorita Ventura? — me preguntó el detective.

—No. Quiero terminar cuanto antes.

—Entonces prosiga, por favor.

●Capítulo 16●

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

La mañana siguiente, tanto Hugo como yo, teníamos que tomar las riendas de nuestras vidas que sin duda cambiarían del todo a partir de ese momento. Ya era la hora de tener que irme al despacho, pero sentía la necesidad de seguir hablando con Hugo.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora?

—Por mi parte tengo que preparar unos papeles y empezar las gestiones necesarias…

—Siento tanto que… —me interrumpió con un suave beso sobre mis labios.

—Yo no lo siento, Bárbara. Créeme. He pensado mucho, sufrido demasiado. He luchado contra mis sentimientos, rezando noches enteras. Pero ha sido en vano. Esto es lo que quiero. Tú eres a quien amo.

—No te imaginas cuánto he deseado escuchar esas palabras salir de tu boca. Cuántas veces he ahogado los sentimientos tan hondamente que me parecía que mi corazón se paraba y yo dejaba de vivir.

Volvió a besarme suavemente acariciándome la mejilla.

—¿Y tú, Bárbara? No puedes volver a la oficina.

—Volveré solo para decirle que me marcho. No quiero enfurecerlo todavía más al no presentarme del todo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Tú haz lo que tengas qué hacer. ¿Va a ser complicado, verdad?

—Creo que sí. Tengo que renunciar y explicar las razones. Es posible que se me haga un juicio, dependiendo de quién lleve mi caso. Pero no pienses en ello. Tengo la fuerza necesaria para luchar por lo nuestro.

Nos despedimos en la calle, y a cada paso que yo daba alejándome de Hugo, me iba sintiendo más y más vacía. Una gran parte de mí ya solo existía si estaba con él, así que la única manera de ser por completo yo misma, era estar a su lado.

Entré en el despacho con más de dos horas de retraso, con el corazón a mil por hora y casi temblando, pero Héctor no estaba. Sobre mi mesa había una nota.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Veo que el

pecado se ha alargado más de la cuenta esta mañana, zorrita. Hoy no estaré en todo el día. Tengo que arreglar unos papeles. No hace falta que te quedes, puedes tomarte el día libre para ir a confesarte a tu manera. Pero mañana te quiero aquí como siempre, ni se te ocurra no venir.
Yo te *absuelvo de tus pecados, pequeña puta.*
Amén"

Podría imaginarme la enorme carcajada llena de odio mientras escribía esa nota. Ni siquiera había dejado el bolso colgado, por lo que me di la vuelta para salir de ahí.

Fui directa a casa de mis padres, de donde apenas hacía media hora que había salido para dejar a mi hija a su cuidado. Cuando mi madre abrió la puerta, de golpe y sin previo aviso, las lágrimas salieron como ríos de mis ojos.

—¿Qué sucede, hija?

Cuando pude, le expliqué lo sucedido con Hugo, si explicarle nada de Héctor, pues todavía y a día de hoy, ese hombre es un desconocido para mis padres. Mi madre me escuchó sin interrumpirme hasta que terminé de nuevo entre sollozos.

—Hija, no eres la primera ni serás la última. Os queda un largo y duro camino, pero piensa que su decisión ha sido muy difícil para él, y aún así ha optado por una vida a tu lado dejando todo atrás.

—Oh, mamá…

La abracé con fuerza y luego fuimos juntas a ver a Noelia, que dormía ajena al mundo y a sus complicaciones.

—Lávate la cara, mi niña. No preocupemos a papá.

Pasé el día en su casa, arropada en el amor incondicional que solo unos padres pueden dar. Antes de irme a la mía, llamé a Hugo.

—Hola —dije sintiendo ese nudo lleno de amor apretando mi pecho con solo escuchar su voz—. ¿Dónde estás?

—En frente de tu casa. No puedo volver a la iglesia.

—Estoy llegando.

Aceleré el paso apremiada por la noticia, y a la vuelta de la esquina vi a Hugo con una maleta sentado en la escalera del edificio.

—¿Cómo estás? —pregunté preocupada.

—Ahora bien.

A la mañana siguiente fui a la oficina a mi hora, y a los pocos minutos llegó Héctor. Sin mediar palabra fue a su despacho con una sonrisa irónica entre los labios. Fue esa misma mañana cuando vi por primera vez a Nora. Entró en el lugar insegura y nerviosa. Se notaba en su forma de hablar y de mirar.

—Buenos días —le dije sonriendo como pude—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días. He venido a hablar con Héctor. Lo siento—, dijo—, no sé su apellido.
Cogí el auricular y marqué la extensión del despacho de Héctor.
—Señor Valero, hay una mujer que pregunta por usted.— Y dirigiéndome a ella, le pregunté: — ¿Su nombre, por favor?
—Nora.
—Nora —le dije a Héctor antes de volver a dirigirme a ella—. De acuerdo. Puede pasar, es la puerta que encontrará de frente al doblar la esquina.
—Gracias.
La vi marcharse indecisa y yo no pude remediar sentir una cierta lástima por ella. No sé cuánto tiempo pasó, y entonces Héctor me llamó a su despacho. Entré.
—Estás despedida, nena. Aquí tienes los papeles y el resguardo de la trasferencia que he hecho a tu nombre con el importe del finiquito. Y toma—, me dijo arrojándome un sobre a los pies —, este es un plus por tus servicios de puta por horas conmigo.
—No lo quiero —dije sintiéndome humillada una vez más.
—Cógelo y lárgate. Ese es el pago por tu silencio, también.
—No lo quiero —repetí.
—No me obligues a levantarme y a hacer que lo cojas. Sabes que puedo hacerlo.
Y tanto que podía, y por eso me agaché con los ojos llenos de lágrimas y salí del despacho. Sentada frente a mi mesa todavía estaba Nora. Sin decir ni una palabra empecé a recoger mis cosas, y por un momento nuestras miradas se cruzaron. Estaba ya a punto de salir, cuando sentí la necesidad de girarme hacia Nora.
—Cuídate, Nora. Cuídate mucho.
Y me fui.

●Capítulo 17●

Las cosas se fueron poco a poco arreglando para Hugo. Estaba pasando por algunos calvarios que no me contaba para no preocuparme, y por eso decidí alejarnos de todo durante un fin de semana solos a un hotel. Por primera vez iba a dejar también a Noelia de noche con mis padres y me iba a ir sin ella.
Una vez instalados en el hotel al que fuimos, estábamos sentados en la terraza tomando algo cuando vi a Héctor y a Nora llegar al mismo

lugar. En milésimas de segundo pensé en cómo era posible que Héctor hubiese sabido dónde estábamos. Sin duda seguía con ese juego de poder emocional que lo excitaba sobremanera, porque esa no podía ser una mera coincidencia. Luego mis ojos se posaron sobre Nora, y me vi reflejada a mí misma hacía ya tantos meses. Casi una vida entera.

—Hugo —dije señalando con la cabeza hacia ellos.

—Los he visto. ¿Quién es ella?

—Otra víctima —susurré.

—Deberíamos hacer algo.

—Lo primero, marcharnos. No quiero encontrármelos, por favor.

Subimos a nuestra habitación directamente desde la terraza, sin pasar por recepción.

—Ella me conoce —le dije sentada en la cama con la cabeza agachada—. La vi en el despacho el día que me echó.

—Pero a mí no. Puedo buscarla e intentar avisarla.

—Ten cuidado, no sabemos cómo es ella.

—No te preocupes, Bárbara.

Su mano se posó suavemente en mi barbilla para levantarme la cabeza.

—No quiero que agaches nunca más la cabeza, mi amor.

Nos fundimos en un beso lento y suave. Tan cálido que todo en mi ser ardía sin control. Un ardor lleno de sentimientos puros y necesarios, tanto como el respirar. Sus manos me quitaron la camiseta poco a poco, y sus brazos me rodearon para desabrocharme el sujetador, dejando mis pechos hinchados todavía por mis cambios hormonales.

—Eres tan bella —me dijo acercando su boca para besarme el escote.

Mis pezones reaccionaron poniéndose duros y expectantes, de una manera tan hambrienta que fui yo misma la que con un gesto puse uno de ellos sobre su boca. Sus labios se pasearon por él sin abrirse. Como una caricia húmeda y sedosa. Hugo cerró los ojos e hizo lo mismo sobre el otro pezón, mojándolo con la saliva que asomaba de los labios cerrados. Entonces los abrió y asomó la lengua para recorrer suavemente y en círculos la dureza sensible y rosada.

—Te amo tanto —me dijo suspirando.

Cogí su cara entre mis manos y lo besé con pasión. Sin apartar mis labios de los suyos, bajé mis manos y busqué su dureza.

—Oh, Bárbara —suspiró dentro de mi boca.

Nos tumbamos y nos desnudamos del todo lentamente, perdiéndonos en nuestros cuerpos a través de las miradas, ya vidriosas por el deseo. Notaba el pálpito de mi pequeño bulto cada vez más fuerte.

—Te necesito dentro, Hugo —jadeé en su oído.
—Es el único hogar que conozco —me respondió.
Abrí las piernas invitándolo una vez más a pasar, y él aceptó la invitación con un solo movimiento. Nos quedamos quietos. Encajados y sin movernos. Mientras seguíamos besándonos notaba como su ser palpitaba dentro del mío. Todavía con los cuerpos inmóviles, nuestras lenguas se paseaban suavemente por nuestras bocas hambrientas.
—Estaría toda la vida así —me dijo iniciando un leve vaivén en mi interior.
Mis caderas reaccionaron con la misma lentitud, y el mundo desapareció de nuestro alrededor. Sin poder controlarlo, los movimientos empezaron a ir a un ritmo más rápido, pero solo un poco. Ambos queríamos que el momento durara eternamente, y por eso, íbamos cambiando el ritmo continuamente, parando del todo nuestros movimientos a menudo, para volver a empezar desde cero.
—No resisto más —me dijo con voz ronca, mordiéndome el labio y estirándolo hacia él.
—Lléname. Necesito alimentarme de ti— respondí en un susurro.
Noté como el calor de su esencia corría en mi interior invadiendo cada rincón y, mientras eso sucedía, me dejé ir en un orgasmo lento que me recorrió el cuerpo entero. Todavía siendo una sola persona, y con nuestros corazones palpitando desbocados, seguimos besándonos como si no hubiese sido ese el final ni la meta de juntar nuestros cuerpos.
Continuamos danzando, intentando que el momento no terminara y, aunque nuestros sexos estaban relajándose, parecía que nuestros cuerpos no fueran a separarse nunca.
Pero esa fue la última vez que Hugo y yo estuvimos juntos.

Declaración interrumpida.

—¿Lo entienden, detectives? ¿Son capaces de ver la diferencia? Necesito contarles todo para que entiendan que eso no era solo sexo. Eso era amor. Amor puro y sincero que nos alimentaba la vida. Un sentimiento tan profundo que no había nada comparable.
—¿Qué pasó? —preguntó la detective.

Declaración del señor Hugo Soto; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

—Al poco rato bajé al comedor para comprar algo de comer y subirlo a la habitación, y así no encontrarnos con Héctor —dijo Hugo a los detectives—. Fue entonces cuando vi a Nora sentada sola en una

mesa.

—¿Puedo sentarme e invitarte a algo? —le dije acercándome

Su cara reflejó asombro y yo seguí hablando.

—¿Estás sola? — pregunté.

—Pues no. Estoy hospedada con mi pareja.

—Me lo imaginaba. Una belleza como tú es imposible que esté sola —dije sentándome e intentando que pareciese un flirteo.

Me sentía incómodo, casi tanto como parecía estarlo ella. No sabía muy bien cómo empezar una conversación con ella, pero fue justamente ella la que esta vez habló.

—Disculpa, pero preferiría seguir sentada sola.

—¿Por qué? No voy a hacerte nada, solamente pretendía ser amable y ofrecerte algo de beber.

Pareció pensar en mis palabras y aproveché su silencio para seguir hablando.

—¿Has venido otras veces por aquí?—pregunté.

—No. Es la primera vez. Es un lugar maravilloso, ¿verdad?

—Sí, y en verano todavía más.

—Eso le dije yo a Héctor esta mañana cuando llegamos. Héctor es mi pareja.

—¿Héctor Valero?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Sí —respondí.

Quise seguir la conversación, pero en ese momento vi a lo lejos que llegaba Héctor, así que sin ni siquiera disculparme o despedirme, me levanté y me fui. Subí a la habitación y se lo conté a Bárbara.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó ella cuando se lo hube contado.

—No sé, Bárbara. He pensado que de alguna manera lograré hablar con ella, pero no sé ni cómo ni cuándo.

Y así fue. A la hora de cenar la vi sentada en una mesa con Héctor y otro hombre. Entonces comprendí que se estaba repitiendo la misma historia, aunque algo en la actitud de Nora me dio a entender que ella no era consciente de lo que ocurría.

Declaración interrumpida.

—Y así era, señor Soto.—interrumpió el detective.

—Me lo imaginaba.

Declaración del señor Hugo Soto; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

En un momento en el que Nora se levantó de la mesa para ir al aseo, aproveché para cruzarme con ella, pero me di enseguida cuenta de que Héctor me había visto hablando con ella, y para no causarle problemas tampoco dije nada.

Ya no la vi hasta el día siguiente en recepción. Tenía mala cara y parecía estar esperando a que la recogieran para irse. Me acerqué para saludarla, y antes de que Héctor apareciera le di una tarjeta con mi número de teléfono ofreciéndole mi ayuda si la necesitaba.

Declaración interrumpida.

—Pero cuando me la pidió no se la di. No se la di…

—Hugo, no es justo que te culpes. Deja que les explique por qué no la ayudamos —interrumpió Bárbara.

Declaración de la señorita Bárbara Ventura; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855);

Nosotros tampoco tardamos mucho en irnos del hotel, y tras recoger a Noelia de casa de mis padres, fuimos a la mía. La luz intermitente y roja del teléfono de casa me anunció que tenía un mensaje, así que le di a la tecla oportuna y la voz de Héctor llenó la estancia.

—Llámame.

Solo esa palabra me heló la sangre.

—Llámalo, es lo mejor —me dijo Hugo.

Al primer timbrazo respondió.

—Buenas noches, nena.

—¿Qué quieres?

—Uuuuh… ¡Qué hostilidad! Cualquiera diría que tenemos una preciosa hija en común.

Sus palabras me tensaron, pero no estaba preparada para lo que vino después.

—Tengo mucho dinero, cielo. Ni te imaginas cuánto. Puedo joderte la vida con solo chasquear los dedos. No os atreváis a meteros en mi vida ni tú ni ese curita de tres al cuarto. Con hacerme la prueba de paternidad puedo demostrar que esa mocosa es hija mía, y créeme, Bárbara, una vez que lo demuestre y obtenga la custodia, esa niña ya no querrá ni volver a hablar de su madre. No te acerques a Nora, ni él tampoco. Si me entero de que alguno de los dos lo hace, firmaré los papeles que tengo ya preparados y antes de que te des cuenta tu amada hija desaparecerá de tu vida.

No pude hablar ni reaccionar ante tales amenazas. Ahora entendía

la razón de que me dejara seguir con mi embarazo. Era su manera de tenerme controlada y a su merced para siempre. Nunca fue una lucha que yo ganara. Desde el día en que le dije en el despacho que estaba embarazada y que seguiría adelante con el embarazo, él, permitiéndomelo, con aquella mirada helada, lo que en realidad estaba haciendo, era asegurarse de poner en sus manos mi vida entera.

—¿No dices nada? —prosiguió Héctor—. Entonces lo digo yo. Aparte de esta pequeña cuestión que acabo de explicarte, quiero que vosotros dos os despidáis ahora mismo. Vuestra asquerosa relación ha llegado a su fin. Tal y como he sabido que ibais al hotel este fin de semana, también sabré si seguís viéndoos. Y si eso sucede, firmaré. Buenas noches, preciosa.

Hugo había escuchado todo porque había puesto el manos libres, y cuando por fin reaccioné al escuchar el sonido de línea, continuo e hiriente, me di la vuelta y vi a Hugo de pie y con una maleta a su lado.

—Me voy, Bárbara.

—¡Nooooooo! —grité abalanzándome sobre él—. ¡No! ¡No! ¡No!

—Escucha, mi vida. Encontraremos la manera. Pero ahora lo mejor es que me marche.

Mis sollozos retumbaron en las paredes.

—De todas formas tenía que irme a Roma. Solo adelanto unos días ese viaje. Cuando vuelva buscaremos la manera.

Declaración interrumpida.

—¿Y la encontraron? —preguntó el detective.

—Volví de Roma apenas hace dos días— respondió Hugo—. No hemos tenido tiempo ni de hablar. Bárbara ni siquiera sabía que había vuelto. Tenía intención de ir a ver a Héctor antes de verla a ella.

Las manos de ambos se apretaron la una a la otra instintivamente.

—Bueno, señorita Ventura, señor Soto—, dijo el detective—. Ahora sus problemas han terminado. La señorita Isis acabó con mucho más que con la vida del señor Valero.

—Se merecen una oportunidad de ser felices— apuntó la detective.

Declaración de la señorita Bárbara Ventura y el señor Hugo Soto; Expediente 256984. Toman declaración los detectives Santos (número de placa 7456) y Muñoz (número de placa 215855); declaración concluida.

Se levantaron y estrecharon las manos para despedirse. Abrazados, Hugo y Bárbara salieron de la comisaría. Ella apoyó su cabeza en el hombro de él, a la vez que aspiraba su aroma y se llenaba de vida.

—Necesito ir a verla —le dijo susurrando.

Hugo llamó al teléfono que los detectives le habían dado y les preguntó dónde estaba enterrada. Compraron unas flores blancas, recordando aquella primera ropita que Bárbara había comprado para su hija, así como el significado del color. Delante de su tumba, se arrodilló y dejó las flores junto a la placa con el nombre de Nora.

—Lo siento, Nora. Lo siento mucho —dijo llorando y volviendo a abrazar a Hugo.

Se alejaron en silencio y salieron del cementerio.

Una vida se había ido, y esa vida terminada de forma trágica, le daba la oportunidad de empezar la suya junto al hombre que amaba.

Sin poder remediarlo, dentro de la tristeza, el remordimiento y la culpa, se dio cuenta de que estaría eternamente en deuda con una mujer que a partir de ahora formaría parte de sus vidas para siempre:

Nora Isis.